

Leila Slimani
En el jardín del ogro



Adèle parece tener una vida perfecta. Trabaja como periodista, vive en un bonito apartamento en Montmartre con su marido Richard, médico especialista, y con su hijo de tres años, Lucien. Sin embargo, bajo esta apariencia de cotidianidad, Adèle esconde un inmenso secreto, la necesidad insaciable de coleccionar conquistas.

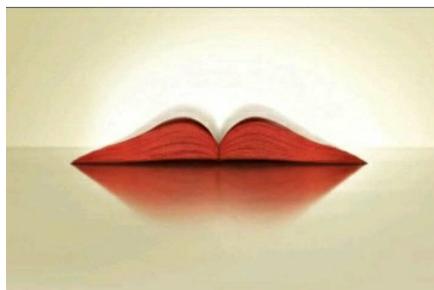
En el jardín del ogro es la historia de un cuerpo esclavo de sus pulsiones, una novela feroz y visceral sobre la adicción sexual y sus implacables consecuencias.



Leila Slimani



En el jardín del ogro



Título original: *Dans le jardin de l'ogre*
Leila Slimani, 2014
Traducción: Malika Embarek López, 2019

Editor: Vins
Revisión: 1.0
Fecha 02/08/2019

Para mis padres.

No, no soy yo. Es otra persona quien sufre.
Yo no habría soportado sufrir tanto.

ANNA AJMÁTOVA
Réquiem

El vértigo es algo distinto del miedo a la caída. Es la voz del vacío que suena por debajo de nosotros, nos atrae y hechiza. Es el deseo de caer, que intentamos reprimir luego con espanto. Sentir vértigo es embriagarnos con nuestra propia flaqueza. Sabemos que está ahí, y no podemos resistirnos a ella, solo queda entregarnos. Nos embriagamos con nuestra propia flaqueza para ser más débiles todavía, desplomarnos en plena calle ante la mirada de todos, quedarnos en el suelo, mucho más bajo que la tierra.

MILAN KUNDERA
La insoportable levedad del ser

Lleva una semana resistiendo. Una semana sin ceder. Se ha portado bien. Ha corrido treinta y dos kilómetros en cuatro días. De Pigalle a Champs-Élysées, del museo d'Orsay a Bercy. Temprano, de mañana, por la orilla izquierda del Sena, desierta a esas horas. Y por la noche, entre el Boulevard Rochechouart y la Place de Clichy. No ha bebido una gota de alcohol y se ha acostado pronto.

Pero esta noche ha soñado con ello y no ha podido volverse a dormir. Un sueño húmedo, interminable, que penetró en ella como un soplo de aire caliente. Adèle solo piensa en eso. Se ha levantado y se toma un café cargado en una casa que aún duerme. De pie en la cocina se balancea, inquieta. Se fuma un cigarrillo. Bajo la ducha, siente deseos de arañarse, de partir su cuerpo en dos. Se golpea la frente contra la pared. Querría que alguien la agarrara y le estampara el cráneo contra la mampara de cristal. En cuanto cierra los ojos, oye ruidos, resuellos, gritos, golpes. Un hombre desnudo que jadea y una mujer gozando. Querría entregarse a una jauría, y que la devoren, la chupen, la traguen entera. Que le pellizquen los pezones, le muerdan el vientre. Querría ser una muñeca en el jardín de un ogro.

No despierta a nadie. Se viste a oscuras y sale sin despedirse. Está demasiado nerviosa para sonreír, para iniciar tan temprano una conversación. Camina por las calles desiertas. Baja las escaleras del metro de la estación Jules-Joffrin, con la cabeza agachada y ganas de vomitar. Un ratón cruza el andén, le roza las botas y ella da un respingo. Dentro del vagón mira a su alrededor. Un hombre vestido con un traje barato la observa. Lleva unos zapatos de punta, sucios. Tiene unas manos velludas. Es feo. Este haría el apaño. Le valdría también ese estudiante abrazado a su chica, besándola en el cuello. Y el cincuentón apoyado en la ventanilla, de pie, leyendo sin alzar la

vista.

Del asiento de enfrente coge un periódico con fecha del día anterior, pasa las páginas, los titulares se mezclan, no consigue fijar la atención en nada. Harta, lo suelta. No puede más, debe alejarse de allí. El corazón se le sale del pecho, se asfixia, se afloja la bufanda, la desliza por el cuello empapado en sudor y la deja en un asiento libre. Se levanta, se desabrocha el abrigo, y, de pie, con la mano en la manilla de la puerta y temblores en las piernas, se dispone a salir al andén.

El móvil. Se ha olvidado el móvil. No sale del vagón, vuelve a sentarse, vacía el bolso, se le cae la polvera, tira del sujetador en el que se han enredado los cables de los auriculares. ¡Una imprudencia lo de haber dejado el sujetador en el bolso!, se dice a sí misma. Es imposible que se haya olvidado el móvil en casa. Tendrá que regresar, inventarse cualquier excusa. ¡Menos mal! Estaba ahí desde el primer momento, pero no lo vio. Vuelve a ordenar el bolso, con la sensación de que los viajeros la observan. El vagón entero debe de estar burlándose del pánico que le ha entrado, de sus mejillas sofocadas. Levanta la tapa del móvil y sonríe al ver el primer nombre que aparece.

Adam.

Da igual, está todo perdido.

Desear ya es ceder. Se han levantado las barreras. No serviría de nada contenerse. ¿Para qué? Da igual. Ahora piensa como los opiómanos, los ludópatas. Está tan orgullosa de haber mantenido a raya la tentación unos cuantos días que se ha olvidado del peligro. Se pone de pie, levanta la manilla mugrienta, se abre la puerta.

Estación de Madeleine.

Atraviesa la ola de gente que avanza para adentrarse en el vagón. Adèle busca la salida. Al llegar al Boulevard des Capucines, se pone a correr. «Ojalá, ojalá lo encuentre en su casa». A la altura de los grandes almacenes, tiene ganas de dar marcha atrás. Entrar en la estación de metro más próxima, tomar la línea 9 e ir directamente a la oficina para llegar a tiempo a la reunión de la redacción. Delante de la boca de metro, impaciente, enciende un pitillo. Aprieta el bolso contra la cintura. Un grupo de rumanas, que se ha fijado en ella, avanza en su dirección, con un pañuelo atado a la cabeza y una hoja de

papel en la mano con algún embuste escrito. Adèle acelera el paso. Enfila la Rue Lafayette. Está como ida, se equivoca de sentido, vuelve sobre sus pasos. Llega a la Rue Bleue. Marca el código para entrar en el edificio, sube las escaleras como una posesa hasta el segundo piso, y llama a la pesada puerta.

—Adèle... —Adam sonrío, con los ojos abotargados por el sueño. Está desnudo.

—No digas nada. —Se quita el abrigo y se lanza sobre él—. Por favor.

—Podrías telefonear, al menos. Ni siquiera son las ocho de la mañana...

Ya está desnuda. Adèle le araña el cuello, le tira del pelo. Él se burla y se excita. La zarandea violentamente, le da una bofetada. Ella le coge el miembro y se penetra. De pie, contra la pared, siente cómo entra en ella. Desaparece la angustia. Recupera sus sentidos. Ahora tiene el alma más liviana; la mente, vacía. Agarra las nalgas de Adam, impone al cuerpo del hombre unos movimientos agitados, violentos, cada vez más rápidos. Intenta llegar a algún lado, con una rabia infernal.

—¡Más fuerte, más fuerte! —le grita.

Conoce ese cuerpo y ello la frustra. Es muy sencillo, muy mecánico. La sorpresa de su llegada no ha bastado para sublimar a Adam. Hacen el amor, pero no es ni demasiado obscuro ni demasiado tierno. Lleva las manos de Adam a sus senos. Intenta olvidar que es él. Cierra los ojos e imagina que la fuerza.

Adam ya no está presente. Se le contrae la mandíbula. Gira el cuerpo de ella. Como de costumbre, apoya la mano derecha en la cabeza de Adèle, la empuja hacia el suelo, le agarra la cadera con la mano izquierda. La embiste, grita, está gozando.

Adam tiende a desbocarse.

Ella se viste y le da la espalda. Siente vergüenza de que la vea desnuda.

—Llego tarde al trabajo. Te llamaré.

—Tú misma —responde Adam.

Apoyado en la puerta de la cocina, fuma un cigarrillo. Con una mano se toca el preservativo que le cuelga de la punta del pene. Ella evita mirarlo.

—No sé dónde he puesto la bufanda. ¿No la has visto? Es gris, de cachemir, me gusta mucho.

—La buscaré, te la daré la próxima vez.

Adopta una actitud indiferente. Lo principal es no dar la impresión de sentirse culpable. Cruza la sala de la redacción como si regresara de haberse fumado un cigarrillo fuera, sonrío a sus compañeros y se sienta en su mesa. Cyril se asoma por el panel de cristal de su despacho. Su voz llega amortiguada por el ruido de los teclados, las conversaciones telefónicas, las impresoras escupiendo artículos, las charlas alrededor de la máquina de café. Le grita.

—¡Adèle, son casi las diez!

—Tenía una cita de trabajo.

—¡A otros con ese cuento! Llevas retraso en dos artículos. Me la suda tus citas de trabajo. Los quiero en mi mesa dentro de dos horas.

—Los tendrás. Están casi terminados. Después de comer, ¿vale?

—¡Estoy harto! Harto de que nos pasemos el día esperándote. ¡Tenemos que cerrar, joder!

Cyril se deja caer en su silla, agitando los brazos.

Ella enciende el ordenador y apoya la cara entre las manos. No tiene ni idea de lo que va a escribir. Se arrepiente de haberse comprometido con ese artículo sobre las tensiones sociales en Túnez. En qué mala hora se le ocurrió levantar la mano en la reunión de la redacción.

Tendrá que empezar a hacer llamadas a los contactos de allí. Preguntar, cotejar datos, que sus fuentes le suelten algo. Debería sentir ilusión, creer en el trabajo bien hecho, en el rigor periodístico del que Cyril les habla sin parar; él, que estaría dispuesto a vender su alma por una buena tirada. Comerá cualquier cosa en su puesto, con los auriculares en los oídos y las migas de

pan desparramándose por el teclado. Un sándwich rapidito a la espera de que alguna jefa de prensa con más vanidad que un pavo real le devuelva la llamada y exija leer el artículo antes de que se publique.

No le gusta su profesión. Odia la idea de trabajar para vivir. Su única ambición ha sido que la miren. Intentó ser actriz. Recién llegada a París, se matriculó en unos cursos donde resultó ser una alumna mediocre. Los profesores le decían que tenía unos ojos bonitos y una mirada misteriosa. «Pero el teatro exige soltar amarras, señorita». Llevaba esperando mucho tiempo en casa a que el destino soñado por fin llegase. Nada ha sucedido como estaba previsto.

Le hubiera encantado ser la esposa de un hombre rico y ausente, para disgusto de los batallones enfervorecidos de féminas activas que la rodean. No dar ni golpe, vivir en una casa enorme y tener como única tarea ponerse guapa para recibir a su marido al final del día. Cobrar dinero por su habilidad en distraer a los hombres.

El marido de Adèle se gana bien la vida. Desde que el hospital Georges-Pompidou lo ha contratado como médico en el servicio de gastroenterología, cada vez hace más guardias y suplencias. Salen a menudo de vacaciones y han alquilado un piso en «la parte elegante del distrito 18». Es una mujer mimada, y a su marido le enorgullece que sea tan independiente. Para ella, sin embargo, eso no basta. Su vida le parece insignificante, lastimosa, de poca monta. El dinero que gana él huele a trabajo, a sudor y a noches interminables pasadas en el hospital. Sabe a reproches y mal humor. Es un dinero que no da para el *dolce far niente* o la decadencia.

Entró a trabajar al periódico por enchufe. Richard es amigo del hijo del redactor jefe, y le habló de ella. A Adèle no le incomodó en absoluto. Así es cómo funciona todo. Al principio, se esmeraba, motivada por el deseo de complacer a su jefe, impresionarlo con su eficacia, su habilidad para resolver situaciones. Mostró entusiasmo, descaro, destreza en conseguir entrevistas con las que nadie en la redacción hubiera soñado. Luego se fue dando cuenta de que Cyril no había leído un libro en su vida, de que era un tipo torpe e incapaz de valorar su talento. Adèle empezó entonces a despreciar a sus compañeros, dedicados a ahogar en alcohol sus ambiciones perdidas. Acabó odiando su profesión, su mesa de trabajo, esta pantalla, todas esas fantochadas. No

soporta tener que llamar catorce veces a unos ministros para aguantar sus desaires y que acaben soltándole unas frases más huecas que el silencio. Se avergüenza de fingir una vocecita dulce para lograr los favores de la jefa de prensa de turno. Lo único que valora es la libertad que el oficio de periodista le procura. Gana poco, pero viaja mucho. Puede desaparecer cuando quiere, inventarse citas secretas, no estar obligada a justificarse.

No llamará a nadie para su artículo. Crea un documento nuevo, se dispone a escribir. Se inventa citas de fuentes anónimas. «Una fuente próxima al gobierno», «alguien cercano a los centros de poder». Ha dado con un buen reclamo, sazonado con una pizca de humor para distraer a los lectores que siguen creyendo que se les informa bien. Lee noticias sobre el mismo tema, las resume, copia y pega. Ha tardado apenas una hora.

—¡Tu artículo, Cyril! —le grita mientras se pone el abrigo—. Me voy a comer, hablamos cuando vuelva.

La calle está gris, como paralizada por el frío. Los rasgos de los transeúntes se ven tensos; los rostros, cetrinos. Dan ganas de irse a casa y meterse en la cama. El sin techo que suele estar delante de Monoprix ha bebido más de lo habitual. Duerme, tumbado en el suelo sobre una de las rejillas de ventilación. El pantalón se le ha bajado, le asoman la espalda y las nalgas cubiertas de mugre. Adèle y sus compañeros entran en una *brasserie*, con un suelo bastante mugriento también, y, como, de costumbre, Bertrand suelta, alborotando: «¡Pero no habíamos prometido que no volveríamos a este sitio, con ese dueño, militante del Frente Nacional!».

Siguen comiendo ahí, a pesar de todo, por la chimenea y por la buena relación calidad-precio. Para no aburrirse, Adèle saca temas de conversación. Se harta de contar cosas, de resucitar cotilleos ya olvidados, de hacer preguntas a los compañeros sobre los planes para Navidad. Llega el camarero a tomar nota. Al preguntarles qué quieren beber, ella propone vino. Sus compañeros niegan ligeramente con la cabeza, hacen gestos picaros, alegan que no hay presupuesto para eso, y que no sería razonable. «Lo pago yo», anuncia Adèle, que tiene la cuenta corriente en rojo y a quien ellos jamás han invitado a una copa. Le da igual. En estos momentos, ella lleva la batuta. Se

siente generosa y, después de una copa de burdeos Saint-Estèphe, y al amparo del olor a leña quemada, se convence de que los compañeros la quieren, de que le están muy agradecidos.

Son las tres y media de la tarde cuando salen del restaurante. Están un poco amodorrados por el vino, la comida algo pesada y el fuego de la chimenea que les ha impregnado los abrigos y el pelo de olor a leña. Adèle se coge del brazo de Laurent, cuyo puesto está al lado del suyo. Es alto, flaco y sus implantes dentales baratos le confieren una sonrisa caballuna.

En la sala de la redacción nadie está trabajando. Los periodistas dormitan detrás de las pantallas de sus ordenadores. En la parte del fondo se han formado corrillos y están charlando. Bertrand se mete con una joven becaria, que comete la imprudencia de vestirse como una actriz de los años cincuenta. En los alféizares de las ventanas, unas botellas de champán se están refrescando. Todos esperan la hora adecuada para empezar a emborracharse, lejos de sus familias y de sus amigos de verdad. La copa de Navidad es una institución en el periódico. Un momento de desenfreno programado donde se trata de ir lo más lejos posible, poner al descubierto lo que cada cual es realmente ante unos compañeros con quienes al día siguiente volverá a tener una relación de lo más profesional.

Nadie en la redacción lo sabe, pero para Adèle la copa de Navidad llegó el año anterior a su cima más alta. En una noche, pudo satisfacer su fantasía, y perdió cualquier ambición laboral. En la sala de reuniones de los jefes de redacción, folló con Cyril sobre la larga mesa de madera lacada en negro. Habían bebido mucho. Estuvo toda la velada cerca de él, riéndose de sus chistes, aprovechando los momentos en los que estaban solos para lanzarle miradas tímidas y de una ternura infinita. Fingió estar muy impresionada y atraída por él. Cyril le contó lo que había pensado de ella la primera vez que la vio.

—Me pareciste tan frágil, tan tímida y bien educada...

—Un pelín cortada, querrás decir, ¿no?

—Sí, quizá.

Ella le pasó la lengua por sus labios, rápidamente, como una lagartija. Él

se quedó perturbado por esa caricia. La sala de la redacción se había quedado vacía, y, mientras los demás recogían los vasos y las colillas, ellos se dirigieron a la sala de reuniones del piso superior, donde desaparecieron. Se lanzaron el uno sobre el otro. Adèle desabrochó la camisa de Cyril, a quien consideraba tan atractivo mientras fue solo su jefe y le estaba en cierto modo vedado. Pero ahí, sobre la mesa lacada en negro, se le reveló como barrigudo y torpe. «Me he pasado con la bebida», dijo para disculparse de su modesta erección. Se apoyó en la mesa, deslizó la mano por el pelo de ella y le empujó la cabeza contra sus muslos. Con su miembro en el fondo de la garganta, Adèle reprimió las ganas de vomitar y de mordérselo.

Sin embargo, había deseado a Cyril. Por las mañanas, se despertaba más temprano para tener tiempo de arreglarse, elegir un nuevo vestido, con la esperanza de que se fijase en ella y, en los días en que estuviera de buen humor, le dirigiese un discreto piropo. Terminaba sus artículos antes de plazo, proponía reportajes en la otra punta del mundo, llegaba al trabajo con soluciones, jamás con problemas, y todo ello con el único afán de gustarle.

¿De qué serviría trabajar bien si ya se lo había cepillado?

Esta noche, se mantiene a distancia de Cyril. Sabe con certeza que él también piensa en aquello, pero las relaciones se han enfriado. Ella no aguantó los SMS tan bobos que empezó a enviarle los días siguientes. Se encogió de hombros cuando le propuso tímidamente salir a cenar alguna noche. «¿Qué sentido tendría? Yo estoy casada y tú también. No serviría más que para hacernos daño, ¿no crees?».

Hoy no va a equivocarse de objetivo. Está bromeando con Bertrand, que intenta emborracharla, describiéndole por enésima vez su colección de cómics manga japoneses. Él tiene los ojos enrojecidos, se ha debido de fumar un canuto y su aliento es más ácido y seco que de costumbre. Adèle intenta estar a la altura. Finge soportar a la gorda documentalista que habitualmente solo se expresa con gritos y suspiros, y que esta noche se permite una sonrisa. Adèle se acalora. El champán corre en abundancia gracias a un político sobre el que Cyril ha publicado un retrato elogioso en la primera página del periódico. Ya no aguanta más. Se siente atractiva y odia la idea de que su belleza sea inútil,

que su alegría no sirva para nada.

—¿No pensáis marcharos todavía? ¡Venga, salgamos! —suplica a Laurent, con una mirada tan brillante y convencida que sería una crueldad negarle nada.

—Chicos, ¿os venís también? —pregunta Laurent a los tres periodistas con los que está charlando.

En esa penumbra, con la ventana abierta que da a unas nubes de color violeta, observa al hombre desnudo. Tiene el rostro hundido en la almohada y duerme con el sueño de alguien saciado. Podría también estar muerto, como esos insectos que el coito mata.

Ella se levanta de la cama, cruza las manos sobre sus senos desnudos. Alza la sábana que tapa el cuerpo dormido, que se arrebujaba para calentarse. No le preguntó su edad. La piel lisa y grasienta, y la humilde buhardilla adonde la ha llevado, dejan suponer que es más joven de lo que parece. Tiene piernas cortas y nalgas de mujer.

La madrugada arroja su luz fría sobre la habitación en desorden. Adèle se viste. No debería haberlo seguido. En el mismo momento en que la besó, pegando sus labios flácidos a los suyos, supo que se había equivocado. El chico no la llenaría. Debería haber salido huyendo. Encontrar una excusa para no subir a esta buhardilla. Decirle: «Ya nos hemos divertido bastante, ¿verdad?». Salir del bar sin pronunciar palabra, resistirse a esas manos que la abrazaban, a esa mirada apagada, ese aliento pesado.

Fue una cobarde.

Subieron, tambaleándose, por las escaleras. En cada peldaño, la magia se iba desvaneciendo, la ebriedad alegre daba paso a la náusea. Él empezó a desnudarse. Ella sentía opresión en el pecho, en su soledad ante la banalidad de una cremallera, lo prosaico de un par de calcetines, los gestos torpes de un jovencito borracho. Le habría gustado decirle: «Basta, cállate, ya no tengo ganas de nada». Pero no podía dar marcha atrás.

Tendida bajo su torso liso, solo se le ocurrió ir deprisa, fingir, exagerar los gritos para satisfacerlo, que se callase, y acabar de una vez. ¿Se habría dado cuenta de que ella cerraba los ojos? Con rabia, como si verlo le

asqueara, como si estuviera pensando en los próximos hombres, los verdaderos, los buenos, los otros, los que sepan apoderarse de su cuerpo.

Abre con suavidad la puerta de la buhardilla. En el patio del edificio, enciende un cigarrillo. Le dará tres caladas y llamará a su marido. «¿No te habré despertado?».

Le cuenta que ha pasado la noche en casa de su amiga Lauren, que vive muy cerca de la redacción del periódico. Se interesa por su hijo. «Sí, la fiesta estuvo bien», dice antes de colgar. En el portal del edificio, frente al espejo con manchas de humedad, recompone su expresión y ve reflejada la mentira.

En la calle desierta, oye retumbar sus propios pasos. Lanza un grito cuando un tipo le da un empujón mientras corre para alcanzar el autobús. Regresa a casa andando, para que pase el tiempo, para asegurarse de que la acogerá un hogar sin nadie, nadie que le haga preguntas. Escucha música a través de los auriculares y se funde en un París helado.

Richard ha recogido la mesa del desayuno. Las tazas sucias están en la pila, ha quedado una tostada pegada a un plato. Adèle se sienta en el sofá de cuero del salón. No se ha quitado el abrigo, y sigue apretando el bolso contra la cintura. No se mueve. El día empezará cuando se haya tomado una ducha, haya lavado la blusa que huele a tabaco pasado, oculte las ojeras con maquillaje. Por el momento, está descansando en su mugre, suspendida entre dos mundos, dueña del presente. Se ha disipado el peligro. No hay nada que temer.

Llega a la redacción del periódico con la cara cansada, la boca pastosa. No ha comido nada desde la víspera. Debe tomar algo para mitigar su pena y sus náuseas. En la peor panadería del barrio se ha comprado un bollo relleno de chocolate, reseco y del día anterior. Le da un mordisco pero le cuesta masticarlo. Le gustaría tumbarse en el suelo de los lavabos, encogida como un ovillo y quedarse dormida. Tiene sueño y se avergüenza de ello.

—¿Qué tal, Adèle? ¿Has descansado?

Bertrand se asoma desde su puesto de trabajo y le lanza una mirada cómplice a la que ella no reacciona. Tira el bollo a la papelera. Tiene sed.

—¡Menuda marcha llevabas ayer! ¿Mucha resaca?

—Estoy bien, gracias. Solo necesito un café.

—Cuesta reconocerte con unas copitas de más. Uno te ve con tus aires de princesa altiva, de mujer casada que lleva una vida bien ordenada. ¡Y en realidad, menuda juerguista estás hecha!

—Deja de decir tonterías.

—¡Qué divertida estabas ayer! ¡Nos hiciste reír, y lo bien que bailas!

—Basta ya, Bertrand. Me tengo que poner a trabajar.

—Yo, también. Me espera un montón de asuntos pendientes. He dormido poquísimo. Estoy molido.

—¡Pues que te cunda!

—¿Cuándo te marchaste anoche? No te vi. ¿Te largaste con el jovencito? ¿Le has pedido el teléfono o era solo de una noche?

—¿Y tú, te quedas con los nombres de las putas que te subes a la habitación del hotel cuando estás en Kinshasa?

—¡No te pongas así, mujer, solo bromeaba! Reírse es sano. ¿Tu marido no te dice nada si llegas a casa a las cuatro de la madrugada borracha como una

cuba? ¿No te hace preguntas? Si mi mujer se comportara así...

—¡Calla ya! —le corta Adèle. Sin aliento, con las mejillas encendidas, se acerca al rostro de Bertrand—: Que sea la última vez que hablas de mi marido, ¿me entiendes?

Bertrand se aparta, con los brazos en alto.

Se arrepiente de su imprudencia. No tendría que haber bailado, haberse mostrado tan asequible. No tendría que haberse sentado en las rodillas de Laurent y ponerse a contar, con la voz temblorosa y completamente borracha, un recuerdo amargo de su infancia. La vieron ligar en la barra con el jovencito. La vieron y no la juzgan. Es algo mucho peor. Se creerán que ahora se pueden permitir cierta complicidad, familiaridad, con ella. Van a querer bromear sobre ese asunto. Los compañeros de trabajo supondrán que es una mujer fácil, atrevida y ligera. Las compañeras la tratarán de depredadora, y las más indulgentes dirán que es algo frágil. Todos se equivocan.

Richard ha propuesto pasar el fin de semana en la costa. «Podemos salir el sábado temprano, Lucien dormirá en el coche». Adèle se despierta al alba para no disgustar a su marido que quiere evitar los atascos en la carretera. Prepara el equipaje, viste a su hijo. El día ha amanecido frío pero luminoso, una mañana que aviva la mente y prohíbe cualquier letargo. Está alegre. En el coche, animada por el altivo sol de invierno, incluso se pone a charlar.

Llegan a la hora de comer. Los parisinos han colonizado las terrazas climatizadas de los restaurantes, pero Richard, precavido, ha hecho una reserva. El doctor Robinson no deja nada al azar. No necesita leer la carta, sabe lo que le apetece. Pide vino blanco, ostras, caracoles de mar. Y tres lenguados con mantequilla y limón.

—¡Tendríamos que repetir este plan todas las semanas! Aire puro para Lucien, una cena romántica para nosotros, ¿es perfecto, verdad? Me sentará muy bien, después de la semana que he tenido en el hospital... No te lo he dicho, Jean-Pierre, el jefe de servicio, me ha pedido que haga una presentación sobre el caso Meunier. He aceptado, por supuesto. Me lo debía. De todos modos, ese hospital pronto formará parte del pasado para mí. Siento que nunca os veo, ni a ti ni al niño. Los de la clínica de Lisieux me han vuelto a contactar. Esperan mi respuesta. Ya he quedado para que me enseñen la casa en Vimoutiers, para cuando vayamos de vacaciones a ver a mis padres. Mi madre ya la ha visto y le parece perfecta.

Ella ha bebido demasiado. Le pesan los párpados. Sonríe a Richard. Se muerde las mejillas por dentro para no interrumpirle y cambiar de tema. Lucien está inquieto y empieza a aburrirse. Se balancea en su silla, coge un cuchillo que Richard le quita de las manos, luego derrama el salero en la mesa pues ha desenroscado la tapa.

—¡Lucien, basta ya! —le ordena Adèle. El niño mete la mano en el plato y aplasta una zanahoria con los dedos. Se ríe. Adèle le limpia la mano—. ¿Pedimos la cuenta? ¿No ves que el niño está cansado?

Richard vuelve a llenar su copa.

—No me has dado tu opinión sobre la casa. No pienso quedarme otro año más en ese hospital. París no está hecho para mí. Además, tú también dices que te mueres de aburrimiento en el periódico.

Adèle no deja de mirar a Lucien que bebe un sorbo de un refresco de jarabe de menta y lo escupe en la mesa.

—Richard, ¡dile algo! —le grita ella.

—¿Te has vuelto loca o qué? Nos están mirando —le responde estupefacto.

—Perdóname, estoy agotada.

—¿No puedes ni siquiera disfrutar de un buen momento? Lo estropeas todo.

—Perdóname —repite Adèle, y se pone a limpiar el mantel de papel—. El niño se aburre. Necesita gastar energía. Solo es eso. Le vendría bien un hermanito o una hermanita, y un jardín grande para jugar.

Richard le sonrío, complaciente.

—¿Qué te pareció el anuncio? ¿Te gustó la casa o no? En cuanto la vi, pensé en ti. Quiero que cambiemos de vida, que vivamos como reyes, ¿me entiendes?

Él sienta a su hijo en las rodillas y le acaricia el pelo. Lucien se parece a su padre. El mismo cabello rubio y fino, la misma boca en forma de rombo. Se ríen mucho juntos. Está loco por su hijo. A veces, Adèle se pregunta si la necesitan. Si no vivirían felices ellos dos solos.

Los observa y comprende ahora que su vida será siempre la misma. Cuidará a sus hijos, se preocupará por lo que coman. Irá de vacaciones a los lugares que a ellos les gusten, intentará distraerlos los fines de semana. Como los burgueses del mundo entero, irá a recogerlos a las clases de guitarra, los llevará a ver espectáculos infantiles, buscará todo lo que permita «elevarlos de nivel». Espera que sus hijos no se parezcan a ella.

Regresan al hotel, a una habitación estrecha, en forma de camarote de barco. No le gusta este lugar. Siente como si las paredes se movieran y acercaran, como si fueran a quedar aplastados mientras duermen. Pero tiene sueño. Cierra las persianas dejando fuera un bello día que deberían de aprovechar, acuesta a Lucien para que duerma la siesta y ella se echa a descansar. Apenas cierra los ojos cuando oye a su hijo que la llama. No se mueve. Es más paciente que él. El niño acabará cansándose. Aporrea la puerta, ella adivina que ha entrado en el baño y que abre el grifo.

—Llévatelo a jugar. Solo vamos a estar un día, pobrecillo. Y yo salgo de dos días de guardia.

Se levanta, viste a Lucien y lo lleva a una zona de juegos infantiles que está al final del paseo marítimo. El niño sube y baja por las barras de colores. Se desliza una y otra vez por el tobogán. Ella teme que se caiga de esa alta plataforma en la que los críos se empujan unos a otros, y lo vigila desde abajo.

—¿Nos vamos, Lucien?

—No, mamá, más —le ordena su hijo.

La zona de juegos es minúscula. Lucien le quita un cochecito a otro niño, que se echa a llorar.

—Devuélvele su juguete. Venga, regresemos con papá al hotel —le suplica tirando de su bracito. Lucien se suelta y corre hacia un columpio, por poco se destroza la mandíbula. Adèle se sienta en un banco y enseguida se levanta—. ¿Y si vamos un ratito a la playa? —propone. En la arena no se lastimará.

Se sienta sobre la arena helada. Coloca a Lucien entre sus piernas y se pone a hacer un hoyo.

—Vamos a excavar tan profundo que encontraremos agua, ya verás.

—¡Quiero el agua! —grita Lucien, entusiasmado, y al rato sale corriendo hacia unos amplios charcos que la marea baja ha formado al retirarse. El niño cae en la arena, se levanta y salta en el barro.

—¡Lucien, vuelve para acá! —grita Adèle, con una voz chillona. El niño se gira y la mira riéndose. Se sienta en el charco y mete los brazos en el agua. Adèle no se levanta. Está furiosa. Se va a empapar en pleno mes de diciembre. Se va a resfriar y deberá ocuparse de él más todavía. No le perdona que sea

tan estúpido, inconsciente y egoísta. Piensa en levantarse, en llevárselo a la fuerza al hotel. Le pedirá a Richard que le dé un baño caliente. Pero no se mueve. No quiere cargar con él en brazos. Pesa mucho y con sus piernas musculosas le dará patadas, como cuando coge alguna rabieta—. ¡Lucien, vuelve aquí inmediatamente! —le grita ante la mirada asombrada de una señora mayor.

La mujer, rubia y mal peinada, vestida con un *short* a pesar de que es invierno, agarra al niño de la mano y lo conduce adonde está la madre. Lucien tiene el vaquero remangado hasta las rodillas rellenas. Sonríe, tímido. Adèle sigue sentada cuando la señora le dice con marcado acento inglés:

—Creo que este hombrecito quería bañarse.

—Gracias —responde Adèle, humillada y nerviosa. Querría tumbarse en la arena, taparse la cara con el abrigo y darse por vencida. Ni siquiera le quedan fuerzas para regañar al niño que tiritaba de frío y la mira sonriente.

Lucien es una carga, una imposición a la que le cuesta adaptarse. Adèle no consigue saber dónde anida el amor por su hijo en medio de tantos sentimientos confusos: pánico de entregárselo a otras personas que lo cuiden, molestia de vestirlo, agotamiento al subir una cuesta empujando la sillita que se resiste. El amor está presente, de ello no tiene duda. Un amor sin pulir, víctima de la rutina cotidiana. Un amor sin tiempo para sí mismo.

Tuvo un hijo por el mismo motivo por el que se casó. Para pertenecer al mundo y protegerse de cualquier diferencia con los demás. Al convertirse en esposa y madre, se rodeó de un aura de respetabilidad que nadie puede arrebatarse. Se construyó un refugio para las noches de angustia y un retiro cómodo para los días de desenfreno.

Le gustó quedarse embarazada.

Exceptuando los insomnios y las piernas pesadas, un ligero dolor de espalda y las encías que le sangraban, el embarazo fue perfecto. Dejó de fumar, no bebió más de una copa de vino al mes, y esa vida sana la llenaba. Por primera vez en su vida, tenía la impresión de ser feliz. Su vientre picudo le hacía arquear la espalda con cierta gracia. El cutis le resplandecía e incluso se había dejado crecer una melena que peinaba hacia un lado.

En la 37ª semana de embarazo, la postura acostada le resultaba muy incómoda. Esa noche le dijo a Richard que saliese sin ella. «No bebo alcohol, hace calor. De verdad que no pinto nada en esa fiesta. Ve a divertirte y no te preocupes por mí».

Se acostó. Las persianas seguían abiertas y veía a la gente caminar por la calle. Acabó levantándose, cansada de intentar conciliar el sueño. En el cuarto de baño se refrescó la cara con agua fría y se miró largamente. Bajaba los ojos hacia su vientre y de nuevo observaba su cara en el espejo. «¿Volveré a ser

algún día lo que fui?». Tenía la aguda sensación de su propia metamorfosis. No habría podido decir si ello la alegraba o si sentía cierta nostalgia. Pero sabía que algo moría en ella.

Creyó que un hijo la curaría. Se había convencido de que la maternidad era la única salida a su trastorno, la única solución para cortar por lo sano con aquella huida hacia adelante. Se había arrojado a los brazos de la maternidad como el paciente que acaba aceptando un tratamiento indispensable. Había concebido ese hijo, o, más bien, le habían hecho ese hijo sin oponer resistencia alguna, con la loca esperanza de que sería beneficioso para ella.

No necesitó hacerse la prueba de embarazo. Lo supo enseguida y no se lo dijo a nadie. No quiso compartir con nadie su secreto. Su vientre crecía y seguía negando sin inmutarse la llegada de un hijo. Temía que los que la rodeaban estropearan la situación, por la trivialidad de sus reacciones, la vulgaridad de sus gestos, manos tendidas hacia la parte baja de su vientre para sopesar la redondez. Se sentía sola, sobre todo ante los hombres, pero esa soledad no le pesaba.

Nació Lucien. Enseguida volvió a fumar, a beber, casi de modo instantáneo. El niño estorbaba su pereza y, por primera vez en su vida, se veía obligada a ocuparse de alguien distinto de sí misma. Quería a ese niño. Sentía por el bebé un amor físico intenso pero, a pesar de ello, insuficiente. Los días en la casa se le hacían interminables. A veces lo dejaba llorar en su cuarto y se tapaba la cabeza con la almohada para intentar dormir. Sollozaba ante la trona del bebé manchada de alimentos, ante un niño triste que no quería comer.

Le gusta abrazar su cuerpo desnudito, antes de meterlo en el baño. Le encanta acunarlo y observarlo mientras se va quedando dormido, ebrio de su cariño. Desde que cambió de la cuna de barrotes a la cama, ha cogido la costumbre de dormir con él. Abandona en silencio el dormitorio conyugal y se desliza en la cama de su hijo que la recibe gruñendo. Hunde la nariz en su cabello, en su cuello, en la palma de la mano y respira su aroma ácido. Desearía tanto que todo ello la llenase.

El embarazo ha estropeado su cuerpo. Se siente fea, flácida y envejecida. Se ha cortado el pelo y le parece que ahora la cara está surcada de arrugas. A sus treinta y cinco años, sin embargo, no ha dejado de ser una mujer guapa. Con la edad ha adquirido fortaleza. Se ha vuelto más misteriosa, más

imponente. Sus rasgos se han endurecido, pero su mirada apagada ahora tiene viveza. Está menos histérica, menos sobreexcitada. Años de tabaco han atemperado la voz aguda de la que se burlaba su padre. Su palidez se ha intensificado y se podría casi dibujar, sobre un papel de calco, los meandros de las venas que recorren sus mejillas.

Salen de la habitación del hotel. Richard tira del brazo de Adèle. Se quedan unos minutos inmóviles ante la puerta cerrada y oyen los gritos de Lucien suplicándoles que regresen. Con el corazón encogido, se dirigen al restaurante en el que Richard ha reservado mesa. Adèle quiso arreglarse más de lo habitual pero luego desistió. Al regresar de la playa, tenía frío. No le apetecía desnudarse y ponerse el vestido y los tacones que se había traído. Después de todo, solo están ellos dos.

Caminan a paso ligero por la calle, el uno junto al otro. No se rozan. Se besan poco. Sus cuerpos no tienen nada que decirse. Nunca han sentido atracción el uno por el otro, ni siquiera cariño, y, en cierto modo, esa falta de complicidad carnal los reconforta. Como si con ello demostrasen que su unión está por encima de las contingencias del cuerpo. Como si ya hubieran hecho el duelo de algo a lo que las demás parejas solo renuncian a regañadientes, entre lágrimas y gritos.

No recuerda la última vez que hizo el amor con su marido. Quizá fue en verano. Una tarde. Se han acostumbrado a esos tiempos muertos, a acostarse un día tras otro deseándose las buenas noches y dándose la espalda. Pero la incomodidad y la acritud siempre acaban aflorando. Entonces siente la obligación de quebrar ese ciclo, de conectar de nuevo con el cuerpo de él para de nuevo arreglárselas sin él. Piensa en ello durante varios días como si fuera un sacrificio ineludible.

Esta noche reúne todas las condiciones. La mirada de Richard es impúdica y, a la vez, tímida. Los gestos, torpes. Le comenta que está muy guapa. Ella propone pedir un buen vino.

En cuanto entran en el restaurante, Richard retoma la conversación interrumpida a mediodía. Entre un bocado y otro, le recuerda las promesas que

se habían hecho mutuamente, nueve años atrás, cuando se casaron. Disfrutar de París tanto como les permitieran su juventud y sus medios, y, luego, con la llegada de los niños regresar a provincias. Al nacer Lucien, Richard le concedió una prórroga. Ella le dijo: «Dos años». Hace tiempo que han pasado, y ahora él no va a ceder. ¿Acaso ella no ha repetido muchas veces que quería irse del periódico, dedicarse a otra cosa, quizá a escribir, a su familia? ¿Acaso no estaban de acuerdo en que les cansaba el metro, los atascos, la carestía de la vida, el ir continuamente acelerados? Ante la indiferencia de Adèle, que calla y apenas ha probado lo que tiene en el plato, Richard insiste. Juega su última carta.

—Me gustaría que tuviéramos otro hijo. Una niña, sería maravilloso.

Adèle, a quien el alcohol ha cortado el apetito, siente ahora ganas de vomitar. El vientre parece que le va a estallar de lo hinchado que está. Lo único que la calmaría sería acostarse, no hacer ningún gesto más y dejarse invadir por el sueño.

—Puedes acabar mi plato, si quieres. Me siento incapaz de seguir comiendo.

Empuja su plato hacia Richard. Él pide un café.

—¿Estás segura de no querer algo más? —Richard acepta el armañac que el dueño insiste en ofrecerle, y sigue hablando de los hijos. Adèle está de mal humor. La cena le parece interminable. Si al menos él cambiara de tema.

En el camino de vuelta al hotel, Richard está algo bebido. Ella se ríe al verlo correr en la calle. Entran en su habitación de puntillas. Richard paga a la canguro. Adèle se sienta en la cama y se descalza lentamente.

No se atreverá.

Y, sin embargo, se atreve.

Sus gestos no engañan. Son siempre los mismos.

Se acerca a su espalda.

El beso en el cuello.

La mano en la cadera.

Y luego, ese murmullo, ese gemido acompañado de una sonrisa suplicante.

Ella se gira, abre la boca en la que su marido hunde la lengua.

Ningún preámbulo.

Acabemos de una vez, piensa, mientras se desnuda, sola, de su lado de la cama.

Regresar a lo mismo. El uno contra el otro. No dejar de besarse, hacer como si fuera verdad. Poner la mano en la cintura de ella, en su sexo. Él la penetra. Ella cierra los ojos.

No sabe qué es lo que le gusta a él. Con qué se siente bien. Nunca lo ha sabido. Hacen el amor sin sutilezas. Los años no han dado paso a más complicidad, no han atenuado el pudor. Los gestos son precisos, mecánicos. Van derecho al objetivo. Ella no se atreve a tomarse su tiempo. No se atreve a pedir. Como si la frustración pudiera ser tan violenta que la ahogaría.

No hace ruido. Lamentaría despertar a Lucien, y que los sorprendiera en esa situación grotesca. Pega su boca a la oreja de Richard, gime un poco para quedarse con buena conciencia.

Ya ha acabado todo.

Él se vuelve a vestir enseguida. Inmediatamente recupera la normalidad. Enciende la televisión.

Nunca ha parecido que le preocupara la soledad en la que abandona a su mujer. Ella no ha sentido nada. Nada. Solo ha oído unos ruidos de ventosa, de torsos que se adhieren, sexos que se encuentran.

Y, luego, un inmenso silencio.

Las amigas de Adèle son guapas. Tiene la sensatez de no rodearse de mujeres menos atractivas que ella. No quiere estar pendiente de llamar la atención. Conoció a Lauren en un viaje de prensa a África. Acababa de incorporarse al periódico y era la primera vez que acompañaba a un ministro en viaje oficial. Estaba nerviosa. En la pista de la base aérea de Villacoublay, donde les esperaba un avión de la República Francesa, enseguida se fijó en Lauren, en su metro noventa de estatura, su melena canosa y ondulada, su rostro de gato sagrado egipcio. Lauren era ya entonces una aguerrida fotógrafa, experta en África, que se había recorrido todas las ciudades del continente y vivía sola, en un estudio en París.

Eran siete en el avión. El ministro, un tipo sin mucho poder pero cuyos vaivenes políticos, asuntos de corrupción y de faldas habían bastado para convertirlo en un personaje importante. Un consejero técnico risueño, sin duda alcohólico, siempre dispuesto a contar alguna anécdota subida de tono. Un guardaespaldas discreto, una jefa de prensa demasiado rubia y demasiado charlatana. Un periodista flaco y feo, fumador empedernido, riguroso, ganador de varios premios por sus artículos en el diario para el que trabajaba.

La primera noche en Bamako, Adèle se acostó con el guardaespaldas, quien, ebrio y exaltado por el deseo de ella, se había puesto a bailar con el torso desnudo en la discoteca del hotel, con la pistola Beretta bien encajada en el cinturón de su pantalón. La segunda noche en Dakar le hizo una mamada al consejero de la embajada de Francia, en los lavabos donde se ocultaron huyendo de un cóctel aburridísimo, en el que los expatriados franceses, pasmados de admiración ante el ministro, intentaban acercarse a él mientras engullían canapés.

La tercera noche, en la terraza del hotel a orillas del mar en Praia, se pidió

una caipiriña y se puso a bromear con el ministro. Cuando estaba a punto de sugerir un baño de medianoche, Lauren fue a sentarse a su lado. «Mañana tengo que salir a hacer fotos de unos espléndidos paisajes, ¿te vienes? Te inspirarían para tu artículo. ¿Ya lo has empezado? ¿Has elegido cómo enfocarlo?». Lauren le propuso que la acompañara a su habitación para mostrarle algunas fotos, y Adèle se imaginó que se acostarían juntas. Se dijo a sí misma que no quería hacer el papel de hombre, que no le lamería el sexo, que se limitaría a abandonarse a los deseos de la fotógrafa.

Los senos. Podría acariciarle los senos, parecían suaves y sedosos; sí, y delicados. No rechazaría probarlos. Pero Lauren no se desnudó. Tampoco le enseñó sus fotos. Se tendió en la cama y se puso a hablar. Adèle se tendió a su lado y Lauren le acarició el pelo. Con la cabeza recostada en el hombro de la que se estaba convirtiendo en su amiga, se sintió agotada, totalmente vacía. Antes de quedarse dormida, tuvo la intuición de que Lauren acababa de salvarla de una enorme desgracia, lo que la colmaría de gratitud hacia ella.

Esta noche, Adèle espera en el Boulevard Beaumarchais delante de la galería que expone las fotos de su amiga. La había avisado: «Hasta que tú no llegues, yo no entro».

Se ha obligado a salir. Le hubiera gustado quedarse en casa, pero sabe que Lauren se lo reprocharía. Hace varias semanas que no se ven. Adèle anuló cenas con ella en el último momento, encontró excusas para no salir a tomar una copa. Se siente culpable, sobre todo porque le pidió varias veces a su amiga que cubriese sus aventuras. Le envió SMS en plena noche para avisarla: «Si Richard te llama, no se te ocurra contestar. Se cree que estoy contigo». Lauren no contestaba, pero Adèle sabe que está harta del papel que le hace cumplir.

En realidad, Adèle la está evitando. La última vez que se vieron, en el cumpleaños de Lauren, se había propuesto comportarse bien, ser la amiga perfecta y generosa. La ayudó a organizar la fiesta. Se encargó de la música e incluso compró unas botellas de la marca de champán que le encanta a Lauren. A medianoche, Richard se fue, excusándose. «Uno de nosotros tendrá que sacrificarse para que la canguro pueda marcharse».

Adèle se estaba aburriendo. Iba de un cuarto a otro, dejando a la gente con la palabra en la boca, incapaz de estar atenta. Se puso a bromear con un hombre elegantemente vestido y le pidió, con los ojos chispeantes, que le sirviera una copa. Él empezó a titubear, mirando, nervioso, a su alrededor. Adèle no entendía su turbación hasta que vio a la esposa acercarse, furiosa, y, en un tono vulgar, dirigirse a ella: «Vale ya, ¿no? Te estás pasando. Este hombre está casado». Soltó una carcajada burlona y le contestó: «¿Y qué? Yo también estoy casada. No tienes por qué preocuparte». Se alejó, temblando, helada, intentando disimular con una sonrisa el mal rato que le había hecho pasar esa mujer encabritada.

Fue a refugiarse en el balcón donde Matthieu se estaba fumando un cigarrillo. Matthieu, el gran amor de Lauren, su amante que lleva diez años engatusándola con ilusiones y con el que sigue pensando que algún día se casará y tendrá hijos. Adèle le contó el incidente con la mujer celosa y él le contestó que entendía que se pudiera desconfiar de ella. A partir de ese momento no dejaron de mirarse durante la fiesta. A las dos de la madrugada, Matthieu la ayudó a ponerse el abrigo. Le había propuesto acompañarla en coche, y Lauren dijo, en un tono de decepción: «Es verdad, sois vecinos».

Recorridos unos pocos metros, Matthieu estacionó en una calle adyacente al Boulevard Montparnasse y la desnudó. «Siempre tuve ganas de hacer esto». La sujetó por las caderas y posó su boca en su sexo.

Al día siguiente, Lauren la llamó por teléfono. Le preguntó si Matthieu había comentado algo de ella, si le había dicho por qué no se había quedado a dormir en su casa. Adèle le contestó: «No habló más que de ti. Sabes muy bien que está obsesionado contigo».

Un diluvio de anoraks surge de la estación de metro Saint-Sébastien-Froissart. Gorros oscuros, cabezas agachadas, bolsas que se balancean en las manos de mujeres con edad de ser abuelas. Unas bolas de Navidad de tamaños y colores modestos cuelgan de los árboles y parecen morir de frío. Lauren agita el brazo. Lleva un abrigo largo, blanco, de cachemir, de aspecto suave y caliente. «Ven, tengo que presentarte a mucha gente», dice arrastrando a Adèle de la mano.

La galería tiene dos salas contiguas, bastante pequeñas, y en el medio han improvisado un buffet, con vasos de plástico, patatas chip y cacahuetes en dos platos de cartón. La exposición está dedicada a África. Adèle apenas se detiene ante las fotos de unos trenes llenos hasta los topes, unas ciudades asfixiadas por el polvo, niños sonrientes y ancianos llenos de dignidad. Le gustan las fotos de Lauren tomadas en los restaurantes populares de Abiyán y de Libreville: parejas que se abrazan, sudorosas, ebrias de danza y de cerveza de plátano. Hombres con camisas de manga corta, de color verde militar o amarillo pálido, agarrados de la mano de unas chicas voluptuosas, con pelo largo y trenzado.

Lauren está muy ocupada. Adèle se ha bebido dos copas de champán. Está inquieta, con la impresión de que todos ven que está sola. Saca el móvil del bolsillo, finge que envía un SMS. Cuando Lauren la llama, mueve la cabeza y enseña el cigarrillo que lleva en los dedos enfundados en guantes. No le apetece contestar a la gente que le pregunta por su profesión. Se aburre anticipadamente al pensar en esos artistas que están sin un céntimo, esos periodistas disfrazados de pobres, esos blogueros que opinan sobre cualquier cosa. Charlar con la gente le resulta insoportable. Incluso el mero hecho de estar allí, rozar apenas la noche, perderse en trivialidades. Tener que volver a casa.

En la calle, un viento glacial, mojado, le quema la cara. Quizá por eso solo han salido dos personas a fumar a la acera. El hombre es bajito pero con unos hombros anchos, reconfortantes. Sus ojos grises y achinados se posan en Adèle. Ella le sostiene la mirada con aplomo, sin bajarla, apura lo que queda de la copa de champán que le seca la lengua. Beben y hablan. Banalidades, sonrisas cómplices, insinuaciones fáciles. La más bella de las conversaciones. Él le dice piropos, ella ríe suavemente. Él le pregunta por su nombre, ella se niega a dárselo, y ese coqueteo amoroso, dulce y anodino, le infunde ganas de vivir.

Todo lo que se dicen solo sirve para una cosa: llegar adonde están ahora. A esta callejuela, con Adèle empujada contra un contenedor verde. Él le ha desgarrado sus pantis. Ella emite gemidos leves, echa la cabeza hacia atrás. Él introduce sus dedos en ella, con el pulgar encima de su clítoris. Ella cierra los ojos para no cruzar su mirada con la de la gente que pasa. Agarra el puño del

hombre, fino y suave, y lo hinca en ella. Él se pone a gemir también, abandonándose al deseo inesperado de una desconocida, una noche de un jueves de diciembre. Exaltado, quiere más. Le muerde en el cuello, la atrae hacia él, pone la mano en el cinturón de su pantalón y empieza a desabrocharse la bragueta. Está despeinado, los ojos se le han agrandado, tiene una mirada de hambriento, como las de las fotos de la galería.

Se aparta de él y se alisa la falda. Él se pasa la mano por el pelo y recupera la compostura. Le dice que vive cerca, de verdad, «a unos pasos de la Rue de Rivoli». Ella no puede. «Así ha estado bien».

Regresa a la galería. Teme que Lauren se haya marchado y se vea obligada a regresar sola a casa. Ve el abrigo blanco.

—Ah, estás aquí.

—Lauren, acompáñame a casa. Sabes que soy una miedosa. Tú te atreves a andar sola por la calle. No le temes a nada.

—Venga, vamos. Dame tu cigarrillo.

Caminan por el Boulevard Beaumarchais, pegadas una a la otra.

—¿Por qué no te has ido con él? —le pregunta Lauren.

—Debo irme a casa, Richard me espera, le dije que no llegaría tarde. No, no quiero ir por ahí —dice bruscamente al llegar a la Place de la République—. Hay ratas en los matorrales. Ratas como cachorros de perro, enormes, te lo juro.

Suben por Les Grands Boulevards. La noche está más oscura y Adèle pierde seguridad. El alcohol la vuelve paranoica. Los hombres las miran. Ante unos vendedores de kebabs, tres tipos les lanzan un «¿Qué tal, chicas?» que sobresalta a Adèle. Grupos de jóvenes salen de las discotecas y de un *pub* irlandés, dando tumbos, riéndose y con una pinta un tanto agresiva. Siente miedo. Le gustaría estar en su cama con Richard. Con las puertas y las ventanas de su casa cerradas. Él no toleraría esto. No dejaría que nadie le hiciera daño, sabría defenderla. Acelera el paso, tira del brazo de Lauren. Lo más rápido posible, estar en casa, al lado de él, ante su mirada tranquila. Mañana, ella cocinará la cena. Ordenará la casa, comprará flores. Beberán vino, le contará cómo ha sido su día de trabajo. Harán planes para el fin de semana. Se mostrará conciliadora, dulce, servil. Dirá a todo que sí.

—¿Por qué te casaste con Richard? —le pregunta Lauren, como si

adivinara sus pensamientos—. ¿Estabas enamorada de él? ¿Convencida? No logro entender cómo una mujer como tú ha llegado a esta situación. Podrías haber conservado tu libertad, vivir la vida como hubieras querido, sin todas esas mentiras. Me parece... aberrante.

Se queda mirando a Lauren sorprendida. Es incapaz de entender lo que su amiga le dice.

—Me casé con él porque me lo pidió. Es el primero y el único que me lo ha pedido. Tenía cosas que ofrecerme. ¡Y además mi madre estaba tan contenta! ¡Con un médico, nada menos!

—¿Hablas en serio?

—No veo por qué tengo que vivir sola.

—Vivir independiente no significa estar sola.

—O sea, ¿como tú?

—Adèle, llevamos semanas sin vernos y apenas has pasado cinco minutos conmigo esta noche. Solo soy tu coartada. Solo haces lo que te da la gana.

—No necesito coartadas... Si no me quieres hacer un favor, ya me las arreglaré de otro modo.

—No puedes seguir así. Te pillaré algún día. Y estoy harta de tener que mirar al pobre de Richard a los ojos y soltarle una mentira tras otra.

—¡Un taxi! —Adèle se precipita hacia la calzada y detiene el coche—. Gracias por haberme acompañado. Te llamaré.

Entra en el portal de su edificio. Se sienta en las escaleras, saca del bolso un par de pantis nuevos y se los pone, y unas toallitas de bebé con las que se limpia el rostro, el cuello, las manos. Se arregla la melena. Sube a su casa.

El salón está a oscuras. Agradece que Richard no la haya esperado. Se quita el abrigo y abre la puerta del dormitorio.

—Adèle, ¿ya estás aquí?

—Sí, vuelve a dormirte. —Richard se gira. Tiende la mano en el vacío, intenta tocarla—. Ahora vengo.

Él no ha cerrado las persianas y, mientras se mete en la cama, observa los rasgos sosegados de su marido. Confía en ella. Es así de sencillo y de violento. Si se despertara, ¿vería las huellas que la noche ha dejado en su

cuerpo? Si abriera los ojos, si se acercara a ella, ¿olería un aroma sospechoso, hallaría indicios de culpabilidad? No le perdona su ingenuidad, que la persigue, que agrava su delito y la convierte en un ser aún más despreciable. Le gustaría arañarle esa cara tersa y dulce, destripar esta cama que tranquiliza.

Sin embargo, lo quiere. Solo lo tiene a él.

Se convence de que es su última oportunidad. Una y no más. Que a partir de ahora dormirá en esta cama con la conciencia tranquila. Por mucho que él la mire, no notará nada.

Ha dormido bien. Con el edredón hasta la barbilla, cuenta a Richard que ha soñado con el mar. No el de su niñez, verdoso y viejo, sino el mar verdadero, el de las lagunas, las calitas y los pinos de la Costa Azul. Estaba tendida, sola, sobre una superficie dura y ardiente, una roca quizá. Con precaución y recato se quita el sujetador. Entorna los ojos y gira la cabeza hacia el mar, hacia altamar. Miles de estrellas, reflejos del sol en el agua, le impiden abrir los párpados. «Y en ese sueño, yo me dije: acuérdate de este día. Acuérdate de lo feliz que has sido».

Oye los pasos de su hijo en el parque. La puerta del dormitorio se abre despacio y aparece la carita redonda y mofletuda de Lucien. «Mamá», gimotea, restregándose los ojos. Se sube a la cama y él, que habitualmente es arisco, reacio a las caricias, recuesta la cabeza en el hombro de Adèle. «¿Has dormido bien, cariño?», le pregunta con dulzura, con infinita precaución, como si temiese que a la mínima torpeza ese momento mágico se esfumase. «Sí, bien».

Se levanta, con su hijo en brazos se dirige a la cocina. Está en la gloria, como esos impostores que aún no han sido desenmascarados. Llena de gratitud por sentirse querida, y, a su vez, amedrentada ante la idea de perderlo todo. En estos momentos, nada le parece más valioso que el ruido tranquilizador que llega desde el fondo del pasillo de la maquinilla eléctrica de afeitarse. Nada merece arriesgar las mañanas abrazada a su hijo, esa ternura, esa necesidad de ella que nadie más tendrá. Está preparando unas *creps*. Cambia rápidamente el mantel que lleva una semana sobre la mesa con una mancha amarilla en el centro. Termina de hacer el café para Richard y se sienta al lado de Lucien. Le observa morder la *crep*. Chuparse los dedos llenos de mermelada.

Mientras espera a que su marido salga del cuarto de baño, Adèle extiende

una hoja de papel y empieza a escribir una lista. Cosas que debe hacer; recuperar, sobre todo. Tiene las ideas claras. Hará limpieza de su cotidianidad, se liberará, una por una, de sus angustias. Cumplirá con sus obligaciones.

Cuando llega al periódico, la sala de la redacción está casi vacía. Solo ve a Clémence, que, de todos modos, parece que vive en la oficina. De hecho, siempre lleva la misma ropa. Adèle se sirve un café y pone orden en su mesa. Tira a la papelera el montón de artículos que había impreso, las invitaciones a actos que ya han tenido lugar. Clasifica en las carpetas verde y azul los documentos que le parecen interesantes pero que es probable que no consulte jamás. Con la mente clara, la conciencia tranquila, se pone a trabajar. Cuenta «una, dos y tres» para vencer su desgana de empezar a telefonar a la gente. «Llame más tarde». «No, este tipo de peticiones se hacen por correo electrónico». «¿En nombre de qué periódico llama usted? No, no tengo nada que decir». Choca con múltiples obstáculos, se enfrenta a ellos con firmeza. Regresa a la lucha, una y otra vez. Vuelve a hacer las preguntas a las que se niegan a responder. Insiste. Como no logra escribir nada, se pone a caminar por el largo pasillo que lleva a un pequeño patio interior. Sale a fumar un cigarrillo, con sus notas en la mano, y repite en voz alta el titular y el cierre del artículo que está escribiendo.

A las cuatro de la tarde, lo ha terminado. Ha fumado muchísimo. No se ha quedado satisfecha con el texto. En la redacción hay mucho revuelo. Cyril, exaltado, dice: «¡Nunca ha sucedido algo así en Túnez! Esto va a degenerar. Seguro. Esta historia va a acabar en sangre». Justo cuando va a enviar el artículo al redactor jefe, su móvil se pone a vibrar. El móvil blanco. Lo busca en el bolso. Lo abre.

«Adèle, no dejo de pensar en ti, en aquella noche mágica. Tenemos que volver a vernos. Estaré en París la semana que viene, podríamos tomar una copa o cenar, lo que te venga mejor. Necesito volver a verte. Nicolas».

Borra de inmediato el SMS. Está furiosa. Había conocido a aquel tipo en un coloquio en Madrid, hacía un mes. Nadie tenía ganas de trabajar. Los periodistas no piensan más que en la bebida gratis y las habitaciones de lujo pagadas por alguno de esos *think-tanks* de dudosa financiación. Se fue con Nicolas a su habitación hacia las tres de la madrugada. Tenía una nariz

aguileña y un pelo muy bonito. Hicieron el amor tontamente. Él no paraba de pellizcarla y morderla. Ella no le pidió que se pusiera un preservativo. Estaba bebida, es verdad, pero dejó que la sodomizara sin protección.

A la mañana siguiente, en el vestíbulo del hotel, ella se mostró glacial. No dijo ni una palabra en el coche que los conducía al aeropuerto. Él parecía sorprendido, desorientado. No se había dado cuenta de que a ella le había repugnado.

Adèle le dio su número de teléfono. Sin saber por qué le dio el del móvil blanco que reserva para los hombres que quiere volver a ver. De pronto, recuerda que le había dicho dónde vivía. Hablaron de su barrio, y él dijo: «Me encanta el distrito 18».

No le apetece nada ir a esa cena. Le ha costado elegir qué ponerse, lo que no augura nada bueno para la velada. Tiene la melena sin brillo, y el cutis, más pálido que nunca. Se ha encerrado en el cuarto de baño y responde sin ganas mientras Richard le mete prisa. Tras la puerta le oye hablar con la canguro. Lucien ya duerme.

Ha acabado vistiéndose de negro. Es un color que nunca llevaba cuando era más joven. Entonces su guardarropa era caprichoso, iba del rojo al naranja chillón, de las faldas amarillo limón a los zapatos azul eléctrico. Desde que ha empezado a marchitarse y ha desaparecido su esplendor, prefiere los tonos oscuros. Sobre los jerséis grises o los de cuello vuelto negros, se pone joyas grandes.

Para esta noche, ha elegido un pantalón de hombre y un jersey escotado por detrás. Perfila sus ojos verdes, color de estanque japonés, con un trazo de lápiz turquesa. Se ha puesto un carmín rojo en los labios y luego se lo ha quitado. Conserva un contorno rojizo alrededor de la boca como si acabaran de besarla con glotonería. A través de la puerta, Richard le pregunta suavemente: «¿Te falta mucho?». Sabe que sonríe a la canguro como diciendo «¡Ay, estas mujeres qué coquetas son!». Está lista, pero quiere hacerle esperar. Coloca una toalla en el suelo y se tiende. Cierra los ojos y se pone a canturrear.

Richard le habla con frecuencia de Xavier Rançon, en cuya casa están invitados esta noche. Es un brillante cirujano descendiente de una estirpe de investigadores y médicos famosos. «Un tipo con ética», insiste. Y Adèle, para complacerlo, le ha respondido: «Me encantará conocerlo».

El taxi los deja ante la cancela de un pasaje privado. «¡Esto sí que es clase!», dice Richard, entusiasmado. A ella también le parece magnífico el lugar pero antes muerta que reconocérselo. Se encoge de hombros. Empujan la cancela y suben por un camino adoquinado hasta la puerta de un chalet estrecho que se alza en tres niveles. Los nuevos propietarios han conservado la arquitectura *art decó* pero han añadido un piso más sobre el que han instalado una terraza con árboles.

Adèle sonríe tímidamente. El dueño de la casa la recibe con una pequeña inclinación de cabeza. Es bajito y lleva una camisa blanca, demasiado ceñida, metida en el vaquero.

—Hola, Xavier.

—Hola. Sophie —se presenta la dueña de la casa.

Adèle tiende la mejilla en silencio.

Sophie, con voz de maestra de escuela, se disculpa:

—No he oído bien tu nombre.

—Adèle.

—Es mi mujer. Hola —dice Richard.

Suben por unas escaleras de madera clara y entran en un inmenso salón, amueblado con dos sofás de color topo y una mesa danesa de los años cincuenta. Todo de forma ovalada y muy estudiado. Una gran fotografía en blanco y negro que representa un teatro cubano en estado de abandono adorna la pared del fondo. En una repisa, una vela desprende un perfume reconfortante de *boutique* de lujo.

Richard se une a los hombres sentados detrás del bar. Hablan fuerte, se ríen de chistes muy conocidos. Esperan ansiosos a que Xavier les sirva un *whisky* japonés.

—¿Una copita? —propone Sophie a las mujeres que la rodean.

Adèle tiende su copa. Mira hacia el lado donde están los hombres y busca una salida, una escapatoria para irse con ellos, huir del grupo de cotorras en el que se halla. Esas mujeres no son nada. Ni siquiera le apetece impresionarlas. Está harta de oírlas hablar.

—... Entonces le dije a Xavier, mira, cariño, si queremos construir un nivel más, nos tenemos ya que poner a ello. Es verdad que fueron tres meses de obras, pero el resultado es que hoy tenemos un salón de doble altura en una

villa en pleno centro de París... ¿Las obras? ¡Un horror! Es una tarea a tiempo completo. Menos mal que entonces yo no trabajaba. Pero estamos tan contentos de haberla comprado... A quién se le puede ocurrir dilapidar miles de euros en alquiler. ¿En este barrio? De 10.000 a 11.000 el metro cuadrado. Es alucinante... ¿Los niños? Ya hace un buen rato que duermen. Somos estrictos con los horarios, así que no han podido esperar despiertos a que llegárais. Aunque me hubiera gustado que los vierais, han crecido tanto... Marie-Lou toca el violín y a Arsène ya hemos empezado a diversificarle la alimentación. Hemos encontrado a una chica fantástica que se ocupa de ellos. Es africana, majísima. Habla bien francés... Sí, sus papeles están en regla. Contratar a gente sin papeles no me importa si se trata de la limpieza de la casa o de hacer chapuzas, pero para cuidar a mis hijos, jamás. Sería irresponsable, ¿verdad? Lo único que me molesta es que hace el ramadán, y eso es algo que me supera. Es imposible cuidar bien a unos niños cuando se tiene el estómago vacío. De verdad, no es sensato. Pero me digo a mí misma que acabará dándose cuenta y dejará de ayunar. Y tú, Adèle, ¿a qué te dedicas?

—Soy periodista.

—¿Qué interesante! —exclama Sophie, volviendo a llenar la copa vacía que le tiende Adèle. Se la queda mirando sonriente, como se mira a un niño tímido que no se atreve a hablar.

—Bueno, ¿qué os parece si pasamos a cenar?

Adèle se sirve vino en su copa. Xavier, que la ha sentado a su derecha, le retira la botella de las manos y se disculpa por no haberle servido. La gente se ríe de las bromas de Richard. A ella no le hacen gracia. No entiende cómo puede atraer la atención.

De todas maneras, ha dejado de estar pendiente de lo que dicen. Está irascible, como amargada. Esta noche no consigue existir. Nadie la ve, nadie la escucha. Ni siquiera intenta alejar las imágenes que como destellos le desgarran la mente, le queman en los párpados. Agita la pierna bajo la mesa. Desea estar desnuda, que alguien le acaricie los senos. Le gustaría sentir una boca contra la suya, palpar una presencia silenciosa, animal. Solo aspira a que la deseen.

Xavier se levanta. Adèle lo sigue hasta el lavabo, al fondo de un pasillo estrecho. Cuando sale, ella le obstaculiza el paso y lo roza hasta sentir la incomodidad de él. Xavier regresa al comedor sin girarse. Ella entra en el lavabo, se queda de pie frente al espejo y mueve los labios sonriendo, finge una conversación educada consigo misma, con la boca seca y morada.

Regresa a la mesa y coloca su mano sobre la rodilla de Xavier que retira rápido la pierna. Siente el esfuerzo que hace él para evitar su mirada. Adèle bebe para darse ánimos.

—¿Tenéis un niño pequeño, verdad, Adèle? —le pregunta Sophie.

—Sí, de tres años y un mes.

—Debe de ser adorable. ¿Y para cuándo el segundo?

—No sé. Probablemente, nunca.

—¡No, por favor! Un hijo único es algo muy triste. Cuando veo la felicidad de tener un hermano y una hermana, no privaría jamás de ella a mis hijos.

—Adèle considera que los hijos absorben mucho tiempo —dice Richard, divertido—. Pero cuando estemos en la casa grande, con jardín, solo tendrá un deseo, el de trotar por ahí con los niños, ¿verdad, querida? El año que viene nos mudamos a Lisieux. ¡Me han hecho una oferta irresistible para ser socio de una clínica!

No hace más que pensar en eso. En encontrarse a solas con Xavier, aunque solo sean cinco minutos, allá en el fondo del pasillo desde donde se oye el eco de las conversaciones del salón. No le parece guapo, ni siquiera seductor. No sabe de qué color son sus ojos pero está segura de que ella se aliviaría si él deslizase su mano bajo su jersey y su sujetador. Si la empujase contra la pared, si frotara su sexo contra el de ella, si pudiera sentir que la desea tanto como ella a él. No irían más lejos, tendría que ser algo rápido. Le daría tiempo de acariciarle el pene, incluso de arrodillarse y hacerle una mamada. Se echarían a reír, y regresarían al salón. No irían más allá, y sería perfecto.

Sophie carece de atractivo alguno, piensa Adèle, mientras observa con atención el horroroso collar que lleva la anfitriona, de bolas de plástico azul y amarillo, engarzadas en un lazo de seda. Es una mujer anodina —se convence

a sí misma—, una cotorra idiota. Se pregunta cómo ese tipo de mujeres, unas mujeres del montón, se acuestan con sus maridos. Si sabrán sentir placer y darlo, si dirán «hacer el amor» o «follar».

En el taxi de vuelta a casa, Richard está tenso. Ella sabe que está enfadado. Que ella ha bebido mucho y que ha dado el espectáculo. Pero él no dice nada. Recuesta la cabeza hacia atrás, se quita las gafas y cierra los ojos.

Adèle lo provoca:

—¿Por qué vas diciendo que nos vamos a instalar en Lisieux? Nunca te dije que estuviera de acuerdo, y tú lo das por hecho.

—¿No estás de acuerdo?

—Tampoco he dicho eso.

—Así que no dices nada. Da igual, nunca dices nada —observa él, tranquilo—. No te pronuncias. No me reproches, entonces, que tome decisiones. Y, la verdad, no sé por qué necesitas comportarte así. Emborracharte, mirar a la gente por encima del hombro, como si entendieras perfectamente la vida y los demás fuéramos una pandilla de imbéciles. ¿Sabes qué? Tú también eres de lo más común, como nosotros. El día que lo aceptes, serás más feliz.

La primera vez que fue a París, tenía diez años. Eran las vacaciones de Todos los Santos y Simone había reservado una habitación en un pequeño hotel del Boulevard Haussmann. Los primeros días, la dejaba sola. Le hizo jurar que no abriría la puerta a nadie, bajo ningún pretexto. «Los hoteles son lugares peligrosos. Especialmente para una niña». Tuvo ganas de contestarle: «Pues entonces, no me dejes sola». No le dijo nada.

El tercer día, se acostó bajo la espesa colcha de la cama de matrimonio y encendió la televisión. Vio anochecer a través de la ventana que daba a un patio gris y sombrío. La oscuridad invadió la habitación, y su madre aún no había regresado. Intentó dormirse, acunada por las risas de las sintonías de los anuncios que desfilaban por la pantalla. Le dolía la cabeza. Había perdido la noción del tiempo.

Adèle estaba hambrienta pero no se atrevía a coger nada del minibar pues su madre había comentado que era una «trampa para turistas». Buscó en el fondo de su mochila una chocolatina o un resto de sándwich de jamón. Solo encontró dos caramelos sucios, pegados en un trozo de clínex.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, tocaron en la puerta. Con insistencia. Unos golpes cada vez más fuertes. Se acercó a la puerta, que no tenía mirilla. No podía ver quién estaba detrás y no se atrevía a abrir. «¿Quién es?», preguntó, temblándole la voz. Nadie respondió. Los golpes redoblaban de vigor, ella oía pasos por el corredor del hotel. Tuvo la sensación de oír una respiración larga, ronca e irritada que podría acabar tirando la puerta abajo.

Tuvo tanto miedo que, toda sudorosa, se escondió debajo de la cama, convencida de que los asaltantes entrarían y la encontrarían allí, llorando, con el rostro hundido en la moqueta *beige*. Pensó en llamar a la policía, pedir socorro, gritar hasta que alguien acudiese en su ayuda. Pero se sentía incapaz

de moverse, medio desmayada, aterrorizada.

Hacia las diez de la noche, cuando Simone abrió la puerta, Adèle ya se había quedado dormida, con un pie asomando por debajo de la cama. Su madre la arrastró del tobillo.

—¿Qué haces ahí debajo? ¿Qué tontería se te ha ocurrido ahora?

—¡Por fin has llegado, mamá! —Se puso de pie y se lanzó a los brazos de su madre—. ¡Alguien intentó entrar! Me escondí. Tuve mucho miedo.

Simone la cogió de los hombros, la miró fijamente y con una voz seca le dijo:

—Has hecho muy bien en esconderte. Es justo lo que debías hacer.

El día antes de que se marcharan de París, Simone cumplió su promesa y llevó a Adèle a conocer la ciudad. Un hombre las acompañaba. No recuerda ni su rostro ni su nombre. Solo su olor a almizcle y a tabaco, y a Simone diciéndole, nerviosa y tensa: «Adèle, saluda al señor».

El señor las llevó a comer a una *brasserie* cerca del Boulevard Saint-Michel y le dio a probar su primer sorbo de cerveza. Pasearon por la orilla derecha del Sena, por Les Grands Boulevards. Adèle se paraba en todos escaparates de las tiendas de juguetes de los pasajes Verdeau, Jouffroy y de la galería Vivienne sin hacer caso a Simone que se ponía nerviosa. Luego fueron a Montmartre. «Le gustará a la niña», repetía el señor. En la Place Pigalle, se subieron al tren turístico y, apretujada entre su madre y aquel hombre, descubrió, aterrorizada, el Moulin-Rouge.

Conserva de aquella visita a Pigalle una imagen oscura, espantosa, a la vez que sórdida y muy viva. Recuerda, sin mucha certeza, haber visto en el Boulevard de Clichy a unas prostitutas, decenas de ellas, casi desnudas a pesar de la llovizna de noviembre. A una pandilla de punkis, a unos jóvenes drogados que caminaban tambaleándose, a unos chulos con el pelo engominado, a unos transexuales con los senos puntiagudos y vestidos con faldas cortas y ceñidas que les marcaban el sexo. Protegida por el traqueteo del tren que parecía un juguete gigante, apretujada entre su madre y aquel hombre, mientras se lanzaban miradas lúbricas, sintió por primera vez esa mezcla de miedo y deseo, de repugnancia y emoción erótica. Esa pulsión sucia

de saber lo que ocurría tras las puertas de los hoteles para encuentros sexuales por horas, en el fondo de los patios de los edificios, en las butacas del cine Atlas, en la sala de atrás de los *sex-shops* cuyos neones en rosa y azul perforaban el crepúsculo. Jamás encontró, ni en los brazos de los hombres ni en los paseos que hizo años más tarde por ese mismo bulevar, ese sentimiento mágico de rozar con el dedo la vileza y la obscenidad, la perversión burguesa y la miseria humana.

Las Navidades son para ella un túnel oscuro y frío, un castigo. Como Richard es complaciente y generoso, porque para él la familia es lo primero, prometió ocuparse de todo. Mandó el coche a revisión, compró los regalos, y, una vez más, eligió para Adèle uno precioso.

Necesita unas vacaciones. Está agotada. No pasa un día sin que alguien le comente que ha adelgazado, que parece tensa, y que le reprochen sus cambios de humor. «Te sentará bien el aire fresco del campo». Como si el aire de París fuera menos fresco que en otros lugares.

Cada año pasan las Navidades en Caen, en casa de la familia de Richard, los Robinson, y el Año Nuevo en la de los padres de Adèle. Ya es una tradición, como le gusta decir a Richard. Ella intentó convencerlo de que no era necesario ir a casa de sus padres, en Boulogne-sur-Mer, que les daba igual. Pero él insiste, por Lucien, «que necesita conocer a sus abuelos», y, también, por ella, «porque la familia es importante».

La casa de los padres de Richard huele a té y a jabón de Marsella. Odile, la suegra de Adèle, pocas veces sale de su inmensa cocina. A veces se sienta con ellos en el salón, sonrío a los comensales, que están tomando el aperitivo, y desaparece de nuevo tras los fogones. «Venga, mamá, quédate con nosotros», insiste Clémence, la hermana de Richard. «Hemos venido hasta aquí para verte, no para comer», le gusta repetir, mientras se atiborra de tostadas con *foie gras* y galletas de canela. Siempre propone ayudar a su madre y jura que se ocupará de hacer la cena. Y, ante el enorme alivio de Odile, se sumerge en una interminable siesta, siempre demasiado borracha para reconocer los ingredientes del primer plato.

Los Robinson saben recibir a sus invitados. A Richard y a Adèle los acogen con el ruido de las risas y de los tapones de las botellas de champán.

Un inmenso árbol de Navidad se yergue en una esquina del salón. Es tan alto que la punta toca el techo y se encoge como si fuera a caerse de un momento a otro. «Ha quedado ridículo el árbol, ¿verdad? Le dije a Henri que era muy alto, pero ni caso», dice Odile, riéndose por lo bajo.

Henri se encoge de hombros y separa los brazos en un gesto de derrota. «Me estoy haciendo viejo...». Hunde su mirada azul en los ojos de Adèle, en señal de complicidad, como si ambos estuvieran cortados por el mismo patrón, como si pertenecieran a la misma tribu. Ella se inclina hacia él y le da un beso, respirando profundamente su perfume a vetiver y a espuma de afeitar.

«¡A la mesa!». A los Robinson les gusta comer, y cuando comen hablan de comida. Intercambian recetas, direcciones de buenos restaurantes. Antes de empezar, Henri ha bajado al sótano y ha subido unas botellas de vino que son acogidas con efusivos «¡Ah!» de alegría. Todos lo miran descorchar la primera, decantar el néctar en una jarra, comentar el color. Todos guardan silencio. Henri echa un poco de vino en una copa, aprecia su buqué. Lo prueba. «¡Ah, ya veréis, chicos...!».

Durante el desayuno, en el que los niños comen sentados en las rodillas de sus padres, Odile de pronto se pone seria. «Ahora me tenéis que responder. ¿Qué queréis de comida?», articula lentamente. Clémence y Richard, acostumbrados a las maniobras de su madre, le contestan: «Lo que tú quieras».

A mediodía, mientras Henri descorcha la tercera botella de ese rico vino español «que se deja beber muy bien», Odile se levanta, con los labios aún impregnados de grasa de las terrinas de *foie gras* y de los quesos que se han sucedido uno tras otro, y con una libreta en la mano, se queja: «No estoy inspirada para el menú de esta noche. ¿Qué os apetece?». Nadie responde o, si lo hacen, es con poco entusiasmo. Henri, que ya está piripi, abotargado y con ganas de echarse una siesta, exclama de mal humor: «¡Ni siquiera hemos acabado de comer y ya nos estás dando el coñazo!». Odile se calla y se hace la ofendida como si fuera una jovencita inexperta.

Esos líos divierten a Adèle pero también la irritan. No entiende ese hedonismo que se ha puesto de moda, esa obsesión que le entra a la gente por «comer bien» y «beber bien». A ella siempre le gustó tener hambre. Sentir

desfallecimiento, mareos, ese hueco en el estómago, oír sonar las tripas, y vencer las ganas de comer, estar por encima de esa necesidad. Cultivó la delgadez como un arte de vivir.

Esta noche también se eterniza la cena. Nadie se ha dado cuenta de que Adèle apenas ha probado bocado. Odile ya no insiste en servirle de nuevo. Richard está algo bebido. Habla de política con Henri. Se llaman el uno al otro fascista, reaccionario burgués. Laurent intenta participar en la conversación: «Al contrario... —En cambio —le corrige Richard—. Se dice “en cambio”».

Adèle pone la mano en el hombro de Laurent, se levanta y sube a su habitación.

Odile les da siempre el dormitorio amarillo, el más silencioso y el más grande de la casa. Es algo lúgubre, y el suelo está helado. Adèle se mete en la cama, se frota los pies uno contra el otro y se sume en un sueño mórbido. Durante la noche, a veces siente que recupera débilmente la conciencia. Su mente está despierta pero su cuerpo está rígido como el de un cadáver. Nota la presencia de Richard a su lado. La angustiante impresión de que jamás se librará de ese letargo. Que no despertará de esos sueños tan profundos.

Oye a Richard darse una ducha. Percibe el tiempo que pasa. Adivina que ya es de día, por los ruidos que le llegan de lejos, la voz de Lucien, los cacharros de la cocina de Odile. Es tarde, le faltan fuerzas para levantarse. Cinco minutitos más, se dice. Cinco más y podrá ponerse en marcha.

Cuando sale de su dormitorio, con los ojos hinchados y el pelo mojado, ya han retirado la mesa del desayuno. Richard le ha dejado una bandeja en la cocina. Adèle se sienta delante de su taza de café. Sonríe a Odile que suspira: «Tengo mucho que hacer hoy, no sé cómo me las voy a arreglar».

A través del ventanal, Adèle observa el jardín. Los manzanos altos, la llovizna y los niños que se deslizan por el tobogán mojado, embutidos en sus anoraks. Richard juega con ellos. Se ha puesto unas botas y le hace una señal para que se les una. El día está muy frío. No quiere salir. «Estás muy pálida. Tienes mala cara», le dice Richard al entrar. Y amaga una caricia hacia la cara de Adèle.

Henri y Clémence han insistido en ir a visitar la casa. «Me gustaría verla. ¿Sabes que en el pueblo la llaman la casona?». Odile casi los ha echado, encantada de que la dejen sola para los preparativos de la cena de Navidad. Laurent se ha sacrificado, quedándose con los niños.

Richard está nervioso. Regaña a Clémence porque tarda en subir al coche. Hace prometer a su padre que se callará durante la visita. «Soy yo quien plantea las preguntas. ¿Entendido? No es necesario que intervengas». Adèle está sentada detrás, callada e indiferente. Observa los muslos gruesos de Clémence, despatarrados en el asiento, las uñas comidas de las manos.

Él gira continuamente la cabeza hacia atrás. Por mucho que Adèle le insista en que mire hacia adelante, él la mira a ella para ver cómo le impresionan los paisajes del campo. ¿Qué piensa de las colinas húmedas, de la carretera que asciende, del antiguo lavadero público más abajo? ¿Qué le parece la entrada del pueblo? ¿Y la iglesia, el único edificio que resistió los bombardeos de la guerra? ¿Se ve a sí misma caminando, un día tras otro, en medio de esas colinas sembradas con manzanos retorcidos? ¿En medio de esos valles atravesados por riachuelos, por ese sendero que conduce a la casa? ¿Le gusta esa pared cubierta por la hiedra? Con el rostro inexpresivo, casi pegado al cristal de la ventanilla, Adèle no emite comentario alguno. Controla hasta el parpadeo de sus pestañas.

Richard aparca delante de un portalón de madera. *Monsieur* Rifoul los espera, de pie, con las manos cruzadas a la espalda como el dueño de un castillo, petrificado en el tiempo. Es un auténtico gigante, obeso, con el rostro sofocado y unas manos anchas como la cara de un niño pequeño. Sus pies parecen listos para hacer retumbar el suelo. El pelo, abundante y rizado, oscila del amarillo al blanco. De lejos, impresiona. Pero al acercarse Adèle para

saludarlo, observa que lleva las uñas largas, le falta un botón en la camisa y una mancha dudosa destaca en la bragueta del pantalón.

El dueño tiende el brazo hacia la puerta de entrada y todos penetran en la casa. Richard salta como un cachorro por los peldaños de la escalinata. Va soltando «ah, sí», «muy bien», ante el salón, la cocina, el porche. Se interesa por la calefacción, el estado de la instalación eléctrica. Consulta sus notas y pregunta: «¿Tiene humedades?». Entre la antigua cocina y el salón, cuyas puertas vidrieras dan a un jardín con mucho encanto, hay un cuartito acondicionado como despacho que *Monsieur* Rifoul les abre sin mucho entusiasmo. Parece abandonado y a través de los rayos de luz que escapan por las cortinas azules vuela una nube espesa de partículas de polvo. «Mi esposa leía mucho. Me llevaré los libros. Pero les dejaré el escritorio si lo quieren». Adèle se queda mirando una cama de hospital, pegada a la pared, sobre la que están cuidadosamente dobladas unas sábanas blancas. Un gato se ha escondido debajo del sillón. «Al final, ella ya no podía subir».

La escalera que conduce al piso de arriba es de madera. De todas las paredes cuelgan fotografías de la difunta, sonriente y bella. En el dormitorio principal, cuyas ventanas dan a un castaño centenario, hay un cepillo del pelo sobre la mesilla de noche. *Monsieur* Rifoul se inclina y con su manaza alisa la colcha estampada con flores de color rosa.

Es una casa para envejecer, piensa Adèle. Una casa para gente sentimental. Hecha para los recuerdos, para los amigos que pasan de vez en cuando y para los que parten a la deriva. Es un arca, un cobijo, un refugio, un sarcófago. Una oportunidad para los fantasmas. Un decorado de teatro.

¿Han envejecido hasta ese extremo? ¿Es posible que sus sueños se detengan aquí?

¿Les ha llegado la hora de morir?

Afuera, los cuatro observan la fachada. Richard se gira hacia el jardín y tiende la mano.

—¿Hasta dónde llega?

—Lejos, muy lejos. Todo ese huerto, ¿lo ve? Todo es de ustedes.

—¡Menudas compotas y tartas de fruta le vas a hacer a Lucien! —bromea

Clémence.

Adèle se mira los pies. Sus mocasines de charol están empapados por la hierba mojada. No es un calzado para el campo.

—Dame las llaves —le pide a Richard.

Se sienta en el coche, se descalza y se frota los pies con las manos para calentárselos.

—¿Xavier? ¿Cómo has conseguido mi móvil?

—Llamé a tu oficina. Me dijeron que estabas de vacaciones, pero les comenté que era urgente...

Adèle debería contestar que le alegra recibir noticias tuyas pero que no la interprete mal. Que lamenta profundamente el comportamiento que tuvo el otro día. Se pasó. Había bebido mucho, estaba algo triste, no sabe qué le ocurrió. Ella no acostumbra a ser así. Nunca ha hecho algo similar. Tiene que olvidarse de lo ocurrido y hacer como que no sucedió. Está abochornada. Y además, ella quiere a su marido, nunca le haría una faena así, y menos con él, a quien Richard admira tanto y de cuya amistad se enorgullece.

No dice nada de eso.

—¿Te pillo mal? ¿Puedes hablar?

—Estoy en casa de mis suegros. Pero, sí, puedo hablar.

—¿Cómo estás? —le pregunta, cambiando el tono de voz.

Le dice que le gustaría volver a verla. Que le trastornó tanto lo de la otra noche que no pegó ojo. Si se mostró tan frío, fue por la sorpresa, por la actitud de ella y por el deseo de él. Es consciente de que no debería haberla llamado. Ha intentado resistirse a ese impulso y ha hecho todo lo posible por no pensar en ella. Pero necesita verla.

Al otro lado del teléfono, Adèle no dice nada. Sonríe. Su silencio incomoda a Xavier que no ha dejado de hablar y acaba proponiéndole que queden a tomar una copa.

—Donde quieras y cuando quieras.

—Es mejor que no nos vean juntos. ¿Cómo explicárselo a Richard? —Se arrepiente de haber dicho eso. Él lo interpretará como que esas precauciones son algo habitual en ella.

Xavier lo interpreta, por el contrario, como deferencia, como un deseo impetuoso pero firme.

—Tienes razón. Entonces, cuando regreses. Llámame, por favor.

Ha elegido un vestido granate. De encaje, con mangas cortas, que deja adivinar algo de desnudez en el vientre y los muslos. Extiende lentamente el vestido sobre la cama. Al arrancar la etiqueta se hace un enganchón. Tendría que haberse molestado en buscar unas tijeras.

Le pone a Lucien la camisa y los mocasines de piel que su abuela le ha comprado. Sentado en el suelo, con un camioncito entre las piernas, su hijo está muy pálido. Lleva dos días durmiendo mal. Se despierta muy temprano, no quiere dormir la siesta. Escucha, con los ojos como platos, las promesas de los adultos sobre la Navidad. Divertido y luego cansado, padece el chantaje que todos ejercen sobre él. Ya no se deja engañar por las amenazas. «Si no te portas bien...». Que llegue papá Noel de una vez y acabemos con esto.

En lo alto de las escaleras, con su hijo de la mano, Adèle sabe que Laurent la está mirando. Mientras baja, él murmura algo que ella no llega a oír del todo, un piropo sobre ese vestido provocativo. Durante toda la velada, la fotografía, con el pretexto de la obsesión de Clémence por los recuerdos. Adèle finge no darse cuenta de que Laurent la está observando con el ojo oculto tras la cámara. Él cree captar por sorpresa una belleza fría e inocente. Son sin embargo unas posturas sabiamente calculadas.

Odile ha colocado un sillón cerca del árbol de Navidad. Henri llena las copas de champán. Clémence corta unos papelitos, y este año, por primera vez, Lucien será el encargado de sacar el que lleve el nombre de la persona que abrirá sus regalos ante todos. Adèle se siente incómoda. Desearía irse con los niños al comedor y tumbarse en el suelo en medio de los Lego y los cochecitos en miniatura. Se sorprende a si misma rezando para que no salga su nombre.

Pero sale.

—¡Adèle, bien! —gritan todos. Se frotan las manos, empiezan a bailar, alegres, alrededor del sillón.

—¿Has visto el paquete de Adèle? Henri, el pequeñito, rojo. ¿Lo has visto? —pregunta Odile, inquieta.

Richard no dice nada.

Sentado en el brazo del sofá, se prepara para ver el efecto. El regazo de Adèle está cubierto de bufandas, guantes que no usará jamás, libros de cocina que no abrirá. Richard se acerca a ella, le tiende una cajita. Clémence lanza a su marido una mirada llena de reproches.

Adèle la desenvuelve y, al ver el estuche de color naranja con el logo de la marca Hermès, Odile y Clémence lanzan un suspiro de satisfacción.

—¡Estás loco! No deberías haberte molestado. —Adèle había dicho lo mismo las Navidades pasadas.

Deshace el lazo y abre el estuche. Le cuesta entender qué es. Una rueda de oro, rodeada de piedrecitas de color rosa, y coronada con tres espigas de trigo en relieve. Mira la joya sin tocarla, sin levantar la cabeza para no encontrarse con la mirada de Richard.

—Es un broche —dice él.

Un broche.

Adèle tiene mucho calor. Está sudando.

—¡Qué belleza! —murmura Odile.

—¿Te gusta, querida? Es un modelo antiguo, estaba seguro de que te iría bien. Pensé en ti en cuanto lo vi. Me parece muy elegante, ¿verdad?

—Sí, sí. Me encanta.

—¡Pruébate! Sácalo del estuche, al menos. ¿Quieres que te ayude?

—Está emocionada —añade Odile, con los dedos pegados a la barbilla.

Un broche.

Richard saca la joya del estuche, presiona el alfiler y este se desengancha.

—Levántate, así será más fácil ponértelo.

Se levanta y, con delicadeza, Richard pincha el broche en el vestido, justo por encima del seno izquierdo.

—Está claro que no pega con este tipo de vestido, pero es bonito, ¿verdad?

Está clarísimo que no le va nada con lo que lleva. Tendría que pedirle

prestado un traje de chaqueta a Odile y un fular, también. Y dejarse crecer el pelo, peinarse con un moño, llevar zapatos de tacón cuadrado.

—Es precioso, cariño. Mi hijo tiene muy buen gusto —añade, orgullosa, Odile.

No acompaña a los Robinson a la misa de medianoche. Tiene una fiebre altísima, se queda dormida, con el vestido granate puesto y el cuerpo encogido bajo las mantas. «Ya te dije que te estabas poniendo enferma», se lamenta Richard. Por mucho que él le frote la espalda, que le añada más mantas, está tiritando de frío. Le tiemblan los hombros, le castañetean los dientes, él se acuesta a su lado, la abraza. Le acaricia el pelo. Hace que tome los medicamentos, mimándola, como cuando Lucien está enfermo.

Richard le ha contado a menudo que los enfermos de cáncer, en el momento de la agonía, se ponen a pedir perdón. Justo antes del último estertor, se disculpan ante los vivos, por las faltas cometidas que no han tenido tiempo de confesarles. «¡Perdonadme, perdonadme!». En su delirio, Adèle teme hablar. Desconfía de su debilidad. Teme hacer confidencias al hombre que la está cuidando, y utiliza la poca energía que le queda para hundir su rostro en la almohada empapada de sudor. No decir nada. Ante todo, no decir nada.

Simone abre la puerta, con el cigarrillo pegado a la comisura de los labios. Lleva un vestido cruzado que se ha abrochado mal y le asoma el pecho bronceado y marchito. Tiene las piernas delgadas y barriga. Los dientes se le han manchado de carmín, y Adèle, al verla, no puede impedir pasarse la lengua por sus propios dientes. Se queda observando los grumos de rímel barato pegados a las pestañas de su madre, y los trazos de lápiz azul sobre sus párpados arrugados.

—¡Richard, querido, cuánto me alegra veros! Estaba muy decepcionada de que no festejarais la Navidad con nosotros, aunque ya sé que en casa de tus padres lo pasáis muy bien. Con nuestros pocos medios, no podemos organizado con tanta elegancia.

—Hola, Simone. Estamos encantados de haber venido, como siempre — dice Richard, con entusiasmo al entrar en la casa.

—¡Qué amable eres! ¡Levántate, Kader, no ves que Richard acaba de llegar! —grita a su marido, repantigado en un sillón de cuero.

Adèle sigue en la entrada. Lleva en brazos a Lucien, que se ha quedado dormido. Observa el diván de satén sintético azul que le horripila. El salón le parece todavía más pequeño, más feo que antes. Frente al sofá, la biblioteca de color negro está llena de adornos y fotos, de ella y Richard, y de su madre de joven. En un plato hondo, una colección de cajas de cerillas llenas de polvo, unas flores artificiales en un jarrón chino.

—¡Simone, el cigarrillo! —le riñe Richard negando suavemente con el índice.

Simone apaga el cigarrillo y se aparta para dejar pasar a Adèle.

—No te beso, como llevas al niño en brazos, no quiero despertarlo.

—Ya. Hola, mamá.

Atraviesa el minúsculo apartamento y entra en lo que fue su cuarto de pequeña. Mantiene la mirada clavada en el suelo. Desnuda con cuidado a Lucien, que ha abierto los ojos y, por una vez, no se resiste. Lo mete en la cama. Le lee más cuentos que de costumbre. Se ha quedado profundamente dormido al empezar el último del libro. Sigue leyendo, en voz baja, la historia de una zorra y una liebre. El niño se mueve y la empuja fuera de la cama.

Cruza el pasillo oscuro que huele a ropa enmohecida. Entra en la cocina. Richard está sentado en la mesa de fórmica amarilla y sonríe con aire cómplice a su mujer.

—Tu hijo tarda mucho en quedarse dormido —le dice Simone—. Mimas demasiado al niño. Yo nunca me andaba con esos melindres contigo.

—Le gusta que le cuenten cuentos. Solo es eso.

Adèle coge el cigarrillo que tiene su madre entre los dedos.

—Podríais haber llegado antes. Acabaremos cenando a las diez. Menos mal que Richard me hace compañía. —Simone sonríe y se levanta con la lengua el puente de su incisivo amarillento—. Tuvimos mucha suerte de conocerte, querido. Fue un auténtico milagro. Adèle fue siempre tan mojigata, tan pasmarote. Jamás una palabra, una sonrisa. Nos creíamos que se quedaría para vestir santos. Yo le decía que intentara ser más atractiva. ¡No sé, que consiguiera despertar deseo! Pero era tan testaruda, tan reservada. Imposible sacarle la mínima confianza. Y no te creas, había un montón de chicos que bebían los vientos por ella, tenía éxito, mi Adèle. ¿Verdad que lo tenías? Ya lo ves, no contesta. Se hace la interesante. Yo le decía: «Debes ocuparte un poco de ti, si quieres comportarte como una princesa, sal a buscar un príncipe, porque aquí no tenemos medios para mantenerte por los siglos de los siglos. Con tu padre que está enfermo y yo, que he currado toda mi vida, tengo derecho a disfrutar de los años que me quedan. No cometas las mismas tonterías que yo», eso le decía. «No te cases con el primero que llegue, para que luego tengas que llorar lágrimas de sangre». Yo era guapa, ¿sabes? ¿No te enseñé esta foto? Es un Renault amarillo. El primero que hubo en el pueblo. ¿Y te has fijado? Los zapatos hacían juego con el bolso. ¡Siempre! Yo era la mujer más elegante del pueblo, pregúntalo por ahí, todos te lo dirán. Pero, en fin, menos mal que encontró a un hombre como tú. De verdad, hemos tenido mucha suerte.

El padre de Adèle está viendo la televisión. No se ha levantado del sillón desde que han llegado. Está absorto con la retransmisión, desde el *cabaret* Lido de París, del espectáculo de Nochevieja. Las ojeras hinchadas dan pesadez a su mirada, pero sus ojos verdes han conservado el brillo y cierta altivez. A su edad, aún luce una espesa melena morena. Una fina corona gris ilumina sus sienes. Sigue teniendo lisa la frente, su inmensa frente.

Adèle va a sentarse a su lado. Posa apenas sus nalgas en el diván y coloca las manos en los muslos. Comenta a su padre con una voz infinitamente dulce:

—¿Estás contento con la tele? La eligió Richard. Es el último grito en televisores.

—Muy bien, hija. ¡Cuánto me mimas! No deberías gastarte el dinero en esto.

—¿Quieres beber algo? Estos han empezado a tomar el aperitivo en la cocina sin nosotros.

Kader acerca su mano a Adèle y le da unas palmaditas suaves en la rodilla. Tiene unas uñas brillantes, muy blancas en la punta de sus largos dedos bronceados.

—Déjalos, no nos necesitan —murmura inclinándose hacia ella. Le sonrío, cómplice, y saca una botella de *whisky* de debajo de la mesa. Lo sirve en dos vasos—. Le encanta montar sus numeritos delante de tu marido. Ya conoces a tu madre. Se pasa la vida organizando cenas para epatar a los vecinos. Si no me hubiera hecho la vida imposible, siempre dándome la lata, yo habría vivido una vida de verdad. Habría hecho como tú. Me habría ido a París. El periodismo, seguro que me habría gustado ser periodista.

—Te estamos oyendo, Kader —le dice Simone riéndose.

Kader gira su rostro hacia la televisión y aprieta con los dedos la frágil rodilla de su hija.

Simone no tiene mesa de comedor. Adèle le ayuda a poner los platos en dos mesitas bajas, redondas, formadas por una bandeja de bronce con pie de madera. Comen en el salón: Kader y Adèle sentados en el diván; Simone y Richard, en dos pequeños pufs de satén azul. A él le cuesta disimular la incomodidad de su postura. Su metro noventa es un hándicap y las rodillas

casi le rozan la barbilla.

—Voy a ir a ver a Lucien —se disculpa Adèle.

Entra en su cuarto. Lucien duerme, con la cabeza medio fuera de la cama. Empuja el cuerpo del niño contra la pared y se tumba a su lado. Oye la música del Lido y cierra los ojos para acallar a su madre. Aprieta los puños. Solo percibe la música arrolladora del *cabaret*, y sus párpados se llenan de estrellas y lentejuelas. Mueve con suavidad los brazos, se agarra a los hombros desnudos de las bailarinas. Ella también se pone a bailar, lánguida, bella y ridículamente vestida con un atuendo de animal de circo. Ya no siente miedo. Ya solo es un cuerpo que se entrega para alegrar a los turistas y a los jubilados.

Las fiestas han acabado, volverá a París, a la soledad, a Xavier. Podrá, por fin, saltarse las comidas, no tener que hablar, entregar a Lucien en manos de quien lo quiera cuidar: doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno: ¡Feliz Año Nuevo, Adèle!

Nada sucedió como estaba planeado. Primero, no consiguieron un coche. Adèle tenía quince años; Louis, diecisiete. Él le había asegurado que uno de sus amigos, un mal estudiante que había repetido curso varias veces, y al que siempre se le veía por los alrededores del liceo durante las clases, los llevaría a la playa en el coche de su padre. Aquel domingo por la mañana, el amigo no dio señales de vida. «¡No importa, tomaremos el autobús!». Ella no dijo nada. No le confesó que su madre le tenía prohibido los transportes públicos, sobre todo para salir fuera de la ciudad, y con chicos. Esperaron en la parada más de veinte minutos. Adèle llevaba un vaquero muy ceñido, una camiseta negra y un sujetador que le había cogido a su madre. La noche anterior se había afeitado las piernas en el cuarto de baño. Había comprado en la tienda de la esquina una maquinilla de afeitar y se había hecho un estropicio, tenía las piernas llenas de arañazos. Esperaba que no se notara.

En el autobús, Louis, sentado a su lado, había colocado el brazo sobre sus hombros. Él prefirió sentarse con ella en lugar de con sus amigos. Adèle pensó que la trataba como si fuera su mujer, como si le perteneciese, y eso le gustaba.

El trayecto duró más de media hora y al bajarse en la última parada aún tuvieron que caminar un trecho hasta la casa del amigo de Louis, la famosa casa de la playa cuyas llaves le había entregado. Unas llaves que casualmente no encajaban en la cerradura. No abrían la puerta. Por mucho que Louis forzara, pusiera la llave del derecho y del revés, probara en la puerta principal y en la trasera, no había forma, no cedían. Todo ese recorrido, además de la mentira que Adèle había contado a sus padres, para encontrarse en esa situación, la única chica con cuatro chicos, unos porros y alcohol, y la llave que no abría. «Vamos a intentarlo por el garaje», propuso Frédéric, que

conocía bien la casa y estaba seguro de poder penetrar por allí. «No hay ningún coche dentro».

Frédéric entró el primero por un ventanuco que bastó con empujar pero que estaba a dos metros del suelo. Louis aupó a Adèle que haciéndose la valiente saltó y aterrizó con los dos pies en el garaje húmedo. Toda esa aventura con la ilusión de llegar al mar para acabar luego encerrada en un garaje oscuro, sentada sobre unas toallas mohosas, extendidas sobre el suelo de cemento. Pero al menos había porros, alcohol e incluso una guitarra. En esos pequeños estómagos, en esos pechos frágiles, ese bello material reemplazaría el mar.

Bebió para infundirse ánimo. Había llegado el momento. No se libraría. Contaban con pocas oportunidades, pocos lugares aislados, pocas casas de playa, y Louis no se echaría atrás. Para colmo, había exagerado, le había contado que ella tenía experiencia en esas cosas, que no se acobardaba, que ya había pasado por eso con otros chicos. Sentada en un suelo helado, algo bebida, se preguntó si él se daría cuenta, si ese tipo de mentiras se veía o si se podía fingir.

El ambiente se transformó. Como si se volviera brumoso. Un deseo de seguir siendo niña se le agarrotaba en la garganta. Un último sobresalto de inocencia por poco la lleva a desistir. La tarde transcurría más rápido de lo previsto y los chicos encontraron un pretexto para salir del garaje. Ella los oía fuera, rondar como las ratas. Louis la desnudó. Se tendió boca arriba y la sentó sobre él.

Adèle no se lo había imaginado así. Esa torpeza, esos gestos trabajosos, esos movimientos grotescos. La dificultad para introducir su miembro en ella. Él no parecía estar contento, solo furioso, actuaba de modo mecánico. Como si quisiera ir a algún lugar pero ella no sabía adónde. La cogió por las caderas y empezó a hacer unos movimientos de atrás hacia delante. A Louis le pareció que ella era torpe, patosa. Adèle dijo: «He fumado demasiado, creo». Él la puso de lado, y fue todavía peor. La tendió, acurrucada contra él, y con sus manos impacientes agarró su miembro para penetrarla. Ella no sabía si tenía que moverse o abandonarse, quedarse quieta y callada, o dar grititos.

A la vuelta, Louis se sentó a su lado en el autobús, colocó el brazo sobre sus hombros. «¿O sea, que esto es ser su mujer?», se preguntó Adèle. Se sentía

sucia y orgullosa a la vez, humillada y victoriosa. Entró en su casa discretamente. Simone estaba viendo la televisión y Adèle se precipitó al cuarto de baño. «¿Un baño a estas horas, pero quién te crees que eres? ¿Una princesa oriental?», le gritó su madre.

Se sumergió en la bañera ardiendo, introdujo su dedo en la vagina con la esperanza de hallar algo allí. Una prueba, una señal. La vagina estaba vacía. Si al menos lo hubieran hecho en una cama. Si hubiera habido más luz en ese garaje. Ni siquiera sabía si había sangrado.

Seis euros con noventa céntimos. Todos los días junta esos seis euros con noventa céntimos, en monedas, para comprar una prueba de embarazo. Se ha vuelto una obsesión. Cada mañana, en cuanto se levanta, va al cuarto de baño, rebusca en el fondo del neceser donde ha escondido el paquete rosa y blanco, y hace pis en el dispositivo. Espera cinco minutos. Cinco minutos de auténtica angustia, totalmente irracional. La prueba da negativo. Se queda aliviada durante unas cuantas horas, pero esa misma tarde, tras comprobar que no le ha llegado la regla, vuelve a la farmacia a comprar otra prueba. Es lo que más teme: quedarse encinta de otro hombre. No poder explicárselo a Richard, o, peor aún, tener que hacer el amor con su marido y pretender que la criatura es de él. De pronto, le baja la regla, plof, plof, con ese sonido de los huevos al cascarlos. Y aunque el vientre se le ha hinchado y endurecido, disfruta de las contracciones que le hacen guardar cama toda la tarde, con las rodillas encogidas contra el pecho.

Durante una época, se hacía la prueba del sida todas las semanas. Al acercarse el día de los resultados, se quedaba paralizada por la angustia. En cuanto se despertaba, se fumaba unos porros, se dejaba morir de hambre y acababa, sin peinarse y echándose un abrigo encima del pijama, paseando de arriba abajo a las puertas del hospital Salpêtrière, esperando la cartulina amarilla en la que figuraba escrito: «negativo».

Teme morir. Es un miedo intenso, que le oprime la garganta y le impide razonar. Se pone, entonces, a palpase el vientre, los senos, la nuca, y descubre unos ganglios que anuncian sin duda un cáncer fulminante y atrozmente doloroso. Se jura así misma que dejará de fumar. Resiste durante una hora, una tarde, un día. Tira el tabaco que encuentra en la casa, compra paquetes de chicle. Sale a correr durante horas por las inmediaciones del

templete del parque Monceau. Luego se dice a sí misma que no merece la pena vivir con semejante ansiedad, una ansiedad tan evidente y esencial. Que hay que estar loca o ser una imbécil redomada para infligirse esta abstinencia, para sufrir de este modo, esperando aguantar el mayor tiempo posible. Abre los cajones, registra en los bolsillos de sus abrigos. Sacude los bolsos del revés y, si no tiene la suerte de encontrar un paquete de cigarrillos olvidado, recoge del balcón una colilla con el filtro sucio, corta la punta y aspira con avidez.

Sus obsesiones la están devorando. No puede impedirlo. Como necesita mentir, su vida requiere una agotadora organización que le ocupa por completo la mente. La reconcome. Organizar un falso viaje, inventar un pretexto, alquilar una habitación de hotel. Elegir el adecuado. Recordar diez veces al recepcionista, y oír a este confirmarle «Que sí, con bañera. Que no, que el cuarto no es ruidoso, no se preocupe usted». Mentir pero sin justificarse demasiado. Las justificaciones alimentan las sospechas.

Elegir qué ponerse para una cita, pensar en ello constantemente, abrir el armario en mitad de la comida, contestar a Richard que le pregunta: «¿Pero qué estás haciendo? —¡ay, perdona!— busco un vestido, no sé dónde lo he puesto».

Calcular los gastos. Retirar dinero líquido sin dejar pistas. Dejar la cuenta en rojo por comprar ropa interior cara, trayectos en taxi, cócteles a un precio desorbitado en los bares de los hoteles.

Estar guapa. Estar lista. Equivocarse, por supuesto, de prioridades.

No llegar a tiempo a la cita con el pediatra por culpa de un beso que se ha prolongado. Sentir demasiada vergüenza como para volver a ese pediatra, que sin embargo es muy competente, y una enorme pereza de ponerse a buscar otro nuevo. Convencerse a sí misma de que con un padre médico, a fin de cuentas, Lucien no necesita un pediatra.

Se ha comprado un móvil blanco con tapa, que jamás saca del bolso. Richard no sabe que lo tiene. Y otro ordenador portátil que oculta debajo de la cama, de su lado, cerca de la ventana. No conserva justificantes de nada, ninguna factura, ninguna prueba. Desconfía de los hombres casados, de los

sentimentales, los histéricos, los viejos solterones, los jóvenes románticos, los amantes conseguidos por internet, los amigos de los amigos.

A las cuatro de la tarde, Richard la llama. Se disculpa porque le toca de nuevo guardia. Lleva dos noches seguidas y tendría que haberla avisado. Se ha visto obligado a aceptar, le debía un favor a un colega.

—A Xavier. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, el tipo de la cena. No puedo hablar mucho porque estoy esperando a Lucien delante del colegio. Después iré quizás al cine. De todas formas ya le había pedido a María que se quedase hoy con él.

—Fenomenal. Ve al cine y luego me cuentas.

Afortunadamente, Richard nunca le pide que le cuente.

Esta noche Adèle ha quedado con Xavier. El día en que regresaron a París se encerró en el baño para enviarle un mensaje. «Ya estoy aquí». Decidieron verse esta noche. Se ha comprado un vestido blanco, muy formal y un par de medias de topos negros. Se pondrá zapato plano. Xavier es bajito.

Delante del colegio, Adèle observa a las madres reírse entre ellas. Muchas cogen cariñosamente a sus hijos por el hombro, les prometen pararse a comprarles un bollo y luego llevarlos un rato al parquecito de juegos. Lucien sale, arrastrando por el suelo el abrigo.

—Ponte el abrigo, Lucien. Hace frío, ven que te lo abroche. —Se pone en cuclillas delante de su hijo que le da un empujón y por poco le hace perder el equilibrio.

—¡No quiero el abrigo!

—Lucien, no tengo ganas de discutir. Y menos en la calle. Te lo vas a poner. —Desliza la mano por debajo del jersey de su hijo y le pellizca con fuerza la espalda, esa piel tierna que se arruga bajo sus dedos—. Te vas a

poner el abrigo, Lucien. Y no hay más que hablar.

Mientras regresan a casa cogidos de la mano, se siente culpable, con un nudo en el estómago. Tira del brazo del niño que se para delante de cada coche, y comenta su forma y color.

—Vamos, date prisa —insiste, tirando de Lucien que se resiste y se niega a caminar. La gente que pasa se la queda mirando.

Le gustaría ser más paciente, tomarse su tiempo, aprovechar los momentos que está con su hijo. Pero hoy solo desea una cosa, quitárselo de encima cuanto antes. Falta poco, dentro de dos horas estará libre, le habrá dado su baño, su cena, se habrán peleado, ella habrá gritado. María llegará. Lucien se echará a llorar.

Sale de su casa. Se detiene en un cine, saca una entrada y la guarda en el bolsillo del abrigo. Para a un taxi.

Está sentada a oscuras en la escalera de un edificio de la Rue du Cardinal-Lemoine, en un peldaño entre el primer y el segundo piso. No la ha visto nadie. Espera.

Él no tardará en llegar.

Tiene miedo. Alguien podría subir, un desconocido que le quisiera hacer daño. Intenta no mirar la hora. No saca el móvil del bolsillo. De todos modos, nunca pasa nada lo suficientemente rápido. Se reclina para atrás, coloca el bolso debajo de la cabeza y se levanta la falda del vestido que le llega a las rodillas. Es ligera, demasiado ligera para la temporada. Pero se alza al dar un giro, como una auténtica falda de niña pequeña. Se acaricia el muslo con la punta de las uñas. Se incorpora un poco, aparta la braga hacia un lado y coloca su mano con firmeza. Nota cómo se le hinchan los labios de la vulva, la sangre que fluye bajo la pulpa de sus dedos. Aprieta su sexo en su puño, cierra con violencia la mano. Se araña desde el ano al clítoris. Gira el rostro contra la pared, pliega las piernas y se moja los dedos con saliva. Una vez, un hombre escupió en su sexo. A ella le gustó.

El índice y el corazón. Solo se trata de eso. Un movimiento vivo, cálido, como un baile. Una caricia constante, natural e infinitamente envilecedora. No lo consigue. Se detiene y comienza de nuevo. Mueve la cabeza como los caballos al intentar espantar a las moscas que les molestan en los ollares. Hay que ser un animal para que funcione. Quizá si se pone a gritar, a gemir, sentirá mejor que llega el espasmo, la liberación, el dolor, la ira. Murmura unos suaves «ah». No es por la boca, sino por el vientre por donde debería gemir. Es inútil, hay que ser una bestia para abandonarse de ese modo. No hay que tener dignidad, piensa, justo en el momento en que oye abrirse el portal. Alguien ha llamado al ascensor. Se queda quieta. Qué pena que él no haya

subido por las escaleras.

Xavier sale del ascensor, saca un manojó de llaves. Mientras abre la puerta, ella, que se ha descalzado, lo coge de la cintura. Él se sobresalta y lanza un grito: «¡Ah, eres tú! ¡Qué susto me has dado! Un poco original tu modo de empezar la faena, ¿eh?».

Ella se encoge de hombros y entra en el estudio.

Xavier se pone a hablar sin parar. Adèle espera que no tarde en descorchar la botella de vino que lleva en la mano desde hace un buen rato, se levanta y le tiende el sacacorchos.

Es su momento preferido.

El que precede al primer beso, a la desnudez, a las caricias íntimas. Ese instante de fluctuación en el que todo es posible aún y ella es la artífice de la magia. Se bebe un sorbo de vino con ansia. Una gotita se desliza por el labio, a lo largo de la barbilla y va a parar al cuello del vestido blanco antes de poder retenerla. Es un detalle de la historia y ella es quien la escribe. Xavier está febril, tímido. No está impaciente. Le agradece que se haya sentado lejos, en esa silla incómoda. Ella se ha sentado en el sofá sobre las piernas dobladas. Con su mirada pantanosa, viscosa e impenetrable, Adèle observa a Xavier.

Él acerca su boca, y una onda eléctrica recorre el vientre de Adèle. La descarga fulmina su sexo, lo hace reventar, carnoso y jugoso, como una fruta que se pela. La boca del hombre sabe a vino y a habanos. Un sabor a bosque y praderas rusas. Lo desea y es casi un milagro semejante deseo. Lo quiere poseer, a él y a su mujer, y a esta historia, estas mentiras, los mensajes que vendrán después, los secretos y las lágrimas, e incluso el adiós, inevitable. Él le quita el vestido. Sus manos de cirujano, largas y huesudas, rozan apenas su piel. Sus gestos son seguros, ágiles, deliciosos. Parece indiferente, y, de pronto, se vuelve furioso, incontrolable. Tiene un sentido certero de la dramaturgia, piensa Adèle, alegrándose de ello. Está tan cerca ahora que ella siente mareos. Su aliento le impide pensar. Se ha quedado sin voluntad, vacía, sometida a él.

La acompaña a la parada de taxis, aplasta sus labios contra su cuello. Adèle se mete precipitadamente en el coche, con el cuerpo aún repleto de amor, despeinada. Saturada de olores, de caricias y de saliva, su piel ha adquirido un tono nuevo. Cada uno de sus poros la delata. Tiene la mirada mojada. Con aire de gata, indolente y maliciosa. Contrae su sexo y un escalofrío la recorre de abajo arriba, como si el placer no se hubiera consumido por completo y su cuerpo guardara recuerdos tan vivos que podría en cualquier momento convocarlos y gozar.

París está de color naranja, y desierto. El viento glacial ha barrido los puentes y liberado a la ciudad de los peatones, ha entregado las calles a sí mismas. Envuelta en una espesa capa de bruma, la ciudad le ofrece un terreno de ensoñación ideal. Se siente casi como una intrusa en ese paisaje, mira por el cristal como si estuviera espiando a través de una cerradura. La ciudad le parece infinita, y ella, un ser anónimo. No puede creerse que esté ligada a alguien. Que alguien la esté esperando. Que cuente con ella.

Regresa a casa. Paga a María, que siempre se ve obligada a decirle: «El niño la ha echado de menos. Le ha costado mucho quedarse dormido». Se desnuda, hunde la cara en su ropa sucia, la husmea, hace un gurrño con ella y la esconde en el armario. Mañana encontrará el olor de Xavier.

Está metida en la cama cuando suena el teléfono. «¿*Madame* Robinson? ¿Es usted la esposa del doctor Richard Robinson? Perdóneme que la llame a estas horas, pero es que... no se asuste, su marido ha tenido un accidente de moto hace una hora en el Boulevard Henri IV. Está consciente, y fuera de peligro, pero los traumatismos en las piernas son de cierta importancia. Lo trajeron aquí, al hospital Salpêtrière, y le están haciendo algunas pruebas. No tengo más detalles por el momento, pero, por supuesto, venga a verlo cuando

quiera. Su apoyo le será muy útil».

Tiene sueño. No ha entendido bien. Es incapaz de valorar la situación. Le gustaría dormir un ratito, decir que no oyó el móvil. Pero ya es tarde. La noche se ha fastidiado. Entra en el cuarto de Lucien. «Cariño, tenemos que ir al coche». Lo envuelve en una manta y lo coge en brazos. Sigue dormido en el taxi. Por el camino, Adèle llama a Lauren y constantemente salta la voz amable de su contestador. Harta y cada vez más nerviosa, sigue llamando una y otra vez.

Ante el portal de Lauren, pide al taxista que la espere.

—Dejo al niño y vuelvo.

El conductor, con un acento chino muy marcado, exige que le dé una garantía.

—¡Váyase a la mierda! —responde Adèle, arrojándole un billete de veinte euros.

Entra en el portal, llevando a Lucien dormido a su espalda y llama a la puerta de Lauren.

—¿Por qué no me contestabas? ¿Estás de morros?

—¡Qué va! —responde Lauren, con la voz pastosa por el sueño, y la cara arrugada. Lleva un quimono que le queda pequeño, le llega justo por encima de las nalgas—. Estaba durmiendo. ¿Qué ha ocurrido?

—Creí que estabas enfadada. Por lo de la otra noche. Creí que no querías verme más, que te habías hartado de mí, que estabas poniendo distancia...

—¡Qué chorradas dices! Adèle, ¿qué está pasando?

—Richard ha tenido un accidente de moto.

—¡Vaya, qué putada!

—No parece grave. Lo van a operar de una pierna, pero está bien. Debo ir al hospital, no quiero llevarme a Lucien. No tengo a nadie que se quede con él.

—Sí, sí, por supuesto, déjamelos. —Lauren tiende los brazos, Adèle se acerca a ella y con cuidado desliza el cuerpo del niño sobre el torso de Lauren, y esta cierra los brazos alrededor de la manta—. Mantenme informada y no te preocupes por él.

—Ya te lo he dicho, no creo que sea grave.

—Me refería a tu hijo —murmura Lauren, mientras cierra la puerta.

Llama a un taxi. Le contestan que tardará diez minutos. Se queda dentro del portal a oscuras tras la puerta acristalada. Protegida. Tiene miedo de esperar fuera a esas horas, la podrían atacar, violar. Ve llegar el taxi que pasa de largo y frena doscientos metros más lejos, en la esquina de la calle. «¡Será imbécil!». Adèle sale del portal y corre hacia el coche.

Se sienta en la sala de espera, en el sexto piso. «El doctor pasará a verla en cuanto haya terminado». Adèle sonríe con timidez. Está hojeando una revista, con una pierna enredada en la otra, hasta el extremo de sentir hormigueos en las pantorrillas. Lleva ahí una hora viendo rodar camillas, oyendo a los jóvenes médicos internos bromear con los auxiliares de enfermería. Ha avisado a Odile, que ha decidido tomar el primer tren al día siguiente para ver a su hijo. «Te resultará difícil, querida Adèle. Pero me llevaré a Lucien a casa, así estarás más tranquila para cuidar a Richard».

No siente pena, no está disgustada. Este accidente, sin embargo, es en cierto modo culpa suya. Si Xavier no hubiera cambiado su guardia con Richard, si ella no le hubiera sugerido esa idea ridícula, si no hubieran tenido tantas ganas de verse, su marido habría estado en casa, sano y salvo. A estas horas, estaría durmiendo plácidamente a su lado, sin necesidad de afrontar las complicaciones que este accidente sin duda acarreará.

Pero quizá haya sido una suerte inesperada. Una señal, una liberación. Durante unos cuantos días, al menos tendrá la casa para ella. Lucien se irá con su abuela. Nadie vigilará sus idas y venidas. Llega a pensar que las cosas podrían haber sucedido incluso mejor.

Haberse muerto él.

Ahora sería viuda.

A las viudas se les perdonan muchas cosas. El dolor es una disculpa extraordinaria. Durante el resto de su vida, multiplicaría los errores y las conquistas, y dirían de ella: «¡Pobrecilla, la muerte de su marido la ha desquiciado! No consigue superar su pérdida». No, ese escenario no funcionaría. En esta sala de espera en la que le han pedido que rellene formularios y cuestionarios, debe reconocer que Richard es esencial para ella.

No podría vivir sin él. Carecería de todo. Se vería obligada a afrontar la vida, la verdadera, la horrible, la concreta. Tendría que aprender desde cero, desenvolverse por sí misma y, entonces, el tiempo que dedica al amor lo perdería en hacer gestiones.

No. Richard no puede morir. No antes que ella.

—¿*Madame* Robinson? Soy el doctor Kovac. —Adèle se levanta torpemente, con las piernas entumecidas, le cuesta mantenerse de pie—. Fui yo quien le telefoneó antes. Me acaba de llegar el resultado del escáner, y las lesiones son importantes. Por suerte, las heridas de la pierna derecha son superficiales. Pero en la izquierda tiene varias fracturas, rotura de la meseta tibial y de los ligamentos.

—De acuerdo, ¿pero eso qué significa concretamente?

—Pues que entrará en el quirófano dentro de un rato. Luego, lo escayolarán y habrá que prever una fisioterapia larga.

—¿Se quedará ingresado mucho tiempo?

—De una semana a diez días. No se preocupe, su marido volverá pronto a casa. Lo están preparando para la intervención. Encargaré a un enfermero que la avise en cuanto lo suban a planta.

—Aquí estaré.

Al cabo de una hora, cambia de sitio. No le gusta estar sentada delante de esos ascensores por los que se accede a las desgracias del mundo. Ha encontrado un asiento vacío al fondo del pasillo, cerca de la sala donde descansa el personal de enfermería. Los ve archivar expedientes, preparar los tratamientos, ir de una habitación a otra. Oye el deslizarse de sus zuecos sobre el suelo de linóleo. Escucha sus conversaciones. A una auxiliar se le cae un vaso del carrito pues lo ha empujado con violencia. La paciente de la 6095 se niega a tomar las medicinas. No la ve, pero adivina que es una anciana y que la enfermera que habla con ella está acostumbrada a sus caprichos. Al rato, silencio. El pasillo se ha quedado a oscuras. La enfermedad cede el lugar al sueño.

Hace tres horas, la mano de Xavier rozaba su sexo.

Se levanta del asiento. Le duele mucho el cuello. Busca los lavabos, se pierde por unos corredores vacíos, vuelve sobre sus pasos, va de un lado a otro. Acaba empujando una puerta de contrachapado y entra en unos que llevan tiempo sin mantenimiento. El pestillo no cierra. No hay agua caliente, y se moja la cara y el pelo tiritando de frío. Se enjuaga la boca para afrontar el día que se avecina. En el corredor oye su apellido. Sí, han dicho Robinson. La están buscando. No, es a su marido a quien llaman. A Richard, que está tendido en la camilla. Delante de la 6090, pálido y sudoroso, frágil con su bata de hospital celeste. Tiene los ojos abiertos, pero Adèle cree que sigue dormido. Su mirada es inexpresiva. Solo las manos, agarradas a la sábana para subírsela, las manos que defienden su pudor, solo las manos demuestran que está consciente.

La enfermera empuja la camilla dentro de la habitación. Cierra la puerta dejando a Adèle fuera, y ella espera que le den permiso para entrar. No sabe qué hacer con los brazos. Busca decir algo, una frase de consuelo, de sosiego.

—Ya puede entrar.

Se sienta a la derecha de la cama. Richard apenas gira el rostro hacia ella. Abre la boca donde unos hilillos de saliva seca se le han quedado pegados a los labios. Huele mal. A sudor y a miedo. Adèle reclina la cabeza en la almohada y ambos se quedan dormidos a la vez. Hombro con hombro.

Se va del hospital a las once. «Tengo que ir a recoger a Lucien. La pobre Lauren me espera». En el ascensor coincide con el cirujano que ha operado a su marido. Viste vaqueros y una cazadora de cuero. Es joven. Recién acabado el MIR, o quizá sea aún un interno residente. Lo imagina abriendo cuerpos, dándoles la vuelta, manipular huesos, desencajarlos, usar la sierra. Observa sus manos, sus largos dedos que han pasado la noche en medio de sangre y líquidos corporales.

Ella baja la mirada. Finge que no lo ha reconocido. Al llegar a la calle, no puede impedir seguirlo. Él camina rápido. Ella acelera el paso. Lo observa desde la otra acera. Él saca un pitillo de la cazadora. Adèle cruza y se planta delante.

—¿Me da fuego?

—Sí, un momento. —Da un respingo y se toca los bolsillos—. Usted es la esposa del doctor Robinson. No debe preocuparse. Ha sido una fractura aparatosa, pero es joven, se recuperará enseguida.

—Sí, sí, me lo dijo usted antes, cuando pasó por la habitación. No estoy preocupada.

Él gira la piedra del mechero. La llama se apaga. Protege el fuego con la mano derecha, pero de nuevo se extingue por la corriente de aire. Adèle le arranca el mechero de las manos.

—¿Va usted para su casa?

—Hmm, sí.

—¿Le esperan?

—Sí, sí, ¿por qué? ¿Le ayudo en algo?

—¿Quiere usted tomar una copa?

El médico se la queda mirando y suelta una risa escandalosa, alegre,

infantil. El rostro de Adèle se distiende. Sonríe, es una mujer guapa. Este tipo es de los que disfrutan de la vida. Tiene dientes de brujo blanco, una mirada voluptuosa.

—¿Por qué no? Si usted quiere.

Va al hospital a ver a Richard a diario. Antes de entrar en la habitación, se asoma desde la puerta. Si su marido está despierto, le ofrece una sonrisa compasiva y de circunstancias. Le lleva revistas, bombones, una barrita de pan caliente y frutas del tiempo. Pero nada parece hacerle ilusión. El pan se pondrá duro. Un olor a plátanos maduros envuelve el ambiente.

No le apetece nada. Ni siquiera hablar con ella, que está sentada en un incómodo taburete a la derecha de la cama e intenta distraerlo. Adèle hojea las revistas, comenta los cotilleos, pero él apenas le responde. Ella acaba callándose. Mira por la ventana: el hospital, tan grande como una ciudad, el metro aéreo, la estación de Austerlitz.

Richard lleva una semana sin afeitarse y la barba oscura y descuidada le endurece las facciones.

Ha adelgazado mucho. Con la pierna escayolada, observa fijamente la pared de enfrente, agobiado ante la perspectiva de las semanas que le esperan.

Cada vez que lo va a ver, se propone quedarse toda la tarde, distraerlo, esperar a que pase el médico para hacerle preguntas. Pero nadie aparece por ahí. El tiempo transcurre lento, como si se hubieran olvidado de ellos, como si esa habitación de hospital no existiera en ningún lugar y la tarde se extendiera sin fin. Al cabo de media hora, ya no puede más de aburrimiento. Se despide de Richard, y debe reconocer que se siente aliviada.

Odia este hospital. Esos pasillos donde unos individuos con bastones, corsés ortopédicos, escayolados, despellejados, se ejercitan para caminar. Esas salas de espera donde unos pacientes ignorantes están sentados, pendientes de que les revelen la palabra sagrada. Por la noche, mientras duerme en su casa, sigue oyendo los gritos de la vecina de habitación de Richard, una octogenaria que se fracturó la cadera: «¡Déjenme en paz, se lo

suplico, márchense!».

Una tarde, mientras se dispone a despedirse de Richard, entra en la habitación una enfermera regordeta y charlatana:

—¡Ay, fenomenal! Su mujer ha venido a verlo.

Me va a ayudar a asearlo. Entre las dos nos arreglaremos mejor.

Richard y Adèle se miran, violentos por la situación. Adèle se remanga el jersey y coge la manopla que le tiende la enfermera.

—Yo lo sujeto y usted le frota la espalda. Así, de esta forma.

Adèle desliza lentamente la manopla por su espalda, por sus axilas vellosas, por los hombros. Desciende hasta las nalgas. Pone en ello todo el interés y la dulzura de la que es capaz. Richard agacha la cabeza, y ella sabe que está llorando.

—Acabará de asearlo yo sola, si no le importa —dice a la enfermera. Y esta, que querría seguir, se lo piensa mejor al ver que él solloza en silencio, y se va. Adèle se sienta en la cama y coge el brazo de Richard, le frota la piel, se esmera en limpiarle los dedos de las manos. No sabe qué decir. Nunca tuvo que ocuparse de su marido y esta nueva función la desconcierta y entristece. Fracturado o sano, el cuerpo de Richard no representa nada para ella. No le despierta emoción alguna.

Afortunadamente, Xavier la espera.

—He notado lo afectada que estás —murmura Richard de pronto—. Siento mucho mostrarme tan cerrado, tan duro contigo. Sé que para ti también esto es difícil. Me siento culpable. Me vi morir. Tenía tanto sueño, no conseguía mantener los párpados abiertos y perdí el control de la moto. Ocurrió muy despacio, lo vi todo, el coche que llegaba de frente, la farola a mi derecha. Resbalé durante varios metros, me pareció interminable. Creí que mi vida se acababa, que iba a morir allí mismo, y todo por querer hacer una guardia más. Eso me ha abierto los ojos. Esta mañana escribí un correo al jefe de servicio para presentar mi dimisión. Me largo de ese hospital, me siento incapaz de seguir allí más tiempo. He hecho una oferta para la casa y pienso entrar como socio en la clínica de Lisieux. Avisa en tu periódico. No esperes al último momento, sería una pena que terminaras mal con ellos. Vamos a empezar de nuevo, cariño. En el fondo, este accidente no habrá sido solo algo negativo.

Alza hacia ella sus ojos enrojecidos, sonrío y Adèle ve al anciano con

quien acabará sus días. El rostro serio, la tez amarillenta, los labios secos, ese es su futuro.

—Voy a llamar a la enfermera, podrá terminar de lavarte sin mí. Lo importante es que estás bien. No pienses en todo eso, descansa. Mañana hablamos.

Escurre la manopla con rabia, la deja en la mesilla de noche y sale diciéndole adiós con la mano.

La despierta brutalmente. El frío. Se da cuenta de que está desnuda, helada y se ha quedado dormida, con la nariz hundida en un cenicero lleno de colillas. Le viene una arcada, se le remueven las tripas. Intenta cerrar los ojos, se gira, suplica al sueño que la engulla, que la libere de este mal trance. Con los párpados cerrados, se mete en la cama, que se tambalea. Se le contrae la lengua de tal modo que grita de dolor. Unos relámpagos verduscos le atraviesan el cráneo. Se le acelera el pulso. Las náuseas le arañan el vientre. Le tiembla el cuello. Tiene un hueco en el estómago, como un gran vacío antes de la expulsión. Intenta levantar las piernas para irrigar mejor el cerebro. Está sin fuerzas. Apenas le da tiempo a arrastrarse hacia el váter. Hunde la cabeza en el inodoro y vomita un líquido ácido y gris. Unas arcadas violentas contraen su cuerpo, vomita por la boca, la nariz, siente que se está muriendo. Cuando cree que acaban los vómitos, empiezan de nuevo. Acompaña el vómito con un gesto indignado, se retuerce como una serpiente y cae, agotada.

Ha dejado de moverse. Tendida sobre las baldosas, va recuperando una respiración lenta. Con la nuca empapada, vuelve a sentir frío y eso la reconforta. Se encoge, con las rodillas contra el pecho. Lloro suavemente. Las lágrimas deforman su rostro amarillento, le surcan el cutis reseco por el maquillaje. Balancea de atrás hacia adelante ese cuerpo que la deja tirada, que le repugna. Pasa la lengua por los dientes y nota un trozo de comida contra el paladar.

No sabe cuánto tiempo ha transcurrido. No sabe si se ha quedado dormida. Se arrastra por el suelo hasta llegar a la ducha. Se va poniendo en pie, poco a poco. Teme desmayarse, golpearse la cabeza contra la bañera, vomitar de

nuevo. En cuclillas, de rodillas, de pie. Apenas se sostiene erguida. Le gustaría hundir las uñas en las paredes, inspira e intenta caminar derecha. La nariz congestionada, llena de costras, le duele. Bajo la ducha, observa la sangre que le corre por los muslos. No se atreve a mirarse la vulva, aunque está en carne viva, desgarrada, tumefacta como un rostro molido a golpes.

Casi no recuerda nada. Su cuerpo es la única referencia. No quería quedarse sola esa noche, de eso sí se acuerda. Se estaba angustiando ante la idea de ver pasar las horas sin saber qué hacer en su casa. Mehdi le contestó al cabo de una hora de haberle dejado un mensaje en su página web. Se presentó a las nueve, y, como acordado, llegó con un amigo y con cinco gramos de cocaína. Adèle se había arreglado para estar guapa. No por pagar tiene una que descuidar su aspecto. Se sentaron los tres en el salón. Enseguida le gustó Mehdi. El pelo rapado, un rostro canallesco, unas encías oscuras y dientes de alimaña. Llevaba una esclava en la muñeca y se comía las uñas. Era admirablemente vulgar. El amigo, rubio y discreto, joven y delgado, se llamaba Antoine, y tardó una hora en quitarse la cazadora.

Estaban algo sorprendidos por la casa, por la decoración, moderna y refinada. Sentados en el sofá, parecían dos niños algo incómodos tomando el té con una persona adulta. Adèle abrió una botella de champán y Mehdi, que enseguida la tuteó, le preguntó:

—¿En qué trabajas?

—Soy periodista.

—¿Periodista? ¡Joder, qué suerte la tuya!

Sacó el sobrecito del bolsillo, lo agitó delante de Adèle.

—Ay, sí, espera un segundo. —Ella se giró y sacó de la biblioteca la funda de un DVD de dibujos animados de Lucien.

A Mehdi le hizo gracia y dispuso seis rayas sobre la funda:

—Tú primera —y no dejaba de repetir que era de la buena. No mentía.

Adèle ya no sentía sus encías. Le picaba la nariz, tenía una necesidad de beber, alegre y compulsiva. Cogió la botella, echó la cabeza hacia atrás y cuando el líquido se deslizó por sus mejillas y por el cuello, empapándole la ropa, se dijo que la señal estaba dada. Antoine se agachó detrás de ella.

Empezó a desabrocharle la blusa. Sabían exactamente lo que hacían, como un *ballet* coreografiado a la perfección. Mehdi le lamió los pechos y le puso la mano entre los muslos mientras Antoine la agarraba de los pelos.

Se deja deslizar contra la pared. Se encoge bajo el chorro de agua ardiendo. Quiere hacer pis pero el bajo vientre está duro, como si le hubiera crecido un hueso durante la noche. Contrae los pies, aprieta la mandíbula y cuando por fin la orina infectada le resbala por los muslos, suelta un grito de dolor. Su vagina no es más que un trozo de cristal resquebrajado, un laberinto de estrías y grietas. Una lámina de hielo bajo la que flotan cadáveres congelados. El pubis, que ella se afeita a diario con esmero, está de color morado.

Ella fue la que lo pidió. No puede reprocharles nada. Ella fue la que pidió a Mehdi, después de una hora de preliminares, de una hora de él dentro de ella, de Antoine en ella, de juegos, de intercambios. Ella fue la que no pudo más. Ella la que dijo: «No es suficiente». Ella la que quiso sentir, la que creyó poder soportarlo. Cinco veces, quizá diez, él levantó la pierna y su rodilla puntiaguda, huesuda, reventó su sexo. Al principio, lo hizo con cuidado. Lanzó a Antoine una mirada desconcertada, picara. Levantó la pierna y se encogió de hombros. No entendía nada. Pero luego, le tomó gusto al verla retorcerse, al oír sus gritos que ya no eran humanos.

Después, después, ya no había vuelta atrás. Después quizá se desmayó. Quizá hablaron un poco. En todo caso, se despertó ahí, desnuda, sola. Sale de la ducha lentamente, se sujeta a cada mueble, a cada pared. Consigue coger una toalla en la que se envuelve, y se sienta con cuidado, con mucho cuidado en el borde de la cama. Se mira en el espejo del dormitorio. Está lívida y vieja. El mínimo movimiento le desboca el corazón, basta con que piense algo para que las paredes giren a su alrededor.

Debería comer algo. Tomarse una bebida fresca y dulce. Lo sabe, el primer sorbo será delicioso, le calmará la sed, y, luego, al llegar el líquido al estómago, sentirá unas náuseas intensas, una jaqueca atroz. Debe resistir.

Tumbarse de nuevo. Beber un poco, dormir mucho.

La nevera está vacía. Desde el accidente de Richard, no ha hecho la compra. La casa está sucia. En su dormitorio, la ropa está tirada por todos lados, las bragas en el suelo. Un vestido yace sobre uno de los brazos del sofá del salón. Cartas sin abrir se amontonan en la cocina. Acabará perdiéndolas o tirándolas a la papelera. Le dirá a Richard que no había correo. No ha ido a trabajar en toda la semana. Se comprometió a entregar un artículo que es incapaz de escribir. No responde a las llamadas acuciantes de Cyril, y le envía un SMS impresentable, en mitad de la noche, diciendo que se pasa el día en el hospital con su marido. Que se reincorporará el lunes.

Duerme vestida, come en su cama. Siente frío constantemente. La mesilla de noche está llena de envases de yogur medio vacíos, cucharas sucias y restos de pan duro. Ve a Xavier en cuanto puede, en el estudio de la Rue du Cardinal-Lemoine. Cuando la llama, se levanta, se toma una ducha de agua hirviendo, tira por el suelo la ropa y busca en el armario, como loca, qué ponerse. Tiene la cuenta bancada en números rojos, pero toma un taxi. Cada día necesita más maquillaje para disimular las bolsas de los ojos, iluminar su tez apagada.

Suena el móvil. Levanta torpemente el edredón, las almohadas. Lo oye. No lo encuentra. Estaba a sus pies. Mira la pantalla. Seis llamadas perdidas. Seis llamadas de Richard, separadas por minutos. Seis llamadas frenéticas, furiosas.

15 de enero.

Sale hoy del hospital. La está esperando. Es 15 de enero y se había olvidado. Se viste. Con un vaquero cómodo y un jersey de cachemir de hombre.

Se sienta.

Se peina y maquilla.

Se sienta.

Ordena el salón, hace una bola con la ropa y luego se apoya contra los armarios de la cocina. Tiene la frente helada de sudor. Busca el bolso. Está en el suelo, destripado y vacío.

Debe ir a recoger a Richard.

En verano los padres de Adèle alquilaban un apartamento cerca de Le Touquet. Kader se pasaba el día en el bar con su grupo de amigos de las vacaciones. Simone jugaba al *bridge* y se bronceaba en la terraza, protegiéndose el cuello del sol con una tira de papel de aluminio.

A Adèle le gustaba quedarse sola. Fumaba en el balcón cigarrillos mentolados. Se ponía a bailar en mitad del salón y registraba los cajones. Una tarde encontró una edición de *La insoportable levedad del ser* que debía de pertenecer a los dueños de la casa. Sus padres no leían ese tipo de libros. Sus padres no leían ningún libro. Lo había hojeado al azar y en una de las páginas encontró una escena que la emocionó hasta el llanto. Las palabras retumbaban incluso en su vientre, una corriente eléctrica la recorría con cada frase. Apretaba la mandíbula, contraía su sexo. Por primera vez en su vida, tuvo ganas de acariciarse. Cogió los bordes de las bragas y los estiró hacia arriba hasta que el tejido le quemó la vulva.

«La desnudaba y, durante ese tiempo, ella estaba casi inerte. Cuando la besó, sus labios no respondieron. Luego se dio cuenta de pronto de que tenía el sexo húmedo, y se quedó consternada».

Volvía a dejar el libro en su sitio, en la pequeña cómoda del salón, y por la noche pensaba en lo que había leído. Intentaba recordar las palabras exactas, encontrar el tono y luego ya no podía resistir más. Se levantaba a abrir el cajón, se quedaba mirando la cubierta amarilla y sentía despertar bajo su fino camisón unas sensaciones desconocidas. Apenas se atrevía a coger el libro.

No marcaba la página, no dejaba ninguna señal de su paso por la historia. Pero siempre acababa encontrando el capítulo que tanto la emocionaba.

«Sentía su excitación, tanto mayor cuanto que se excitaba en contra de su voluntad. Su alma consentía de antemano y en secreto lo que estaba ocurriendo, pero sabía también que para controlar esa enorme excitación su consentimiento debía ser tácito. Si lo hubiera manifestado en voz alta, si hubiera aceptado participar de buen grado en la escena de amor, la excitación habría disminuido. Pues lo que excita el alma es precisamente que el cuerpo te traicione, que actúe contra tu voluntad y presenciar esa traición.

»Él le quitó las bragas. Ahora estaba desnuda por completo».

Repetía esas frases como un mantra. Las hacía girar en la lengua. Las ocultaba en el fondo de la mente. Enseguida entendió que el deseo no era lo importante. No sentía atracción por los hombres a los que se acercaba. A lo que aspiraba no era a la carne sino a la situación. Que la follaran. Observar la máscara de los hombres mientras gozan. Llenarse. Probar una saliva. Imitar el orgasmo epiléptico, el goce lascivo, el placer animal. Ver alejarse a un hombre con las uñas manchadas de sangre y esperma.

El erotismo era el ropaje de todo. Disimulaba la simpleza, la vanidad de las cosas. Animaba sus tardes escolares, las meriendas de cumpleaños e incluso las reuniones familiares donde siempre hay un anciano tío que se come con los ojos tus tetas. Esa búsqueda obsesiva abolía las normas, los códigos. Acababa con las amistades, con las ambiciones, con cualquier tarea programada.

De esas conquistas, Adèle no extrae ni gloria ni nada de qué avergonzarse. No lleva un libro de cuentas, no se queda con los nombres y menos aún con las situaciones. Se olvida enseguida, esa es la ventaja. ¿Cómo acordarse del tacto de tantas pieles, tantos olores? ¿Cómo conservar en la memoria el peso de cada cuerpo sobre ella, la anchura de las caderas, el tamaño del pene? No

recuerda nada en concreto, pero los hombres son las únicas referencias de su vida. A cada estación, cada cumpleaños, cada acontecimiento de su existencia, corresponde un amante de rostro borroso. En su amnesia perdura la sensación vivificante de haber existido mil veces a través del deseo de otros. Y, años después, si vuelve a cruzarse con un hombre que, algo emocionado, le confiesa con voz grave que le costó mucho olvidarla, se siente inmensamente satisfecha. Como si no hubiera sido en vano. Como si, a pesar de ella, alguna finalidad se hubiera inmiscuido en esa eterna repetición.

Con algunos, mantuvo una cierta cercanía. La emocionaron más. Adam, por ejemplo, del que le gusta afirmar que es su amigo. Aunque lo haya conocido en una página web de contactos, lo siente cercano. A veces pasa a verlo a la Rue Bleue, se queda vestida, y se fuma un canuto con él, en la cama que hace las veces de despacho de trabajo y de salón. Reclina la cabeza sobre su brazo y le gusta esa camaradería sincera. Él nunca le hizo ningún comentario, ninguna pregunta sobre su vida. No es ni inteligente ni profundo, y a ella eso le gusta.

A algunos les cogió cariño, le dio pena perderlos. Cuando piensa en ellos, ese vínculo le resulta borroso. No lo entiende. En su momento, parecía lo más importante para ella. Como, por ejemplo, con Vincent, y, antes de este, con Olivier, a quien conoció durante un reportaje en Sudáfrica. Esperaba sus SMS como hoy espera los de Xavier. Quiso que se consumieran por ella, que la amaran hasta perderlo todo; ella, que nunca perdió nada.

Hoy, podría desaparecer. Descansar. Ponerse en manos del destino y seguir la voluntad de Richard. Le vendría bien sin duda parar ya, antes de que se desmorone su vida, antes de que se imponga la edad y le abandonen las fuerzas. Antes de convertirse en alguien que inspire lástima, antes de perder la magia y la dignidad.

Es cierto que la nueva casa es bonita.

Sobre todo la pequeña terraza, en la que habría que plantar un tilo e instalar un banco de madera que ellos dejarían pudrir un poco y que se cubriera de musgo. Lejos de París, en la casa de provincias, renunciaría a lo que la define a ella verdaderamente, a su auténtico ser. Y precisamente porque todos lo ignoran es por lo que constituye su mayor desafío. Abandonando esa parte de sí misma, ya solo será lo que ellos ven. Una superficie sin fondo y sin dobleces. Un cuerpo sin sombra. Ya no se dirá a sí misma: «Que piensen lo

que quieran. Da igual. No saben nada».

En la casa bonita, a la sombra del tilo, ya no podrá evadirse. Día tras día, tropezará consigo misma. Hacer la compra, poner la lavadora, ayudar a Lucien con los deberes, tendrá que encontrar en ello una razón de vivir. Un más allá del prosaísmo que ya de niña la ahogaba y la llevaba a afirmar que la vida de familia era un temible castigo. ¡Qué asco de esos días interminables, donde solo bastaba estar juntos, alimentarse unos a otros, verse dormir, pelearse por la bañera, buscarse ocupaciones! Los hombres la sacaron de la infancia. La extirparon de esa edad fangosa, y cambió la pasividad infantil por la lascivia de las *geishas*.

—Si tuvieras el permiso de conducir, habrías ido tú misma a por tu marido. Serías más independiente, ¿no?

Lauren está de mal humor. En el coche, Adèle le cuenta la noche que ha pasado. Sin decirle todo. Tras dudarle, acaba confesándole que necesita que le preste dinero.

—Sabía que Richard guardaba dinero en casa pero yo, en principio, no debía gastarlo, ¿me entiendes? Te lo devolveré enseguida, te lo prometo.

Laurent suspira y tamborilea nerviosamente en el volante con los dedos.

—Vale, vale, te lo prestaré.

Richard las espera en la habitación, sentado, con la bolsa con sus cosas en el regazo. Está impaciente. Lauren es la que se encarga de resolver las gestiones administrativas, y Adèle se limita a ir detrás de ella, silenciosa y cansada, por los pasillos del hospital. Sostiene en la mano el número que ha sacado de la máquina para que las atiendan en la oficina de ingresos y altas. Dice: «Ya nos toca», pero es Lauren la que habla con la mujer rubia que está detrás del mostrador.

Al llegar a casa, Adèle agacha la cabeza. Podría haber puesto unas flores en el mueble de la entrada, metido los cacharros en el lavavajillas, comprado vino o cerveza. O una tableta de chocolate que le encanta a Richard. Haber recogido los abrigos, tirados sobre las sillas del salón, fregado por encima el lavabo del cuarto de baño. Haber tenido algún detalle. Prepararle una sorpresa. Estar lista para recibirlo.

—Bueno, voy a ir a comprar algo para que comamos —propone Lauren.

—No tuve tiempo de hacer la compra. Me he organizado fatal. Iré luego

mientras tú te echas una siesta. Compraré lo que quieras, lo que te apetezca. Ya me dirás, ¿de acuerdo?

—Da igual. De todas formas no tengo hambre.

Lo ayuda a sentarse en el sofá. Le coge con cuidado la pierna escayolada por la parte de la pantorrilla y la apoya en un cojín. Deja el par de muletas en el suelo.

Los días pasan y Richard no se mueve.

La vida cotidiana recupera su ritmo. Lucien regresa a casa. Adèle, al periódico. Le gustaría concentrarse en su trabajo pero se da cuenta de que le hacen el vacío. Cyril la recibe fríamente:

—¿Te has enterado de que ha caído Ben Ali mientras jugabas a la enfermera? Te he dejado varios mensajes, no sé si los has recibido, pero al final hemos enviado a Bertrand a Túnez.

Siente que la ignoran, y más aún por el ambiente emocionado que reina en la redacción. Pasan los días y le parece que sus compañeros no han apartado los ojos del televisor situado en mitad de la sala. Día tras día, desfilan las imágenes de la avenida Bourguiba, abarrotada de gente. Una muchedumbre, joven y ruidosa, celebra la victoria. Unas mujeres lloran abrazadas a los soldados.

Adèle dirige la mirada hacia el televisor. Reconoce todo. La avenida por donde ha caminado tantas veces. La entrada del hotel Carlton en cuyo balcón del último piso le gustaba fumarse un pitillo. El tranvía, los taxis, los cafés donde se ligaba a unos hombres que olían a tabaco y a café con leche. En esa época solo tenía que escuchar la melancolía de un pueblo, tomar el pulso átono al país de Ben Ali. Siempre escribía los mismos artículos, de una profunda tristeza. Resignados.

Alucinados, sus colegas se llevan las manos a la boca. Contienen la respiración. Ahora es la plaza Tahrir la que bulle. «¡Mubarak, vete ya!». Queman muñecas de trapo. Declaman poemas y hablan de la revolución. El 11 de febrero, a las cinco y tres minutos, el vicepresidente Suleiman anuncia la dimisión de Hosni Mubarak. Los periodistas gritan, se abrazan unos a otros. Laurent se gira hacia Adèle. Está llorando.

—Es maravilloso, ¿verdad? ¡Y pensar que podrías estar allí! ¡Qué pena!

¡Qué mala suerte lo del accidente de tu marido!

Se encoge de hombros. Se levanta y se pone el abrigo.

—¿No te quedas? Vamos a seguir los acontecimientos en directo. ¡Algo así solo ocurre una vez en nuestra carrera!

—Me es imposible. Tengo que irme a casa.

Richard la necesita. La ha llamado tres veces esta tarde. «No te olvides de mis medicinas. Recuerda que hay que comprar bolsas de basura. ¿A qué hora llegas?». La espera, impaciente. No puede hacer nada sin ella.

Por la mañana, Adèle lo desnuda. Desliza el calzoncillo por la pierna escayolada y él alza los ojos al cielo, rumiando una oración o un insulto, según el día. Ella forra la escayola con una bolsa de basura que huele a petróleo, rodea el muslo con cinta adhesiva e instala a Richard en la ducha. Lo sienta en una silla de plástico y lo ayuda a estirar la pierna sobre una banqueta que ha comprado expresamente en Monoprix. Al cabo de diez minutos, él grita: «¡Ya he terminado!», y ella le tiende una toalla. Lo acompaña hasta la cama en la que se tumba, sin aliento. Corta la cinta adhesiva, retira la bolsa de plástico y le ayuda a ponerse el calzoncillo, el pantalón y los calcetines. Antes de marcharse al periódico, le deja en una mesita una botella de agua, pan, los analgésicos y el teléfono.

Durante la semana está tan agotada que a veces se acuesta vestida a las diez de la noche. Finge no ver las cajas de cartón que se acumulan en el salón y en la entrada. Como si la mudanza no estuviera cerca. Como si no oyera a su marido preguntarle: «¿Has hablado con Cyril? Te recuerdo que hay que cumplir con un plazo de preaviso».

Los fines de semana, los tres se quedan en la casa, solos. Adèle propone invitar a unos amigos para cambiar un poco de ambiente. Él no quiere ver a nadie. «No me da la gana de que me vean en este estado». Se muestra irascible, agresivo; él, que suele ser tan comedido, se pone hecho una furia. Adèle se dice a sí misma que quizá el accidente le ha afectado más de lo que ella cree.

Un domingo, Adèle lleva a Lucien a un parquecito en la colina de Montmartre. Se sientan junto a un gran cajón de arena que está helada. Tienen las manos frías. Lucien juega pisoteando los flanes de arena que un niño rubio alinea cuidadosamente en fila. La madre del niño, mientras habla por el móvil, se acerca a Lucien y le da un empujón:

—¿Te das cuenta de lo que haces? ¡Deja a mi hijo tranquilo! Ni se te ocurra tocar sus juguetes.

Lucien regresa a los brazos de su madre, con la mirada clavada en el niño rubio que está llorando, con la nariz llena de mocos.

—Ven Lucien, nos vamos a casa.

Se levanta, abraza a su hijo que se ha echado a llorar y no quiere irse. Luego, rodea el cajón de arena y con la punta de la bota, aplasta el flan que ha hecho el niño rubio y lanza el cubo y la pala a la otra punta del parquecito. No se gira cuando la madre, histérica, le grita:

—¡Eh, usted!

—Nos vamos, Lucien. Hace mucho frío.

Regresan a la casa, sumida en silencio. Richard se ha quedado dormido en el sofá del salón. Adèle desviste a su hijo lentamente, y le hace un gesto con el índice en los labios. Lo acuesta. Deja una nota en la mesita baja: «He salido a comprar».

Boulevard de Clichy. Ante el escaparate de un *sex-shop*, un viejo con una gabardina sucia señala con el dedo un uniforme de doncella de vinilo rojo. La dependienta, una mujer negra con unas tetas enormes, asiente con un gesto y lo invita a entrar. Adèle deja atrás a los turistas que sueltan risitas ante los

escaparates eróticos. Se queda mirando a una pareja mayor de alemanes que elige un DVD.

En la puerta de un *peep-show*, una mujer gruesa y rubia se pasea bajo la lluvia por delante del local.

—Un bailecito. ¡Ya verás, no te decepcionará!

—¡Será posible! ¿No ve usted que estoy paseando a mi hijo? —le contesta un joven papá escandalizado.

—No hay problema, puedes dejar el carrito del bebé en la entrada. Te lo vigilaré mientras estés dentro.

En la zona peatonal del centro del bulevar, unos matones, que están a la espera de que alguien les encargue alguna tarea, beben latas de cerveza o vodka barato. Se oye hablar árabe, serbio, wolof o chino. Algunos padres pasean a sus hijos en medio de grupos de borrachos, y la cara se les alegra al ver pasar por el carril bici una patrulla de policía.

Adèle penetra en el largo corredor tapizado de terciopelo rosa, de cuyas paredes cuelgan fotos de mujeres abrazadas, que sacan la lengua y exhiben sus nalgas desnudas. Saluda al vigilante de la entrada. La conoce. Ella le ha comprado varias veces cánnabis y le dio el número de teléfono de Richard cuando una hermana suya tuvo un cáncer de estómago. Desde entonces, la deja entrar sin pagar. Solo va a mirar.

Los sábados por la noche, el lugar está a tope con despedidas de soltero o la celebración por la firma de un contrato entre colegas borrachos. Esta tarde solo hay tres clientes sentados delante de un pequeño escenario miserable. Un negro de cierta edad, muy delgado. Un cincuentón, sin duda llegado de provincias, que consulta una y otra vez el reloj para asegurarse de no perder el tren. Y, en el fondo de la sala, un magrebí, que, al entrar ella, le lanza una mirada de asco.

Ella se acerca al africano. Se inclina sobre él. Él la mira. Tiene el blanco de los ojos amarillento y vidrioso. Le sonrío con timidez; con la dentadura picada. Ella se queda de pie, mirando fijamente sus manos callosas, su bragueta entreabierta, su sexo húmedo y venoso.

Oye al tipo del fondo refunfuñar. Suspirar a sus espaldas.

—¡*Hchuma!*

—¿Qué has dicho?

El viejo árabe no levanta la cabeza. Sigue mirando de reojo a la bailarina que se está lamiendo los dedos y luego se acaricia los pezones gimiendo.

—¡*Hchuma!*

—Te he oído. Y entiendo que has sugerido que no tengo vergüenza.

El tipo no reacciona.

El africano la agarra del brazo. Intenta calmarla.

—¡Y tú, suéltame!

El viejo se levanta. La mira con desprecio. Tiene las mejillas cubiertas por una barba de varios días. La examina detenidamente: sus zapatos carísimos, su chaqueta de hombre, su tez clara, la alianza en el dedo.

—¡*Tfú!* —exclama lanzando un escupitajo. Y se va.

En la calle, Adèle camina como ausente. Tiembla de la rabia. Ya es de noche. Se pone los auriculares y entra en el supermercado, deambula por los pasillos, con la cesta vacía en la mano. La idea de comer le da náuseas. Coge lo primero que encuentra y se pone en la fila de la caja. No se quita los auriculares. Cuando le toca ir pasando los artículos, aumenta el volumen de la música. Observa a la joven cajera, con los mitones gastados, por los que asoman los dedos con el esmalte de las uñas descascarillado. «Como me diga algo, me echo a llorar». Pero la chica guarda silencio, acostumbrada como está a los clientes que no la saludan.

El engranaje ya no funciona. Una atroz inquietud ha anidado en ella. Su delgadez asusta, con la piel literalmente sobre los huesos. Las calles le parecen estar pobladas por un ejército de amantes. Se extravía por ellas. Se olvida de mirar antes de cruzar y se sobresalta al oír el claxon de los coches.

Una mañana, al salir de casa, creyó reconocer a un antiguo amante. Le dio un vuelco el corazón y cogió a Lucien en brazos para esconderse la cara. Se puso a andar deprisa y en el sentido contrario al de él. Estaba convencida de que la seguía, y no dejaba de mirar hacia atrás para cerciorarse.

En casa teme que alguien toque al timbre, está atenta a los pasos que suenan en el descansillo. Pendiente del correo. Ha tardado una semana en dar de baja el contrato, que no ha encontrado por ningún lado, del móvil blanco de tapa. Le ha costado tomar esa decisión, y se sorprende por haberse vuelto

sentimental. Se imagina a sus antiguos amantes haciéndole chantaje, poniendo al descubierto su vida, contando hasta los menores detalles. Inmóvil, lento de movimientos, Richard es una presa fácil de acosar. Darán con él, le contarán todo. Siempre que Adèle sale de casa, tiene el estómago encogido. A veces, vuelve sobre sus pasos, con miedo de haber olvidado algo, dejado pruebas por algún rincón.

—¿Estás bien, no necesitas nada?

Les ha puesto el pijama a su marido y al niño. Les ha dado de cenar. Se precipita a la calle, con la sensación del deber cumplido y la necesidad de que la folien. No entiende por qué Xavier ha insistido en que salgan a cenar. A ella le hubiera gustado encontrarse con él directamente en su estudio de la Rue du Cardinal-Lemoine, desnudarse enseguida, conseguir agotarlo. No hablar de nada.

—¿Un tailandés o un ruso?

—Ruso, así bebemos vodka —responde Adèle.

Xavier no ha reservado, pero conoce al dueño de este restaurante del distrito 8, guarida de hombres de negocios y prostitutas, actores de cine y periodistas de moda. Les dan una mesa pequeña junto a la ventana y Xavier pide una botella de vodka. Es la primera vez que cenan juntos, siempre ha evitado comer delante de él. Con él.

No abre la carta y lo deja elegir.

—Confío en tus gustos.

Apenas prueba la ensalada de cangrejo, y prefiere congelarse los dedos contra la botella de vodka cubierta con hielo. Le arde la garganta y el alcohol hace glup, glup en su estómago vacío.

—Señora, por favor, deje que le sirva yo. —El camarero se acerca a la mesa, culpable de no haber estado atento.

—¡Entonces, debería usted sentarse con nosotros! —se ríe Adèle. Xavier baja los ojos, se siente violento.

No tienen mucho que decirse. Ella se muerde obsesivamente las mejillas

por dentro y busca un tema de conversación. Por primera vez, Xavier le habla de Sophie. Pronuncia su nombre y el de sus hijos. Dice que se avergüenza, que no sabe adónde los conducirá todo esto. Ya no consigue mentir, está agotado de buscar excusas.

—¿Por qué hablas de ella?

—¿Preferirías que aunque piense en ella no te lo diga?

Lo desprecia. Xavier la aburre. La historia entre los dos ya está muerta. No es más que un trozo de tela raída, del que siguen tirando como dos críos. Está demasiado usada.

Se ha puesto un vaquero gris, muy ceñido, y estrena unos zapatos de tacón alto. La blusa es muy escotada. Su aspecto es vulgar. Al salir del restaurante, le cuesta caminar. Dobla las rodillas como un bambi recién nacido. Las suelas resbalan y además el vodka hace zozobrar los tacones. Por muy fuerte que se agarre al brazo de Xavier, no ha visto el escalón de la acera y se cae al suelo. Un transeúnte se apresura a ayudarla, Xavier le hace una señal de que no siga, él se encarga.

Se ha hecho daño, y se avergüenza un poco, pero se echa a reír, como una fuente de la que brotan chorros de agua helada. Arrastra a Xavier hasta un portal. No le oye protestar: «¡Deja, déjalo ya, estás loca!». Se pega a él, le cubre el rostro de besos húmedos y abrumadores. Intenta apartarle la mano que ella ha puesto sobre su bragueta. Intenta impedir que le baje los pantalones pero ya está arrodillada ante él, y Xavier duda entre el placer y el miedo de que alguien los sorprenda. Ella se pone de pie, se apoya contra la pared y se baja el vaquero, retorciéndose pues le queda muy ajustado. Él entra en ella, en su cuerpo líquido, que se entrega, generoso. Ella planta en él su mirada húmeda, y fingiendo pudor, emoción, le dice: «Te quiero, ¿lo sabes?». Le agarra la cara y, bajo sus dedos, siente que él cede. Que sus temores son ciertos. Que, como una rata aturdida por el sonido de la flauta, está dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo.

—Otra vida es posible. Llévame contigo —le susurra Adèle.

Xavier se sube el pantalón. Tiene la mirada aterciopelada, las mejillas frescas.

—Hasta el miércoles, amor mío.

El miércoles, Adèle le dirá que todo se ha acabado. Todo. Él y lo demás. Buscará una excusa radical, algo contra lo que ni él ni ella puedan luchar. Dirá que está embarazada, enferma, que Richard la ha desenmascarado.

Le dirá que ella va empezar una nueva vida.

—Hola, Richard.

—¡Sophie! ¡Hola!

La mujer de Xavier está en la puerta. Muy maquillada y vestida con esmero. Aprieta con nerviosismo la correa de su bolso.

—Tendría que haberte llamado primero, pero eso habría exigido unas explicaciones que no quería darte por teléfono. Puedo pasar en otro momento, si quieres, puedo...

—No, no, pasa, siéntate.

Sophie entra en la casa. Lo ayuda a tumbarse de nuevo. Deja las muletas apoyadas contra la pared y se sienta frente a él en el sillón azul.

—Quiero hablarte de Xavier.

—Sí, sí, dime.

—Y de Adèle.

—De Adèle.

—Ayer vinieron a cenar unos amigos. Se estaban retrasando y quise consultar mis SMS, para ver si les había surgido algún problema. —Sophie traga saliva—. Tengo el mismo modelo de móvil que Xavier. Se lo había dejado sobre la mesa de la entrada, y lo cogí. Me equivoqué sin hacerlo a propósito, te lo juro. Jamás se me hubiera ocurrido... Total, lo leí. Un mensaje de mujer. Muy explícito. En ese momento no dije nada. Esperé a los invitados, serví la cena. De hecho, pasamos una velada muy agradable. Creo que nadie se dio cuenta. Cuando se marcharon, me enfrenté a Xavier. Durante los primeros diez minutos, negó todo. Alegó que era una paciente que lo acosaba, una loca de la que ni siquiera sabía su nombre. Y de pronto confesó todo. Fue un alivio para él, creo, no había modo de que parase de hablar. Dijo que era superior a sus fuerzas. Que era pasional. Que estaba enamorado de ella.

—¿Enamorado de Adèle? —Richard suelta una risita sarcástica.

—¿No me crees? ¿Quieres ver el mensaje? Lo tengo aquí.

Richard se inclina lentamente hacia el móvil que Sophie le tiende, y descifra el mensaje, sílaba a sílaba, como un niño pequeño. «Necesito escaparme. Me ahogo sin ti. Estoy deseando que llegue el miércoles».

—Se van a ver el miércoles. Él es quien me habló de Adèle, quien me dijo que el mensaje era suyo. Si vieras como habló de ella, es algo...

Sophie estalla en llanto. Richard querría que se fuese. Ya mismo. Le impide pensar. Le impide sentir dolor.

—¿Sabe Xavier que estás aquí?

—No, no. En absoluto. Enloquecería. Yo misma me pregunto qué hago aquí. Lo dudé hasta el último momento. Estuve a punto de echarme atrás. Es tan ridículo, tan humillante.

—No se lo cuentes. Por favor, no se lo digas.

—Pero...

—Dile que tiene que arreglar esta historia. Tomarse un tiempo para romper. Adèle no debe saber que estoy al corriente. No debe saberlo en absoluto.

—De acuerdo.

—Prométemelo, Sophie.

—Te lo prometo. No se lo contaré.

—Y ahora, debes irte.

—Por supuesto. ¿Richard, qué vamos a hacer? ¿Qué va a ser de nosotros?

—¿De nosotros? No va a pasar nada con nosotros. No volveremos a vernos jamás, Sophie.

Richard abre la puerta.

—¿Sabes qué? De quien hay que tener pena es de Xavier. ¡Perdónalo, anda! En fin, haz lo que quieras, no es asunto mío.

Para un crío, un teléfono móvil con tapa es algo muy divertido. Se enciende al abrirlo. Al cerrarlo hace ruido y te pillas los dedos. Lucien es quien ha encontrado el móvil blanco. Adèle había salido a comprar una banqueta para que Richard pudiera ducharse sentado. Ha llamado desde los almacenes Castorama. «Aquí no lo tienen. Voy a intentarlo en Monoprix». Lucien jugaba en el salón con el teléfono de tapa en la mano.

—¿De quién es este teléfono, Lulu? ¿Dónde lo has encontrado?

—Encontrado —repite el niño.

Richard le quita el teléfono de las manos.

—Aló, aló. ¿Llamamos a mamá?

Lucien se ríe.

Richard observa el teléfono. Un modelo antiguo. Alguien se lo habrá dejado olvidado. Algún amigo. Lauren o quizá María, la canguro. Lo abre. Hay una foto de Lucien recién nacido, dormidito en el sofá, tapado con un chaleco de Adèle. Richard se apresura a cerrarlo.

Nunca ha registrado en las cosas de su mujer. Adèle le contó que cuando era una adolescente, Simone tenía la costumbre de abrirle sus cartas y leerlas. Mientras se iba a clase, su madre registraba los cajones de su escritorio y una vez encontró, debajo del colchón, el ingenuo diario íntimo que ella escribía. Simone había forzado el pequeño candado y se había puesto a leerlo esa misma noche, durante la cena. Se reía a carcajadas. Unas lágrimas gruesas, burlonas y resbaladizas se deslizaban por sus mejillas. «¿No es ridículo? Di, Kader, ¿no te parece ridículo?». Kader se había quedado callado pero al menos no se había reído.

Para Richard, aquel episodio explicaba en parte el carácter de Adèle. Su cuidado en dejar todo bien guardado, su obsesión por las cerraduras. Su

paranoia. Richard se decía a sí mismo que debido a aquel incidente dormía con el bolso pegado a la cama, y su libreta negra bien escondida debajo de la almohada.

Observa el teléfono. Sobre la foto de Lucien aparece el texto «mensaje no leído». Un icono de un sobre amarillo que parpadea. Richard aparta el brazo para evitar que Lucien recupere su juguete.

—¡Quiero teléfono! ¡Quiero aló! —grita Lucien.

Lee el mensaje. Ese y los demás. Y accede a la agenda. Ve desfilar una lista apabullante de nombres masculinos.

No tardará en llegar. Es en lo único en lo que piensa. Va a llegar y no quiere que ella se entere.

—Lucien, ¿dónde encontraste el teléfono? ¿Dónde?

—¿Dónde?

—¿Dónde, hijo? ¿Dónde estaba?

—¿Dónde? —repite Lucien.

Richard agarra al niño por los hombros, y lo sacude, gritando:

—¿Dónde estaba, Lulu? ¿Dónde estaba el teléfono?

El niño se queda mirando fijamente a su padre, amaga unos pucheros con los labios y, con el dedo rellenito y la cabeza agachada, señala el sofá.

—Ahí, bajo.

—¿Debajo?

Lucien asiente con la cabeza. Richard, apoyándose en las manos, se tira al suelo. La escayola golpea contra el parqué. Se tumba y ve bajo el sofá unos sobres, un guante de cuero rosa y el estuche naranja.

El broche.

Agarra las muletas e intenta arrastrar la joya hacia él. Está sudando. Le duele la pierna.

—Lucien, ven, vamos a jugar. Papá está en el suelo para jugar con el camión. ¿Quieres? ¿Quieres jugar conmigo?

Duerme junto a ella. La observa comer. Oye el ruido del agua cuando se ducha. La llama al trabajo. Le comenta cosas sobre su ropa, su olor. Todas las noches le pregunta, con una voz voluntariamente irritante: «¿A quién has visto? ¿Qué has hecho? ¡Menudas horas son estas de llegar a casa!». Se ha negado a esperar el fin de semana para seguir llenando las cajas de la mudanza y sabe que a ella le fastidia. Sabe que, un día tras otro, a pesar de todas sus precauciones, ella teme que él descubra algún documento, una prueba, un error. Richard ya se ha comprometido con la compra de la casa de Vimoutiers y Adèle ha rubricado los documentos. Él ya ha contratado a la empresa de mudanzas y entregado una señal. Se ha ocupado de matricular a Lucien en la escuela.

No dice nada de lo que ha descubierto.

Entra en el dormitorio mientras ella se está vistiendo, y observa unos arañazos en la base del cuello. Un moratón por encima del codo, con la forma de un dedo gordo que la hubiera mantenido agarrada con fuerza. Richard se queda de pie en la puerta, pálido, con la mano crispada sobre la muleta. La ve ocultarse debajo de la gran toalla gris, subiéndose las bragas como una niña pequeña.

Por la noche, acostado junto a ella, piensa en las concesiones. En los acomodados. En los de sus padres, de los que nunca hablaron pero que todos sabían. Piensa en Henri que había alquilado un apartamento pequeño en el centro donde se citaba los viernes por la tarde con una mujer de treinta años. Odile lo había descubierto. Las explicaciones tuvieron lugar en la cocina. Una conversación franca, casi conmovedora, de la que, desde su cuarto de adolescente, había escuchado algunas frases. Arreglaron el asunto, por la felicidad de sus hijos, para salvar las apariencias. Henri acabó dejando el

pequeño apartamento y Odile lo acogió, triunfante y digna, en el seno familiar.

Richard no dice nada. No tiene a nadie a quien hacer confidencias. No podría aceptar de nadie esa mirada hacia el hombre cornudo, hacia el pobre marido ingenuo. No quiere oír ningún consejo. Le horrorizaría inspirar lástima.

Adèle ha destrozado su mundo, su hogar, como si hubiera serrado las patas de los muebles, arañado los espejos. Ha fastidiado la ilusión por las cosas. Los recuerdos, las promesas, todo eso ya no vale nada. Su vida juntos se ha vuelto papel mojado. Richard siente hacia sí mismo, mucho más que hacia ella, una profunda repugnancia. Ahora ve todo con una mirada nueva, triste y sucia. Si calla, quizá resistan esos cimientos por los que tanto ha luchado. Pero qué más da ahora. Qué más da la solidez de la vida, la dichosa franqueza y la abominable transparencia. Si calla, resistirán. Bastaría sin duda con mirar para otro lado. Y dormir.

Pero llega el miércoles y le cuesta reprimir su ansiedad. A las cinco de la tarde recibe un SMS de Adèle. Le dice que el cierre se presenta mal y que debe quedarse a trabajar hasta tarde. Le contesta sin dudar: «Ven para acá. Me duele mucho la pierna. Te necesito». Ella no responde.

A las siete, abre la puerta de la casa. Evita posar sus ojos enrojecidos en Richard y le pregunta, molesta:

—¿Qué te pasa? ¿Tanto te duele?

—Sí.

—¿Te has tomado tus medicamentos, verdad? ¿Qué más puedo hacer yo?

—Nada. Absolutamente nada. Solo quería que estuvieras aquí. No quedarme solo.

Abre los brazos, y le hace un gesto para que se siente a su lado en el sofá. Ella se acerca, rígida y glacial, y él la abraza, casi como para estrangularla. Nota que está temblando, que mira al vacío y él la sujeta con fuerza, embargado por el odio. En los brazos, el uno del otro, querrían estar en otro lugar. El hastío de ambos se alía, y esa ternura fingida adopta la forma del

odio. Intenta liberarse de él, pero él la aprieta aún más. Le dice al oído:

—Nunca te pones tu broche.

—¿Mi broche?

—El que te regalé. Nunca te lo has puesto.

—Desde el accidente no he tenido ocasión.

—Póntelo. Me haría ilusión que te lo pusieras.

—Me lo pondré la próxima vez que salgamos. Te lo prometo. O incluso mañana, para ir a la oficina, si quieres. Déjame que me levante. Voy a preparar la cena.

—No, quédate sentada. Quédate ahí —le ordena. Le agarra el brazo y se lo aprieta con los dedos.

—Me estás haciendo daño.

—¿Y no te gusta?

—Pero ¿qué te pasa? ¡Suéltame!

—¿Xavier no te hace lo mismo? ¿No os dedicáis a estos juegucitos?

—¿Qué estás diciendo?

—Basta ya. Me das asco. Si pudiera, te mataría, Adèle. Te estrangularía. Aquí mismo.

—Richard.

—Cállate, estate callada. Tu voz me repugna. Tu olor me da arcadas. Eres un animal. Un monstruo. Lo sé todo. Lo he leído todo. Esos mensajes inmundos. He encontrado los correos electrónicos. He reconstruido todo. Todo desfila por mi mente, no tengo ni un solo recuerdo que no esté asociado a alguna de tus mentiras.

—Richard.

—¡Basta ya! ¡Basta de pronunciar mi nombre como una idiota! ¿Por qué, Adèle? ¿Por qué? No tienes ningún respeto por mí, por nuestra vida, por nuestro hijo...

Richard estalla en sollozos. Se tapa los párpados con las manos temblorosas. Adèle se levanta. No soporta verlo llorar.

—No sé si lo vas a entender. Si me vas a creer. Esto nunca ha ido contra ti. Te lo aseguro. No puedo impedirlo. Es superior a mis fuerzas.

—¡Superior a tus fuerzas! ¡Lo que hay que oír! ¿Quién más lo sabe?

—Nadie más, te lo aseguro.

—¿Deja de mentir! ¿No crees que ya has hecho demasiado daño? No mientas.

—Lauren. Solo Lauren lo sabe.

—Nunca más te creeré. Nunca más. —Intenta coger las muletas, levantarse, pero está tan agitado que le tiembla la pierna, y vuelve a caer sobre el sofá, impotente—. ¿Sabes qué es lo que más me asquea? Tener que depender de ti. No poder decirte que te largues, ni levantarme para golpearte, lanzarte tus cosas a la cara, echarte fuera como a una perra, como lo que eres. ¿Lloras? Sigue llorando, me da igual. Yo, que nunca soporté tus lágrimas, tengo ganas de arrancarte los ojos. ¿Qué has hecho de mí? ¿En qué me has convertido con tus historias? En un idiota, un cornudo, un desgraciado cabrón. ¿Sabes lo que más me ha dolido? Esa libreta negra. Sí, la que guardabas en tu escritorio. He leído lo que escribías sobre tu aburrimiento, tu vida de burguesa de mierda. No solo te dejas follar por una tropa, sino que, para colmo, desprecias lo que hemos construido. Lo que yo he construido, trabajando como una bestia para que no te faltara de nada. Para que no te preocuparas por nada. ¿Crees que yo no aspiro a algo más que esta vida? ¿Qué no tengo sueños, deseos de huir? ¿Que no soy también un romántico, como dices que eres tú? Sí, llora ahora. Lloro hasta reventar. Por mucho que digas, podrás encontrar todas las explicaciones del mundo, pero eres una zorra. Una auténtica basura.

Apoyada en la pared, se deja deslizar hasta quedar sentada en el suelo, sollozando.

—¿Qué te creías? ¿Qué te librarías así como así? ¿Que nunca me daría cuenta? Siempre se termina pagando por las mentiras, ¿sabes? Y tú vas a pagar. Voy a contratar al mejor abogado de París, me quedaré con todo. No te dejaré ni un céntimo. Y si crees que vas a tener la custodia de Lucien, estás muy equivocada. No verás más a tu hijo, Adèle. No te quepa la menor duda de que haré lo imposible para mantenerlo alejado de ti.

Cuando los hombres hacen el amor, se miran el pene. Se apoyan en sus brazos, se asoman y observan como penetra en la mujer. Se aseguran de que funciona. Durante unos segundos, aprecian ese vaivén, se alegran quizá de ese mecanismo tan sencillo y eficaz. Adèle sabe también que esa autocontemplación, ese regreso a uno mismo, implica cierta forma de excitación. Y que no solo observan su propio sexo, sino también el de ella.

Adèle ha levantado mucho la vista. Ha contemplado muchos techos, se ha fijado detenidamente en las volutas de las molduras, ha acompañado el balanceo de las lámparas. Tumbada, acostada de lado, con los pies sobre los hombros de algún amante, ha levantado la vista. Ha observado la pintura descascarillada, los estragos de las humedades, y, una vez, contó las estrellas de plástico de un salón que también era el cuarto de un niño. Durante horas, se ha quedado mirando el vacío de los techos. A veces, una sombra o la proyección de un anuncio luminoso del exterior acudían a liberar su mirada, a ofrecerle un momento de recreo.

Desde que Lucien está de vacaciones, Adèle desenrolla una colchoneta de esponja en el camino de tilos. Prepara un pícnic y se tumban los dos a la sombra de los árboles. Lucien, arrimadito a ella, se queda dormido, haciéndole prometer que al día siguiente de nuevo harán la siesta fuera. Con los ojos llenos de cielo, las pupilas contraídas por el movimiento ligero de las hojas, Adèle se lo promete.

—¡Christine! Christine, ¿no me oye usted? —grita Richard.

La secretaria, una rubia con cara de lechuza albina, entra en el despacho.

—Disculpe, doctor, estaba buscando el expediente de *Madame Vincelet*.

—¿Podría usted llamar a mi mujer? No consigo contactar con ella.

—¿Llamo a su casa, doctor?

—Sí, por favor, Christine, Y también al móvil.

—Quizá ha salido. Con este tiempo tan bueno...

—Llámela, Christine, por favor.

El despacho de Richard está en el primer piso de la clínica, en pleno centro de la ciudad. En solo unos meses, el doctor Robinson, ha logrado un gran número de leales pacientes, seducidos por su entrega y profesionalidad. Tiene consulta de lunes a miércoles, y los jueves y viernes, quirófano por la mañana.

Son las once y ya ha habido mucho movimiento. Richard no se lo ha dicho a la madre del pequeño de los Manceau, pero los síntomas del niño son muy preocupantes. Él tiene intuición para esas cosas. Y luego estaba *Monsieur Gramont* que no parecía querer marcharse nunca. Por mucho que Richard le decía que él no era dermatólogo, insistía en enseñarle sus lunares, alegando con autoridad que los médicos eran unos ladrones y que a él nadie le tomaba el pelo.

—No contesta, doctor. Le he dejado un mensaje rogando que le devuelva la llamada.

—¡Pero cómo que no contesta! Será posible. ¡Joder!

La lechuza da vueltas a sus ojos redondos.

—Es que yo no sabía, no me había dicho...

—Perdóneme, Christine. He dormido mal esta noche. Y *Monsieur Gramont* me ha sacado de mis casillas. No sé ni lo que digo, haga pasar al paciente siguiente, voy a lavarme las manos.

Se inclina sobre el lavabo y moja las manos en el agua fría. Tiene la piel reseca y cubierta de pequeñas costras de tanto lavarse. Hace espuma con el jabón, se frota frenéticamente las manos, haciendo girar una sobre otra.

Se sienta, apoyando los brazos en el sillón, estira las piernas. Poco a poco, dobla las rodillas, que, seis meses después del accidente, le siguen pareciendo oxidadas. Es consciente de que cojea, aunque todos le dicen que no se le nota. Camina lento, como inseguro. Por la noche, sueña que corre. Unos sueños terribles.

Apenas atiende a lo que está diciendo la paciente sentada frente a él. Una mujer de unos cincuenta años, peinada con un moño para disimular la calvicie. Richard le pide que se tienda en la camilla para examinarla y le palpa el abdomen con las manos. «¿Le duele aquí?». No se da cuenta de la decepción de la mujer cuando le ha dicho: «Todo está bien, no tiene usted nada grave».

Adèle está acostada sobre la hierba, Lucien juega a su lado.

—Me he pasado el día llamándote. ¿Por qué no contestas al teléfono?

—Nos quedamos dormidos.

—Creía que te había ocurrido algo.

—Qué tontería.

Le tiende la mano para ayudarla a levantarse.

—Esta noche es cuando los hemos invitado a cenar.

—¡Vaya! ¿No quieres que anulemos? Solos los tres estaríamos mucho mejor.

—No, no podemos anular en el último momento. No sería correcto.

—Entonces, llévame a hacer la compra. No puedo ir andando hasta allí. Está demasiado lejos.

Ella entra en la casa. Él oye un portazo.

Richard se acerca a su hijo. Le acaricia el pelo lleno de rizos, lo agarra de la cintura.

—¿Te has quedado hoy con mamá? Cuéntame que habéis hecho. —Lucien intenta soltarse de los brazos de su padre, no le contesta, pero Richard insiste. Mira con ternura al pequeño espía y le vuelve a preguntar—: ¿Habéis jugado? ¿Habéis hecho dibujos? Cuéntame, Lucien, lo que habéis hecho.

Adèle ha dispuesto la mesa en el jardín a la sombra de un ciruelo. Ha cambiado dos veces de mantel, y en el centro ha colocado un jarrón de flores cogidas del jardín. Las ventanas de la cocina están abiertas pero el aire está ardiendo. Lucien, sentado en el suelo a los pies de su madre, corta en pedacitos sobre una tabla con un cuchillo de plástico un calabacín hervido.

—¿No te vas a cambiar?

Lleva un vestido azul, estampado con florecitas, con unos tirantes finos cruzados a la espalda, que dejan al descubierto sus hombros y sus brazos delgados.

—¿Te has acordado de traerme el tabaco?

Richard saca una cajetilla del bolsillo. La abre y le tiende un cigarrillo. Se palpa el pantalón y le dice:

—Me la guardo aquí. Eso te hará fumar menos.

—Gracias.

Se sientan en el banco que Richard mandó colocar contra la pared exterior de la cocina. Adèle se está fumando el pitillo en silencio. Lucien planta aplicadamente los trocitos del calabacín en la tierra. Observan la casa de los Verdon.

A principios de primavera, un matrimonio se interesó por una casa en la misma colina. Primero llegó el hombre y la visitó varias veces. Desde la ventana del pequeño despacho, Adèle lo veía hablar con Émile, el jardinero, con *Monsieur* Godet, el agente inmobiliario, y, luego, con los obreros que se iban a encargar de las obras. Cincuentón, muy bronceado y atlético, llevaba un jersey de un color vivo y unas botas de agua nuevas que sin duda se había comprado para la ocasión.

Un sábado, un camión aparcó en la callecita en cuesta que hasta entonces

solo usaban los Robinson. Adèle y Richard, sentados en el banco, fueron observando cómo se instalaba el matrimonio en la casa.

—Son parisinos. Solo vienen los fines de semana —comentó Richard.

Él fue quien tomó la iniciativa de ir a verlos un domingo por la tarde. Con Lucien de la mano, cruzó la calle y se presentó. Les preguntó si necesitaban algo. Si querían que les vigilase la casa de vez en cuando. Llamarles por teléfono si surgía algún problema. Y al despedirse los invitó a cenar. «Avísenme el fin de semana que vengan. Mi mujer y yo estaremos encantados de recibirlos en casa».

—¿En qué trabajan?

—Creo que él tiene una óptica.

Los Verdon cruzan la calle. La mujer lleva una botella de champán en la mano. Richard se levanta, pasa el brazo alrededor de la cintura de Adèle y los saluda. Lucien se agarra a las piernas de su madre. Hunde la nariz en el muslo de ella.

—Hola, hombrecito. —La mujer se inclina hacia el niño—. ¿No quieres saludarme? Yo me llamo Isabelle, ¿y tú?

Adèle se disculpa:

—Es un poco tímido.

—No se preocupe. Yo he tenido tres, y entiendo de eso. ¡Aprovéchese! Mis hijos se niegan a salir de París. No les entusiasma pasar el fin de semana con sus viejos padres.

Se mete en la cocina e Isabelle va tras ella pero Richard la retiene.

—Siéntese. A ella no le gusta que entremos en su cocina.

Los oye hablar de París, de la óptica que Nicolas Verdon tiene en el distrito 17 y del trabajo de Isabelle en una agencia de publicidad. Parece mayor que su marido. Habla fuerte y se ríe mucho. Aunque estén en el campo, en pleno verano lleva una blusa elegante de seda negra. Incluso se ha puesto unos pendientes. Cuando Richard quiere servirle vino rosado, ella pone delicadamente la mano sobre la copa. «Es suficiente. Se me puede subir a la cabeza».

Adèle regresa de la cocina, con Lucien detrás, y se sientan con ellos.

—Richard nos ha contado que vivían antes en París y que lo han dejado para instalarse en el campo —le dice entusiasmado Nicolas—. Aquí están muy bien. Tierra, piedras, árboles, solo cosas auténticas. Es con lo que sueño para el día en que me jubile.

—Sí, esta casa es maravillosa.

Todos miran en dirección del camino donde Richard ha mandado plantar tilos a cada lado. El sol atraviesa las hojas y expande por el jardín una luz fosforescente de color sirope de menta.

Richard habla de su trabajo, de lo que él llama «su visión de la medicina». Cuenta anécdotas que le han ocurrido con sus pacientes, cómicas y tiernas, que Adèle desconoce, y que escucha bajando los ojos. Le gustaría que se fueran los invitados, quedarse ellos dos solos en el frescor de la noche. Que incluso en silencio, incluso enojados, se acabaran la botella de vino que está sobre la mesa. Y que se subieran, juntos, a acostarse.

—¿Trabaja usted, Adèle?

—No, pero era periodista cuando vivíamos en París.

—¿No lo echa de menos?

—Dudo que trabajar cuarenta horas semanales para ganar el mismo sueldo que la niñera sea envidiable —la interrumpe Richard.

—¿Me das un cigarrillo?

Richard saca la cajetilla del bolsillo y la deja sobre la mesa. Ha bebido mucho.

Comen sin ganas. Adèle no cocina bien. Por muchos cumplidos que le hacen los invitados, sabe que la carne se ha cocido demasiado y que las verduras están insípidas. Isabelle mastica lentamente, con el rostro crispado, como si tuviera miedo de atragantarse.

Adèle fuma un cigarrillo tras otro. Tiene los labios azulados por el tabaco. Arquea las cejas cuando Nicolas le pregunta:

—Entonces, usted, que es del gremio, ¿qué piensa de lo que está ocurriendo en Egipto?

No le dice que ya no lee la prensa. Que no enciende la tele. Que incluso ha renunciado a ver películas. Siente miedo de las historias de amor, de las

escenas de sexo, de los cuerpos desnudos. Está demasiado nerviosa para soportar la agitación del mundo.

—No soy especialista en Egipto. Por el contrario...

—«En cambio» —le corrige Richard.

—Sí, en cambio, he trabajado mucho en Túnez.

La conversación se vuelve común, se embota, languidece. Tras agotar los temas que unos desconocidos pueden abordar sin que conlleve riesgo, no encuentran gran cosa que decirse. Se oyen los ruidos de la deglución y de los cubiertos que chocan contra los platos. Adèle se levanta, con el cigarrillo pegado a los labios y un plato en cada mano.

«El aire del campo cansa». Los Verdon repiten la broma tres veces y acaban despidiéndose, casi empujados por Richard que les dice adiós con la mano, de pie en el camino de grava. Los observa entrar en su casa, preguntándose qué secretos, qué entresijos ocultará esa pareja tan aburrida.

—¿Qué te han parecido? —le pregunta a Adèle.

—No sé. Amables.

—¿Y él? ¿Cómo te ha caído él?

Ella no levanta la vista de la pila de fregar.

—Ya te lo he dicho. Me parece gente amable.

Sube al dormitorio. Por la ventana ve a los Verdon cerrar las persianas. Se tiende en la cama, inmóvil. Lo espera.

Ni una sola vez han dormido en habitaciones separadas. Por la noche, Adèle oye su respiración, sus ronquidos, esos ruidos broncos de la convivencia. Cierra los ojos, y se encoge. Se vuelve pequeña. Con el rostro apoyado en el borde de la cama, la mano en el vacío, no se atreve a darse la vuelta. Podría estirar una rodilla, un brazo, simular que duerme y rozar su piel. Pero no se mueve. Si lo tocara, incluso sin querer, se enfadaría, cambiaría de opinión, la echaría fuera.

Cuando está segura de que se ha quedado dormido, se gira. Lo observa en la cama, en este dormitorio donde todo le parece frágil. A partir de ahora, ningún gesto será inocente. Siente terror y alegría. Y con igual intensidad.

Richard estuvo una temporada en el servicio de urgencias del hospital La Pitié-Salpêtrière, en la época en que era médico residente. Eran las típicas prácticas en las que te dicen: «Aquí se aprende mucho sobre medicina y sobre la naturaleza humana». Trataba sobre todo a enfermos de gripe, a víctimas de accidentes de tráfico, de agresiones, de lipotimias. Creía que iba a ver casos que se saliesen de lo normal. Las prácticas resultaron ser aburridísimas.

Recuerda perfectamente al hombre que ingresó aquella noche. Un vagabundo con el pantalón manchado de mierda, los ojos desencajados, espuma en los labios y el cuerpo sacudido por temblores. «¿Tiene convulsiones?», había preguntado Richard al jefe de servicio. «No, está sufriendo el mono, *delirium tremens*».

Cuando dejan de beber, los alcohólicos severos entran en una crisis de abstinencia de una violencia insostenible. «Tres a cinco días después de haber dejado de beber, el enfermo empieza a sufrir alucinaciones muy vivas, en general, visuales y asociadas a animales que trepan, como serpientes o ratas. Se halla en un estado de desorientación extrema, de una gran agitación, y con delirios paranoicos. Algunos oyen voces, otros sufren ataques de epilepsia. Si no se les atiende, pueden fallecer. Las peores crisis suelen ocurrir de noche; por eso el enfermo necesita compañía».

Richard se había quedado junto a la cama del vagabundo, pues se daba cabezazos contra la pared y agitaba los brazos para espantar algo. Le impedía hacerse daño, le había administrado calmantes. Impasible, había recortado el pantalón manchado del vagabundo y le había frotado el cuerpo. Le había lavado la cara y recortado la barba sobre la que el vómito se había secado. Incluso le había dado un baño.

A la mañana siguiente, cuando el enfermo recuperó la poca conciencia que

le quedaba, intentó explicarle lo que le pasaba. «No puede dejar de beber de golpe. Es muy peligroso. Ya lo ha comprobado. Entiendo que no ha tenido usted otra opción, pero existen unos métodos, unos protocolos para los casos como el suyo». El hombre no le miraba. Con el rostro hinchado y violáceo, los ojos invadidos por la ictericia, de vez en cuando se estremecía por un temblor, como si un ratón le hubiera trepado por la espalda.

Al cabo de quince años de ejercicio, el doctor Robinson puede afirmar que conoce el cuerpo humano. Que nada le echa para atrás, nada le asusta. Sabe descubrir las señales, cotejar los resultados. Encontrar soluciones. Incluso medir el dolor, preguntando a sus pacientes: «En una escala del uno al diez, ¿en cuánto evaluaría el dolor que padece?».

Con Adèle siente que ha vivido con una enferma sin síntomas, junto a alguien con un cáncer durmiente que corroe y no se manifiesta. Cuando se mudaron a la nueva casa, Richard esperaba que en algún momento ella cayera en la tentación. Que se perturbara. Como cualquier toxicómano privado de su droga. Estaba convencido de que perdería la razón, y se había preparado para ello. Se decía a sí mismo que sabría cómo proceder si se volvía violenta, si se ponía a darle golpes o a gritar en plena noche. Si se autolesionaba o se metía un cuchillo entre las uñas. Reaccionaría como un científico, le recetaría las medicinas adecuadas. La salvaría.

La noche en que se enfrentó a ella, estaba desarmado. No había tomado ninguna decisión sobre su futuro juntos. Solo quería librarse del peso que sentía, observarla venirse abajo. Conmocionado al conocer la verdad, aturdido, estaba indignado ante la pasividad de Adèle. Ella no se justificó. Ni una sola vez intentó negarlo. Parecía una niña pequeña, aliviada de que hubieran descubierto su secreto y dispuesta a recibir el castigo merecido.

Se había servido una copa, fumado un cigarrillo y le había dicho: «Haré lo que tú digas». Luego farfulló: «El sábado es el cumpleaños de Lucien». Y entonces Richard se acordó. Odile y Henri iban a venir a París. Clémence, los primos y un grupo de amigos ya habían sido avisados varias semanas antes.

No tenía valor para anular la fiesta. Era ridículo: ante una vida que se viene abajo, esa celebración mundana no debería tener importancia. Pero se agarraba a ella como a una tabla de salvación.

«Celebraremos el cumpleaños y luego ya veremos». Le dio instrucciones. No quería verla con catas largas ni llorando. Tendría que aparecer sonriente, alegre, perfecta. «Con tus dotes para dar el pego, te será fácil». Pensar en que alguien se enterase, que se supiera, bastaba para provocarle una crisis de ansiedad. Si ella debía abandonar el hogar familiar, había que encontrar una explicación, la típica en esos casos. Decir que ya no se entendían, y punto. Richard la había obligado a jurar que no se lo contaría a nadie, y a no pronunciar jamás el nombre de Lauren en su presencia.

Llegó el sábado, inflaron los globos de colores en silencio. Decoraron la casa y Richard hizo un esfuerzo sobrehumano para no soltar un grito a Lucien que corría como un loco de un cuarto a otro. No contestó a Odile que le había comentado lo sorprendida que estaba de verlo beber tanto a esas horas. «Es una merienda infantil, ¿no?».

Lucien estaba muy contento. A las siete de la tarde se quedó dormido, con la ropa puesta, en medio de sus juguetes. Una vez solos los dos, Adèle se acercó a él. Sonriendo y con el rostro radiante. «Ha estado todo muy bien, ¿verdad?».

Tumbado en el sofá, la observaba mientras ordenaba el salón, y su tranquilidad le pareció monstruosa. Ya no la soportaba. El mínimo gesto de ella lo alteraba. Su modo de recogerse un mechón de pelo detrás de la oreja. De rozarse el labio inferior con la lengua. Su manía de soltar bruscamente los cacharros en el lavaplatos, de fumar un cigarrillo tras otro. No le encontraba ningún encanto, ningún interés. Le daban ganas de golpearla, de que desapareciese de su vista.

Se acercó a ella y le dijo en un tono firme:

—Recoge tus cosas y lárgate.

—Pero ¿ahora? ¿Y Lucien? Ni siquiera me he despedido de él.

—¡Fuera de aquí! —le gritó.

La golpeó con las muletas y la arrastró al dormitorio. Metía sin ningún cuidado la ropa de ella en una bolsa, en silencio, con una mirada resuelta. Entró en el cuarto de baño y de un solo manotazo echó sus productos de belleza, sus perfumes, en un neceser. Por primera vez, ella le suplicó. Se puso

de rodillas, juró, con el rostro bañado en lágrimas y la voz entrecortada por unos sollozos ahogados, que sin ellos se moriría. Que no sobreviviría sin su hijo. Que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que la perdonase. Que quería curarse, que daría todo por una segunda oportunidad a su lado. «La otra vida no era nada para mí. Nada». Le dijo que estaba enamorada de él. Que ningún hombre contó jamás para ella. Que él era el único junto al que se imaginaba compartiendo una vida.

Richard creyó tener la fuerza suficiente para echarla a la calle, sin dinero, sin trabajo, sin ningún recurso más que el de regresar a casa de su madre en aquel apartamento sórdido de Boulogne-sur-Mer. Durante un momento, incluso se había sentido capaz de responder a Lucien cuando le preguntase por ella: «Mamá está enferma. Necesita vivir lejos de nosotros para ponerse buena». Pero no lo ha conseguido. Como si su rabia no bastase. Como si necesitara comprender lo que les había conducido, a ambos, a semejante locura.

Tiró la bolsa al suelo. Se miró en aquellos ojos de bestia acorralada, y sacudió la pierna para impedir que ella se agarrase a él. Adèle se cayó, como un peso muerto, y él salió de la casa. Hacía un frío penetrante pero no sentía nada. Agarrado a sus muletas, bajó despacio por la calle hasta la parada de taxis. El conductor lo ayudó a entrar en el asiento trasero y a acomodar bien la pierna escayolada. Richard le dio un billete y le pidió que circulase. «Y apague la música, por favor». Recorrieron las orillas del Sena, cruzaron por los puentes de un lado a otro, en un interminable zigzag. Perseguido por el dolor, tenía la sensación de que si se detenían, lo aniquilaría la pena, y sería incapaz de hacer un gesto, de respirar. El conductor acabó el trayecto en la estación de Saint-Lazare. Richard entró en una *brasserie*. La sala estaba llena de gente, matrimonios mayores que salían del teatro, turistas ruidosos, mujeres divorciadas en busca de una nueva vida.

Podría haber telefoneado a algún amigo, llorar sobre su hombro. ¿Pero qué le habría contado? Adèle debe de creer que si él no se lo cuenta a nadie es por vergüenza. Prefiere mantener la cabeza bien alta que buscar el apoyo de una compasión amiga. Ella teme quizás que lo tomen por un cornudo, por un marido humillado. Pero a él le da igual la mirada que le dirijan. Lo que le preocupa es lo que digan de ella, el modo en que la encierren en sus prejuicios, reduzcan la situación. Caricaturicen su tristeza. Lo que más teme es

que le impongan una decisión, que digan con aire resuelto: «En estas condiciones, Richard, solo puedes dejarla». Hablar haría que las cosas fueran irreversibles.

No ha telefonado a nadie. Se ha quedado mirando su copa durante horas. Durante tanto tiempo que ni siquiera ha observado que la sala se había vaciado, que ya eran las dos de la madrugada y que el viejo camarero de delantal blanco esperaba a que pagara su consumición para cerrar.

Regresó a su casa. Adèle dormía en la cama de Lucien. Todo resultaba normal. Horriblemente normal. Le parecía imposible continuar viviendo.

A la mañana siguiente, había establecido el diagnóstico. Estaba enferma, se tenía que curar. «Vamos a buscar a alguien que se ocupe de ti». Dos días después, la llevó a un laboratorio de análisis a que le tomaran varias muestras de sangre. Cuando llegaron los resultados, eran normales, él concluyó: «Has tenido mucha suerte».

Le hizo preguntas. Miles de preguntas. No le dio ni un segundo de respiro. La despertaba en mitad de la noche para confirmar una sospecha, pedirle detalles. Estaba obsesionado con las fechas, las coincidencias, intentaba atar cabos. Ella no dejaba de contestar: «No me acuerdo, te lo aseguro. Jamás tuvo importancia para mí». Pero Richard quería saberlo todo de esos hombres. Cómo se llamaban, qué edad tenían, qué profesión, el lugar donde los había conocido. Cuánto tiempo habían durado esas aventuras, dónde se citaban, qué recuerdos tenía de esos hombres.

Ella acabó cediendo y se puso a contar, en la oscuridad, dándole la espalda. Tenía las ideas claras, se expresaba con precisión y sin sentimientos. Se detenía en detalles sexuales, entonces era él quien le decía que no siguiera. Ella añadía: «Y, sin embargo, era solo eso». Intentaba explicarle el deseo insaciable, la pulsión imposible de contener, la desesperación de verse incapaz de ponerle fin. Pero lo que obsesionaba a Richard era que hubiera abandonado a Lucien durante una tarde entera para ir a encontrarse con un amante. Que se hubiera inventado una urgencia profesional para anular unas vacaciones familiares y follar durante dos días seguidos en un hotel de mala muerte en la periferia de París. Lo que le indignaba y le fascinaba a la vez era

la soltura con la que había mentido y llevado esa doble vida. Lo engañó como a un bobo. Lo manipuló como a una marioneta. Quizá incluso se rio, al llegar a casa, con el vientre aún lleno de esperma y la piel empapada con otro sudor, y se burló de él, lo imitó ante sus amantes. Sin duda les dijo: «¿Mi marido? No te preocupes, no se entera de nada».

Removía sus recuerdos hasta que le entraban náuseas. Intentaba recordar cuál era su actitud cuando ella llegaba tarde, cuando desaparecía.

¿Qué pasaba con su olor? ¿Su aliento al hablar estaría mezclado al de otros hombres? Buscaba alguna señal, una prueba, quizá no quiso verlas. Pero no, no recordaba ningún acontecimiento destacable. Su mujer era una impostora absolutamente perfecta.

Cuando presentó a Adèle a sus padres, Odile se había mostrado muy reservada ante la elección de su hijo. No le había dicho nada pero Richard se había enterado a través de Clémence que había empleado la palabra «calculadora». «Esa chica no le conviene. ¡Se da unos aires!».

Odile siempre desconfió de esa mujer impenetrable. Le preocupaba su frialdad, su falta de instinto materno.

Se volvió loco, él, el estudiante de provincias tímido y sin conversación, por tener a esa mujer en sus brazos. Le hechizaban no solo su belleza, sino también su actitud. Cuando la miraba, tenía que inspirar fuerte. Su presencia lo llenaba tanto que a veces era doloroso. Le gustaba verla vivir, se sabía de memoria hasta el menor de sus gestos. Ella hablaba poco. No se dedicaba, como sus compañeras de la Facultad de Medicina, a los cotilleos y las conversaciones inútiles. La llevaba a restaurantes caros. Organizaba viajes a las ciudades que ella soñaba con visitar. Enseguida le presentó a sus padres. Le pidió que se fuera a vivir con él, y se encargó de encontrar un apartamento. Ella decía a menudo: «Es la primera vez que me ocurre». Y se sentía orgulloso. Le había prometido que no tendría que ocuparse de nada y que la cuidaría, como nadie antes que él. Ella era su neurosis, su locura, su ideal soñado. Su otra vida.

—¡Venga! Volvemos a empezar.

Al principio, Adèle cerraba los ojos. Pero resultaba aún más difícil. Estaba tan rígida, tan fría, que Richard perdía los nervios. Le entraban ganas de golpearla, de pararse en mitad del campo, dejarla allí, sola. Lo hacen los sábados por la tarde y a veces los domingos. Richard se obliga a mostrarse paciente. Inspira hondo cada vez que ella le pregunta cien veces lo mismo, con esa vocecilla chillona de niña pequeña. Flexiona los brazos, hunde los hombros para adentro, mira fijamente hacia adelante. No entiende nada.

—¡Relájate, mujer! No te encojas, ponte derecha. Ha de ser un placer, no un martirio —le dice Richard, harto.

Coge las manos de Adèle y las coloca sobre el volante del coche. Endereza el retrovisor.

Es una tarde de julio, van por carreteras secundarias. Lucien está sentado detrás. Adèle se ha puesto un vestido que le llega por debajo de las rodillas y, apoya los pies descalzos en los pedales. Hace calor y los caminos están desiertos.

—¿Ves? No hay nadie, no tienes por qué preocuparte. Puedes acelerar un poco, no pasa nada.

Adèle se gira y mira a Lucien que se ha quedado dormido. Duda y luego pisa con violencia el acelerador. El coche se embala. Está enloquecida.

—¿Pero no ves que hay que poner la cuarta? Vas a cargarte el motor. ¿No oyes el ruido? ¿Qué haces?

Frena bruscamente y mira, avergonzada, a Richard.

—¡Parece mentira! Se diría que eres incapaz de utilizar los pies y las manos al mismo tiempo. ¡Eres una inepta total!

Ella se encoge de hombros y se echa a reír. Richard la mira,

desconcertado. Se había olvidado por completo del sonido de su risa. Un sonido de agua, de un torrente que corre por su garganta y le empuja la cabeza hacia atrás, poniendo de relieve su estilizado cuello. Él ya no recordaba esa manera extraña de taparse la boca con las manos y cerrar los ojos, en un gesto que infunde a su risa un tono algo burlón, casi perverso. Richard siente deseos de abrazarla, de alimentarse de esa alegría súbita, de ese júbilo que tanto ha escaseado para los dos.

—Ahora conduciré yo, de vuelta a casa. ¿Sabes qué? A lo mejor convendría que te matricularas en una autoescuela. Sería más eficaz que te enseñará un profesional.

Adèle progresa lentamente, pero él está decidido a comprarle un coche si aprueba el examen de conducir. No se resistirá sin duda a comprobar el kilometraje, y le reducirá el presupuesto para gasolina pero al menos hará trayectos cortos. Cuando se mudaron a la nueva casa, Richard la vigilaba de cerca. No lo podía evitar. Incluso le seguía los pasos como a una delincuente. La llamaba por teléfono varias veces al día. De modo compulsivo, en alguna ocasión entre dos citas de pacientes, regresó a casa, para encontrarla sentada en el sillón azul con la mirada perdida en el jardín.

Podía mostrarse cruel. Aprovechó su dominio sobre ella para humillarla. Una mañana, Adèle le pidió que, camino del trabajo, la dejara en el centro. Quería hacer unas compras y pasearse un poco.

Incluso le propuso que comieran luego juntos en un restaurante del que Richard le había hablado. «¿Me esperas? En unos minutos estoy lista». Subió a arreglarse. Cuando se encerró en el cuarto de baño, él se marchó. Debió de oír el motor arrancar mientras se estaba vistiendo. Sin duda miró por la ventana y vio alejarse el coche. Por la tarde, él ni siquiera evocó el incidente. Le preguntó qué tal había pasado el día. Ella respondió, sonriente: «Muy bien».

En público, adopta unas actitudes de las que se arrepiente enseguida. Le aprieta con fuerza el brazo, le pellizca la espalda, la observa con tanta insistencia que los que están presentes se sienten cohibidos. Vigila el menor de sus movimientos. Le lee los labios. Salen muy poco pero está contento de

haber invitado a los Verdon. Quizá organice una fiesta al final del verano. Algo sencillo, con sus compañeros de trabajo y los padres de los amiguitos de Lucien.

Está harto de desconfiar permanentemente de ella. Quiere parar de pensar que solo debe su presencia a la falta de autonomía de ella. Se promete a sí mismo dejar más dinero en casa. La anima a que coja el tren y lleve a Lucien a ver a sus abuelos a Caen o a Boulogne-sur-Mer. Incluso le ha dicho que va siendo hora de decidir en qué va a trabajar.

En ocasiones cede a un entusiasmo irracional, un optimismo del que un médico como él debería desconfiar. Está convencido de que se curará, de que se ha aferrado a él porque se ha dado cuenta de que es su salvación. La víspera, Adèle se había despertado de buen humor. Era una mañana radiante. Richard los llevó a ella y a Lucien al centro. Ella quería hacer unas compras para el niño. En el coche habló también de un vestido que había visto en el escaparate de una *boutique* que le había gustado. Balbuceó sin mucha claridad algo sobre el dinero que le quedaba y que tendría que ahorrar para poder pagárselo. Richard la interrumpió: «Haz lo que quieras con ese dinero. Deja ya de darme cuentas». Ella parecía a la vez estar en deuda con él y algo desamparada, como si se hubiera acostumbrado a ese juego malsano.

«Hacerla feliz». Qué fácil parecía esa afirmación cuando Henri se lo decía a Odile, cuando repetía una y otra vez que ese era el objetivo de su vida. Fundar una familia y hacerla feliz. Qué fácil parecía aquello en la entrada del Ayuntamiento, en el vestíbulo de la maternidad, el día de la inauguración de la casa, cuando todos parecían convencidos de que Richard tenía en sus manos la llave de una vida de éxitos.

Odile no deja de decir que deberían tener otro hijo. Que una casa tan bonita está hecha para una familia grande. Siempre que va a verlos, lanza miradas cómplices al vientre de Adèle que le hace un gesto negativo con la cabeza. Richard está tan incómodo que finge no entender de qué va la cosa.

Ha imaginado una nueva vida para ella, en la que esté a salvo de sí misma y de sus pulsiones. Una vida hecha de imposiciones y rutinas. Todas las mañanas, Richard la despierta. No quiere que se levante tarde, que se quede en la cama rumiando ideas negras. Demasiadas horas de sueño la perjudican. No sale de casa hasta que ve que ella se ha calzado las zapatillas deportivas y se pone a correr por el camino sin asfaltar. Al acercarse a la valla, ella se gira, se despide con la mano y él arranca el coche.

Quizá porque creció en el campo, Simone lo detesta. Hablaba con su hija de él como de un lugar de desolación, y la naturaleza, para Adèle, es una fiera salvaje que crees que has domado, y sin avisar te salta al pescuezo. No se atreve a decírselo a Richard, pero tiene miedo de correr por esas pistas forestales, penetrar en el bosque desierto. En París, le gustaba correr en medio de la gente. La ciudad le imprimía su ritmo, su cadencia. Aquí, corre más deprisa, como si unos asaltantes la persiguieran. A Richard le gustaría que disfrutara del paisaje, que se quedara deslumbrada por la tranquilidad de los valles y la armonía de las praderas. Pero ella nunca se detiene. Corre hasta que se queda sin aliento y llega a casa alterada, con las sienes que le retumban, y sorprendida siempre de no haberse perdido. Apenas se ha quitado las zapatillas y ya suena el teléfono, y, con la respiración entrecortada, contesta a Richard.

«Hay que agotar al cuerpo». Es lo que se dice a sí misma para darse ánimos. Por la mañana, a veces se lo cree, tras una noche en la que ha dormido bien. Entonces se siente optimista, hace proyectos. Pero pasan las horas y debilitan lo que le queda de determinación. Su psiquiatra le ha aconsejado que

grite. Adèle se echó a reír. «Se lo digo en serio. Gritar, con todas sus fuerzas». Le dijo que así se sentiría aliviada. Pero incluso estando sola, en mitad de la nada, no ha conseguido extirpar su rabia. Lanzar un grito.

Por la tarde, va a recoger a Lucien. Baja a pie al pueblo y no habla con nadie. Saluda a la gente con la que se cruza con un gesto de la barbilla. La familiaridad de los habitantes del pueblo la deja helada. Evita esperar en la puerta de colegio por miedo a que las demás madres le den conversación. Ha explicado a su hijo que tiene que caminar un poquito para llegar adonde ella lo espera. «Estaré junto a la estatua de la vaca, ¿vale?».

Siempre llega con antelación. Se sienta frente al mercado en un banco. Si está ocupado, se queda de pie hasta que la persona, molesta, se levanta y se va, dejándole el sitio. Richard le había contado que el pueblo había sido bombardeado por los americanos en 1944. En menos de veinte minutos, lo borraron del mapa. Los arquitectos intentaron reconstruir con fidelidad los edificios, reproducir los entramados normandos pero su encanto resulta artificial. Adèle le había preguntado si los aviones americanos no bombardearon la iglesia por razones religiosas. «No, solo que el edificio era más sólido», le contestó Richard.

Cuando llegó la primavera, su médico insistió en que pasara el día al aire libre. Le aconsejó que hiciera jardinería, que plantara flores y las viera crecer. Émile la ayudó a sembrar un huerto en el fondo del jardín. Pasa allí mucho tiempo con Lucien. A su hijo le encanta chapotear en el barro, regar las matas de habas, masticar las hojas manchadas de tierra. Apenas ha comenzado el mes de julio, pero Adèle nota cómo los días se hacen más cortos. Observa el cielo que se ensombrece más temprano y espera con angustia el regreso del invierno. La sucesión ininterrumpida de días lluviosos. Habrá que podar los tilos y mostrarán sus muñones negros como unos cadáveres gigantes. Al dejar París, se aligeró de todo. Sin trabajo, sin amigos, sin dinero. Solo esta casa en la que el invierno la mantiene cautiva y el verano se hace esperar. A veces, parece un pájaro enloquecido, que golpea el pico contra los ventanales de cristal, quiebra sus alas contra las manillas de las puertas. Cada vez le cuesta más ocultar sus impacencias, disimular su irascibilidad. Sin embargo, se

esfuerzo. Se muerde las mejillas por dentro, hace ejercicios de respiración para soportar la angustia. Richard le ha prohibido que deje que Lucien se pase la tarde delante de la tele, y se obliga a sí misma a inventar actividades divertidas. Un día, al llegar del trabajo, Richard la encontró con los ojos hinchados, la cara sofocada, sentada en la moqueta del salón. Lucien había ensuciado el sillón azul con una mancha de pintura y llevaba varias horas intentado limpiarla. «No me hacía caso. No sabe jugar», repetía una y otra vez, furiosa, con las manos crispadas.

—La última vez que vino usted, afirmó que creía estar curada. ¿Qué quiso decir con ello?

—No lo sé —le contesta, encogiéndose de hombros.

El médico no interrumpe el silencio. Se la queda mirando bondadosamente. La primera vez que la recibió en su consulta, le dijo que el caso que planteaba ella no era de su competencia. Que en general se recomendaban tratamientos mediante el deporte, terapias conductistas o de grupo. Ella le respondió, en un tono firme y helado: «¡Ni pensarlo! Me asquea. Me parece cobarde que uno exponga su vergüenza en público».

Ella había insistido en que la tratara él. Alegó que le inspiraba confianza. Y él acabó aceptando a regañadientes, un tanto emocionado por aquella mujer delgada y pálida que flotaba en su blusa azul.

—Digamos que me quedo tranquila.

—¿Y eso para usted significa que ya está curada: quedarse tranquila?

—Sí. Supongo que sí. Pero curarse es también terrible. Es perder algo. ¿Me entiende?

—Claro que la entiendo.

—Al final, sentía miedo. La impresión de haber perdido el control. Estaba cansada, eso se tenía que acabar. Pero jamás pensé que él me perdonaría.

Las uñas de Adèle rascan la tapicería de los brazos del sillón. Afuera, unas nubes negras exhiben sus protuberancias puntiagudas. La tormenta se desatará pronto. Desde donde está, puede ver el lateral de la calle y el coche en el que Richard la espera.

—La noche en que él descubrió todo, dormí muy bien. Fue un sueño profundo y reparador. Cuando me desperté, por mucho que la casa pareciese devastada y notase el odio de Richard, me invadía una alegría extraña, incluso

sentía excitación.

—Sintió alivio.

Adèle calla. Afuera, cae una lluvia furiosa. Es como si la noche hubiera llegado de pronto en plena tarde.

—Mi padre ha muerto.

—Lo siento mucho, Adèle. ¿Estaba enfermo?

—No. Ha sido un derrame cerebral. Ayer por la noche, mientras dormía.

—¿Su muerte la ha entristecido?

—No lo sé, pues en realidad nunca le gustó seguir aquí.

Adèle apoya la cara en la mano derecha y se acomoda en el sillón.

—Voy a ir a su entierro. Iré sola. Richard no puede dejar la consulta, y opina que Lucien es muy pequeño para afrontar la muerte. En realidad, no me ha propuesto acompañarme. Iré. Sola.

—¿Está resentida contra Richard por haberla abandonado en estas circunstancias?

—No. ¡Qué va! —responde suavemente—. Lo prefiero.

Richard jamás dio importancia al sexo. Incluso de joven, para él solo era un placer relativo. Siempre se aburría un poco con ese ejercicio. Le parecía demasiado largo. Se sentía incapaz de fingir pasión e, ingenuamente, creía que Adèle estaba aliviada con la tibieza de su deseo. Como lo estaría cualquier mujer inteligente y refinada. Estaba convencido de que ante lo que él le ofrecía, el sexo no significaba nada. En público solía fingir, para salvar las apariencias y para quedarse tranquilo. Seguía la corriente a los que hacían alusiones vulgares al culo de una mujer. Insinuaba a sus amigos que tenía una aventura. No era algo de lo que se sintiera orgulloso. Jamás pensaba en ello.

Siempre soñó con ser padre, fundar una familia que contase con él y a la que pudiera ofrecer lo que él a su vez había recibido. Deseó tener a Lucien más que cualquier cosa y vivió con angustia la perspectiva de su concepción. Pero Adèle se quedó encinta enseguida, incluso en el primer intento. Él había aparentado sentirse orgullo, ver en ello una prueba de su virilidad. En realidad, fue un alivio el no verse forzado a agotar el cuerpo de la mujer que amaba.

Richard no ha pensado en ningún momento en vengarse. Ni siquiera en restablecer el equilibrio en un combate que sabía que perdería de entrada. Una vez se presentó la ocasión de acompañar a una chica y aprovechó esa oportunidad sin verdaderamente pensárselo. Sin saber qué iba buscando.

Tres meses después de haberse instalado en la clínica, le habían presentado a Matilda que estaba haciendo prácticas en la farmacia de su padre. Es una joven rellenita, con ojos verde oliva, que oculta sus granitos de acné bajo una larga melena pelirroja. Casi se podría afirmar que es guapa.

Una noche, Richard estaba bebiendo una cerveza en un local cerca de la clínica y la vio sentada en una mesa con dos chicas de su edad. Ella le hizo una señal. Le sonrió. No entendió si lo invitaba a sentarse con ellas o si se sentía obligada a saludarlo por ser un amigo de su padre. Richard le devolvió el saludo.

No le prestaba atención, pues las ideas se le ralentizaban por el efecto del alcohol y el calor. Se había olvidado por completo de su presencia cuando ella se acercó a la mesa y le dijo:

—¿Te llamas Richard, verdad?

Unas gotas de sudor se le deslizaron por la columna vertebral.

—Sí, Richard Robinson. —Se levantó torpemente y le dio un apretón de manos.

Ella se sentó, sin pedir permiso. En realidad, era menos tímida de lo que él se había imaginado cuando la veía ruborizarse detrás del mostrador de la farmacia. Se puso a hablar de la Facultad, de Rouen, donde vivía, de la carrera de medicina a la que renunció por no sentirse lo suficientemente valiente. Hablaba muy rápido, con una voz aguda y cantarina. Richard asentía sin muchas ganas, con la cara empapada de sudor. Hacía un esfuerzo para mantener los ojos abiertos, fijar la mirada en ella, sonreír cuando hacía falta, e incluso relanzar la conversación.

Caminaron por la calle sin rumbo fijo. Él le pidió un cigarrillo que le costó acabar. Le habría gustado decirle: «¿Y ahora qué hacemos?», pero se quedó callado. Caminaron hasta la clínica. Al llegar a la entrada, no mostraron vacilación ni prisa alguna. Richard sacó el llavero y entraron por el garaje.

En su despacho, Richard cerró las persianas.

—Lo siento, no tengo nada que ofrecerte de beber. Solo agua, ¿quieres?

—¿Puedo fumar?

Su piel. Su piel lechosa era insípida. Posaba sus labios sobre ella. Abría un poco la boca, rozaba con su lengua el hueco de su cuello, detrás de las orejas. Su piel estaba totalmente desprovista de sabor, del mínimo relieve. Incluso el sudor no olía a nada. Solo los dedos, un poco a tabaco.

Ella se desabrochó la fina blusa blanca que llevaba y Richard contempló,

espantado, el vientre redondo, las marcas que la falda ajustada había dejado en su cuerpo, los finos michelines entre los elásticos del sujetador. El esqueleto de Adèle volvía para obsesionarlo.

Matilda jugaba a la mujer fatal y resultaba algo ridícula haciéndose la peligrosa, a sus veinticinco años, recostada en la mesa del despacho. En el cuarto no se oía un solo ruido. Incluso el mueble contra el que se apoyaban no crujía. Ella apenas respiraba.

Intentaba algunas caricias, pero parecía decepcionada al comprobar que esa relación prohibida con un hombre mayor que ella, y por añadidura casado, no diese lugar a más chispas. Incluso lo pasaba mejor con sus compañeros de la Facultad. Richard no era divertido.

Ella giró la cabeza hacia un lado y hacia otro. Cerró los ojos. Sus muslos voluptuosos atenazaban a Richard. Por mucho que él le agarraba las nalgas, le desabrochaba el sujetador y contemplaba sus tetas blancas, no logró gozar. Se retiró despacio y, ya en la calle, ella se negó a que la acompañara.

—De todos modos, vivo cerca.

Se subió al coche. Ahora se sentía totalmente lúcido. Conduciendo hacia su casa, no dejaba de llevarse las manos a la nariz, las respiraba, incluso las probó, pero no olían más que al jabón antiséptico de su consulta.

Matilda no había dejado en él ninguna huella.

Richard la acompaña a la estación. En el coche, Adèle mira por la ventanilla. Está amaneciendo apenas. Un sol brumoso acaricia las colinas. Ninguno de los dos menciona lo extraño de esta situación. Ella no se atreve a tranquilizarlo, a mostrarse cariñosa, a prometerle que no alberga ningún proyecto de evasión. Richard se siente aliviado porque ha llegado el momento de dejarla marchar, de dejarla, solo por unas horas, que pruebe la libertad.

Ella regresará.

En la explanada delante de la estación la observa fumarse un cigarrillo, atractiva y triste. Saca su cartera y le tiende unos billetes.

—¿Tienes bastante con 200 euros?

—Sí, no te preocupes.

—Si necesitas más, dímelo.

—No, gracias. Así está bien.

—Guárdalos ya porque puedes perderlos.

Adèle abre el bolso y mete el dinero en uno de los compartimentos.

—Hasta mañana, entonces.

—Sí, hasta mañana.

Se instala en su asiento, cerca de la ventanilla, en el sentido contrario a la marcha. El tren arranca. El vagón está sumido en un educado silencio. Los gestos están amortiguados, la gente se tapa la boca con la mano cuando habla por el móvil. Los niños duermen, los adultos se han puesto los auriculares. Adèle tiene sueño, los paisajes no son más que colores que se salen del marco, dibujos medio difuminados, un chorretón de grises, un goteo de verde y negro. Lleva un vestido negro y una chaqueta algo pasada de moda. Frente a

ella, se sienta un hombre y la saluda. El estilo de hombres fáciles de abordar. Está nerviosa, desorientada. No teme a los hombres sino a la soledad. No estar bajo la mirada de nadie, ser una desconocida, anónima, ser una más entre la muchedumbre. Estar en movimiento y saber que la huida es posible. No factible pero sí posible.

Al final del vagón, ve a una chica, de pie tras la puerta de cristal. No debe de tener más de diecisiete años. Unas piernas de adolescente, largas y delgadas, y la espalda algo encorvada. El chico que la está besando no se ha quitado la mochila, y se inclina sobre ella hasta aplastarla. Con los ojos cerrados y la boca abierta, sus lenguas giran una en torno a la otra, dando vueltas sin cesar.

Simone le había preguntado si quería decir algunas palabras de homenaje a su padre. Adèle contestó que prefería no hacerlo. En realidad, no sabe qué habría podido decir de ese hombre al que conocía tan poco.

Era incluso ese misterio el que alimentaba su adoración por él. A ella le parecía decadente, desfasado, inimitable. Lo consideraba guapo. Hablaba con fervor de la libertad y de la revolución. Cuando era pequeña, la llevaba a ver películas de Hollywood de los años sesenta, y le decía que no debería existir otra manera de vivir distinta de esa. Bailaba con ella, y a Adèle casi se le saltaban las lágrimas, de alegría y de sorpresa, cuando lo veía levantar el pie en el aire, girar la punta del zapato y hacer una pirueta al son de Nat King Cole. Hablaba italiano. O es lo que ella creía. Contaba que había comido caviar con cucharilla con unas bailarinas del Bolshoi en Moscú, adonde el Estado argelino lo había enviado a estudiar.

En esos arranques de melancolía, su padre solía cantar en árabe una canción cuyo sentido nunca les desveló. Se enfadaba con Simone por haberlo arrancado de sus raíces. Se enfurecía, se volvía injusto, gritaba que no necesitaba nada de eso, que mandaría todo a paseo y se iría a vivir solo a un lugar modesto, alimentándose de pan y aceitunas negras. Decía que le habría gustado aprender a trabajar la tierra, arar y sembrar, la vida tranquila de los campesinos de su infancia. Y que llegaba incluso a envidiarlos, como ese pájaro cansado de un largo vuelo puede envidiar a una hormiga. Simone se

reía con una risa cruel, retándolo. Él no se iba. Nunca.

Acunada por el traqueteo del tren, se sume en un duermevela. Empuja la puerta del dormitorio de sus padres y ve la cama de matrimonio. El cuerpo de su padre, tendido como una momia. Con los pies orientados hacia el cielo, tiosos dentro del sudario. Se acerca, busca los últimos fragmentos visibles de la piel. Las manos, el cuello, el rostro. La frente grande y lisa, las arrugas profundas en las comisuras de los labios. Reconoce sus rasgos, el itinerario que emprendía su sonrisa, el mapa completo de las emociones paternas.

Se acuesta en la cama, a escasos centímetros del cuerpo. Le pertenece por completo. Ahora no puede huir, ni rechazar la conversación. Con un brazo detrás de la cabeza, las piernas cruzadas, enciende un cigarrillo. Se desviste. Desnuda, tendida junto al cadáver, acaricia su piel, lo abraza. Lo besa en los párpados y en las mejillas hundidas. Piensa en el pudor de su padre, en el horror absoluto que sentía por la desnudez, la suya y la de los demás. Acostado ahí, muerto, a merced de ella, ya no podrá oponer ninguna resistencia a su curiosidad obscena. Se inclina sobre él, y, lentamente, desata el sudario.

Estación de Saint-Lazare. Baja del tren y sube a paso ligero la Rue d'Amsterdam.

Cortaron los lazos con la vida de antes. Un corte neto, radical. Dejaron atrás un montón de cajas de cartón llenas con la ropa de Adèle, recuerdos de viajes e incluso álbumes de fotos. Vendieron los muebles y regalaron sus cuadros. El día en que se marchaban, lanzaron una mirada sin nostalgia a la casa. Entregaron las llaves a la dueña y cogieron la carretera bajo una lluvia torrencial.

Adèle no volvió a pisar el periódico. No tuvo fuerzas para presentar su dimisión y acabó recibiendo un correo electrónico que Richard agitó delante de ella: «Despido por falta grave. Abandono de puesto». No siguen en contacto con sus amigos, con los compañeros de la Facultad, los antiguos colegas del trabajo. Se inventan disculpas para que no vayan a verlos. Muchos se sorprendieron de su marcha tan precipitada, pero nadie intentó saber qué había sido de ellos. Como si París los hubiera olvidado.

Está nerviosa. Espera que se libere una mesa en la terraza y fuma, de pie, observando a los clientes. Una pareja de turistas se levanta y Adèle se escurre entre ellos para ocupar la mesa. Del otro lado de la calle, ve llegar a Lauren, que le hace un gesto y luego baja los ojos, como si no estuviera autorizada a sonreír o a manifestar su alegría.

Hablan del padre de Adèle, de la hora del entierro.

—Si me hubieras avisado con tiempo, te habría acompañado —dice Lauren. Le pregunta por Richard, por Lucien, por el pueblo y la casa—. Cuéntame. ¿Qué se puede hacer en ese lugar perdido del mundo? —se ríe histérica.

Las dos evocan recuerdos, pero el ánimo no acompaña. Por mucho que Adèle busque, su mente está vacía. No encuentra nada que contarle. Mira el reloj. Dice que no debe retrasarse, que tiene que coger el tren. Lauren levanta

la vista al cielo.

—¿Qué pasa? —le pregunta Adèle.

—Estás cometiendo la mayor equivocación de tu vida. ¿Por qué te has ido a enterrar allí? ¿Eres feliz con tus labores en esa casa de campo?

Está incómoda ante la insistencia de Lauren. Ante su forma de reiterar que su matrimonio con Richard es una equivocación. Sospecha que no es la amistad lo que la mueve a aconsejarla sino otros sentimientos.

—¡No eres feliz, reconócelo! Una mujer como tú no puede serlo. No es lo mismo que si te hubieras casado por amor.

Adèle deja hablar a Lauren. Pide otra copa de vino y bebe lentamente. Fuma y asiente en silencio a sus reproches. Cuando su amiga se queda sin argumentos, la ataca, fría y precisa. Se sorprende a sí misma imitando el tono de Richard y con sus mismas palabras. Desarrolla unas ideas claras, expresa unos sentimientos sencillos contra los cuales su amiga es incapaz de alegar nada. Habla de la felicidad de poseer un bien, de la importancia para Lucien de estar en contacto con la naturaleza. Elogia los placeres modestos, las alegrías de la vida cotidiana. Pronuncia incluso esa frase, esa frase tonta e injusta:

—¿Sabes? Hasta que no tengas hijos, no lo comprenderás. Espero que algún día experimentes esa sensación.

La crueldad de los que se saben queridos.

Va con retraso, pero camina despacio desde la estación de Boulogne-sur-Mer hasta la casa de sus padres. Camina por unas calles grises, desiertas y feas. No ha podido asistir a la ceremonia de la incineración. Le llevó más tiempo de lo que esperaba llegar a la Gare du Nord, y perdió el tren.

Cuando toca el timbre de la casa, no contesta nadie. Espera en el portal, sentada en el escalón de la entrada. Se detiene un coche y baja Simone, acompañada por dos hombres. Lleva un vestido negro, ceñido, un sombrerito negro con redecilla que ha prendido al moño. Se ha puesto unos guantes horrorosos de satén que le hacen pliegues en las muñecas arrugadas. No siente miedo al ridículo, vestida de esa forma. Juega a la desconsolada viuda.

Entran en la casa. Un camarero dispone sobre la mesa unos aperitivos sobre los que se lanzan los invitados. Simone saluda a todos. Se deshace en sollozos incontrolables, grita el nombre de Kader. Gime, abrazada a unos viejos que el duelo y el alcohol han vuelto algo lúbricos.

Ha cerrado las persianas y el calor es sofocante. Adèle coloca su chaqueta sobre el viejo sillón negro y observa que las estanterías están vacías. Los discos de su padre han desaparecido y se huele aún el perfume dulzón del espray con el que Simone ha quitado el polvo a las baldas. El apartamento parece más limpio que de costumbre. Como si su madre hubiese dedicado la mañana a fregar el suelo y sacar brillo a los marcos de los retratos.

Adèle no habla con nadie. Algunos invitados intentan llamar su atención. Levantan la voz, esperando que ella se una a la charla. Parecen muertos de aburrimiento, ya se han dicho todo y se imaginan sin duda que ella podrá distraerlos. Sus rostros arrugados, el ruido de sus mandíbulas gastadas le inspiran una profunda repugnancia. Le gustaría taparse los oídos y cerrar los ojos como una niña pequeña contrariada.

El vecino del octavo piso la observa, con una mirada viscosa. Se diría que una lágrima le cuelga del párpado. Es el tipo gordo a quien tanto le costó encontrarle el miembro, bajo los pliegues de su vientre, sudoroso, ardiendo por el roce de sus enormes muslos. Adèle subía a su casa por la tarde al regresar del liceo. Tenía un salón y dos dormitorios. Un balcón grande con una mesa y dos sillas. Y con una vista que cortaba la respiración. Se sentaba a la mesa de la cocina, con el pantalón caído hasta los tobillos, y ella observaba el mar. «¿Ves las costas de Inglaterra? Casi se pueden tocar con los dedos». El horizonte era llano. Evidente.

Simone conduce a Adèle a la cocina. Está borracha.

—¿Richard no ha venido contigo? —le pregunta.

—No podía dejar solo a Lucien y la clínica en mitad de la semana. Ya te lo dijo por teléfono.

—Me he llevado una decepción. Eso es todo. Creía que se daría cuenta de que su ausencia me sentaría mal. Tenía que presentarle a mucha gente y este era el momento. Pero parece ser...

—¿Parece ser qué?

—Que desde que el señorito tiene su clínica y su casa grande, ya no somos lo bastante buenos para él. Este año ha venido solo una vez, y ni siquiera abrió la boca. Tendría que habérmelo imaginado. Olvídate.

—Déjalo ya, mamá. Trabaja mucho. Solo es eso.

Junto a la colección de cerillas de publicidad de bares y hoteles, Simone ha colocado la urna funeraria de porcelana rosa y blanca. Parece un bote de galletas o una vieja tetera inglesa. En una noche, su padre ha pasado del sillón negro a la estantería del salón.

—No creo que la voluntad de mi padre hubiera sido que lo incineraran.

Simone se encoge de hombros.

—Aunque no fuera religioso, en realidad su cultura es... En fin, no tendrías que haberlo hecho. Me lo deberías de haber consultado... —Adèle termina la frase con un murmullo inaudible.

—¿Me puedes decir para qué has venido? ¿Para hacerme reproches? ¿Para ponerte del lado de tu padre, incluso después de muerto? Él fue siempre el

centro, con sus estúpidos sueños y fantasías. «¡La vida a lo grande!». La vida jamás fue lo suficientemente grande para él. Y te voy a decir algo. —Simone bebe un trago de ginebra y chasquea la lengua contra los dientes—: Las personas insatisfechas destruyen lo que las rodea.

Las bandejas desechables están vacías y los invitados se despiden de Adèle.

—Tu madre debe descansar.

Todos lanzan una mirada de soslayo a las cenizas de su padre.

—Ha sido una ceremonia bonita.

Simone se desploma en el sofá. Suelta un gemido entrecortado. El maquillaje se le ha corrido por las mejillas. Se ha descalzado, y Adèle observa su piel arrugada, cubierta de pecas de vejez, el vestido negro, con una raja en un costado, cerrado con un imperdible grande. Lloro, murmura un oscuro lamento. Parece aterrorizada.

—Vosotros dos os entendíais bien. Siempre compinchados contra mí. Si él no llega a estar aquí, hace años que no habrías venido a verme, ¿verdad? ¡La octava maravilla del mundo! Adèle por aquí, Adèle por allá. Le gustaba creer que seguías siendo pequeñita. Siempre se ponía de tu lado. Demasiado cobarde para castigarte, para mirarte de frente. Decía: «Habla con tu hija, Simone», y desviaba la mirada. Pero yo no me chupo el dedo. Richard, el pobre, no se da cuenta de nada. Es como tu padre. Un ingenuo que no quiere ver las cosas. Los hombres no saben quiénes somos. No quieren saberlo. Yo soy tu madre y recuerdo todo. La manera que tenías de coquetear, con apenas ocho años. Enloquecías a los hombres. Los adultos hablaban de ti cuando en realidad tendrías que haber sido invisible. Y no decían nada bueno. Eras el tipo de niña que los adultos aborrecen. Ya llevabas el vicio en ti. Una mosquita muerta, una hipócrita de primera. Te puedes ir, ¿sabes? No espero nada de ti. Y ese infeliz de Richard que es tan buena gente. No te lo mereces.

Adèle pone la mano en la muñeca de Simone. Le gustaría decirle la verdad. Hacerle confidencias y esperar su comprensión. Acariciarle la frente sobre la que se le han pegado unos rizos finos, como infantiles. De pequeña, fue un peso para su madre, luego pasó a ser una rival sin que hubiera tiempo para el cariño, la dulzura, las explicaciones. No sabe por dónde empezar. Teme ser torpe y hacer que estallen treinta años de acritud y amargura. No

quiere asistir a una de sus crisis de histeria que recorrieron su infancia, su madre arañándose la cara, despeinada, gritando reproches al mundo entero. Calla, pues, conteniendo la emoción.

Simone se queda dormida, con la boca abierta, atontada por los calmantes. Adèle se acaba el resto de ginebra, y el de vino blanco que su madre ha dejado en la cocina. Abre las persianas y mira por la ventana el aparcamiento desierto, el parquecito con la hierba seca. En el apartamento sórdido de su infancia, vacila, desesperada, de un lado a otro. Le tiemblan las manos. Querría dormir, contener en el sueño la rabia que la domina. Pero aún es de día. Apenas empieza la tarde, y sale a la calle, con andar titubeante. Ha dejado un sobre en la consola de la entrada y el estuche naranja con el broche.

Toma el autobús que lleva al centro. El tiempo está precioso y las calles, muy animadas. Los turistas hacen fotos. Los jóvenes beben cerveza, sentados en las aceras. Adèle camina lentamente para no caerse. Se sienta en la terraza de un bar, al sol. En el regazo de una chica a su lado, un niño sopla en un vaso de Coca-Cola con una pajita y hace burbujas. El camarero pregunta a Adèle si está esperando a alguien. Le dice que no con la cabeza. Si no consume, no puede quedarse allí. Libera la mesa y entra en un bar.

Ya había estado allí antes. Algunas mesas en la parte de arriba, la barra mugrienta, el escenario pequeño en el fondo. Todo le resulta familiar. Quizá porque el lugar se parece a otros muchos. El bar está lleno de estudiantes ruidosos, comunes y corrientes, contentos de celebrar el haber aprobado los exámenes y el principio de las vacaciones. Ella no tiene nada que hacer allí y el camarero la mira con desconfianza, ha debido de notar el temblor de las manos, la mirada apagada.

Se bebe una cerveza. Está hambrienta. Un chico se sienta a su lado. Un joven flaco, de rostro amable, sienes afeitadas y unos pelos largos en lo alto de la cabeza. Habla mucho, pero ella apenas oye lo que dice. Ha entendido que es músico, que trabaja de portero en un modesto hotel. Habla también de su hijo. Un bebé de pocos meses que vive con su madre en una ciudad cuyo nombre no ha entendido. Ella sonríe pero piensa: ponme ahí, desnuda, contra la barra. Aplástame la cara contra su superficie, no dejes que me mueva,

agárrame los brazos. Se imagina a los hombres uno tras otro, introduciendo su verga dentro de su vientre, por detrás por delante, hasta alejar la pena, hasta acallar el miedo que se oculta en el fondo de ella. Le gustaría no tener que decir nada, entregarse como esas chicas que ha visto en París con los ojos excesivamente maquillados, pegados a los escaparates de los bares de alterne. Le gustaría que la sala entera bebiese sobre ella, que le escupieran, que llegaran hasta sus entrañas y se las arrancaran hasta ser solo un colgajo de carne muerta.

Salen del bar por la puerta de servicio. El chico lía un canuto y se lo pasa. Está eufórica y desesperada. Empieza una frase que no termina. Repite: «Me he olvidado de lo que quería decir». Él le pregunta si tiene hijos. Ella piensa en la chaqueta que se ha dejado en el sillón del salón. Siente frío. Debería regresar, pero es tan tarde y la casa de su madre está tan lejos. No se atreve a caminar sola hasta allá. Tendría que armarse de valor, sopesar los pros y los contras, mostrarse razonable.

Cuando Richard descubrió todo, ella sabía que acabaría regresando aquí, a esta ciudad, a casa de sus padres. Humillada, sin recursos, sin dinero. Sentía escalofríos al pensar que debía volver a dormir en el cuarto al final del pasillo, y oír hora tras hora la voz ronca de su madre soltándole reproches, pidiéndole explicaciones. Se veía a sí misma colgada del falso techo de su dormitorio, con las zapatillas sosteniéndose apenas de las puntas de los pies, la mirada saturada de ese papel pintado azul y blanco que incluso hoy le sigue provocando pesadillas. Con los labios morados, ligera como una pluma, se balancearía por encima de la camita, con su vergüenza estrangulada por fin.

—¿Qué dices?

El chico tiene una necesidad apremiante de hablar. Adèle se acerca a él, lo besa, pega el pecho contra su torso pero le cuesta sostenerse de pie. Él la sujeta, riendo. Ella cierra los ojos. El canuto le ha provocado náuseas y todo le da vueltas.

—Ahora vengo.

Adèle cruza la sala mientras inspira hondo. En los lavabos, un grupo de adolescentes enfundadas en minifaldas de licra se retocan el maquillaje. Se ríen por lo bajo. Adèle se tiende en el suelo y encoge las piernas. Desearía tener fuerzas para marcharse a la estación, subirse en el tren o tirarse debajo. Quiere, más que nada en el mundo, volver a ver las colinas, las casas y sus entramados negros, la soledad inmensa, a Lucien y a Richard. Llora, con la mejilla pegada a las baldosas que huelen a orines. Llora por ser incapaz de todo eso.

Se levanta. Mete la cabeza bajo el grifo de agua fría. El espejo le devuelve el rostro de una ahogada. La tez lívida, los ojos desorbitados, los labios exangües. Regresa a la sala donde nadie se fija en ella. Tiene la sensación de flotar en una espesa bruma. Un grupo de adolescentes algo bebidos se agarran por los hombros y saltan gritando la letra de una canción.

El chico le da una palmada en el hombro. Ella se sobresalta.

—¿Adónde has ido? ¿Va todo bien? ¡Qué pálida estás! —Pone la mano suavemente en la mejilla helada de Adèle.

Ella sonrío. Una sonrisa sensata y tierna. Le gusta esa canción de Ray Charles, *You give your hand to me*. Se echa a sus brazos, se abandona al ritmo de la música. Él aprieta las costillas huesudas de Adèle entre sus dedos. La agarra fuerte y acaricia sus brazos desnudos para darle calor. Ella descansa su mejilla en su hombro, con los ojos cerrados. Sus pies se mueven con lentitud, se balancean de derecha a izquierda. Le coge la mano y ella abre los ojos cuando le hace girar y luego la atrae suavemente hacia él.

Adèle le sonrío y canturrea con los labios pegados a su cuello.

—Well, you don't know me...

La canción se acaba. El público lanza un grito cuando empieza una música movida, invade la pista y los separa. Con las manos cruzadas apoyadas en la nuca, Adèle baila. Ha cerrado los párpados. Baja las manos, se acaricia el pecho, invadida por el ritmo cada vez más rápido de la música. Mueve las caderas, los hombros, agita la cabeza de un lado a otro. Una ola de paz la recorre. Siente que escapa del mundo, que vive un instante de gracia. Se reencuentra con el placer de cuando era adolescente y bailaba durante horas, a veces sola en la pista. Inocente y bella. Entonces no se sentía cohibida. No medía los riesgos. Se concentraba por completo en lo que hacía, entregada a

un futuro que imaginaba magnífico, más elevado, más grande, más alegre. Ahora, Richard y Lucien no son más que recuerdos vagos, imposibles, que ve cómo se desvanecen poco a poco y luego desaparecen.

Gira sobre sí misma, indiferente al mareo. Con los ojos entornados, percibe en la sala oscura pequeños destellos de luz que la ayudan a mantener el equilibrio. Le gustaría sumergirse en el fondo de esa soledad pero ellos se lo impiden, la atraen hacia sí, no se lo permiten. Un tipo la agarra por detrás y ella frota sus nalgas contra su miembro. No oye las risas vulgares. No ve las miradas que se lanzan los hombres que se la pasan, de uno a otro, la magrean, se burlan de ella. Adèle también se ríe.

Cuando abre los ojos, el chico amable ya no está.

La ha estado esperando en el andén. No llegó en el tren de las 15:25. Ni en el de las 17:12. La llamó al móvil. No respondió. Se ha tomado tres cafés y se ha comprado el periódico. Sonrió a dos pacientes que se iban de viaje y le han preguntado a quién esperaba. A las siete, Richard se va. Con la respiración alterada, enloquecido ante la ausencia de Adèle, nada consigue distraerlo de su angustia.

Regresa a la clínica, pero la sala de espera está desierta. Ninguna urgencia que le permita ocupar la mente. Consulta unos expedientes, pero está demasiado nervioso para concentrarse. No se imagina pasar esta noche sin ella. No quiere creer que ya no vuelva. Llama a la vecina. Miente, dice que le ha surgido una urgencia y que si se puede quedar más tiempo con Lucien.

Va al restaurante donde lo esperan unos amigos: Robert, el dentista; Bertrand, comercial en una gran empresa; y Denis, del que nadie conoce su profesión. Hasta el momento, Richard siempre ha huido de los grupos. Nunca ha tenido un instinto gregario. En la Facultad de Medicina se mantenía apartado de los demás estudiantes. No le hacía gracia el humor lascivo de las salas de guardia. No le gustaba oír a sus colegas vanagloriarse de haberse acostado con alguna enfermera. Le horrorizaba esa complicidad de los hombres, fácilona y superficial, que gira siempre en torno a la conquista de las mujeres.

Hace mucho calor, sus amigos lo esperan en la terraza. Ya se han bebido varias botellas de vino rosado, y él se pide un *whisky* para ponerse a tono. Está nervioso, impaciente, de mal humor, con ganas de meterse con alguien, enfadarse. Pero sus amigos no le dan pie. Son pesados, banales, inútiles.

Robert comenta los gastos de su gabinete y se dirige a él para que le dé la razón: «¿Verdad qué nos están ahogando, Richard?». Bertrand, en un tono conciliador y condescendiente, suelta su perorata sobre la solidaridad necesaria sin la que nuestro modelo social se iría a pique. Y Denis, que es tan correcto, sí, Denis insiste: «Estáis diciendo lo mismo. Los dos tenéis razón».

Cuando terminan de cenar, Richard está tembloroso. Siempre que bebe mucho, se pone triste y sensible. Siente ganas de llorar y de que los demás se callen. Se sobresalta cada vez que la pantalla de su móvil, que tiene delante, se enciende. Ella no le llama. Se va antes de que sirvan la copa de la sobremesa. Robert hace un comentario sobre la belleza de Adèle, sobre la impaciencia de Richard por irse a casa. Este sonríe, hace un guiño de complicidad y se va del restaurante. De buena gana habría cerrado de un puñetazo la boca a ese paleta de labios sebosos. Como si fuera un triunfo irte a casa para follarte a tu mujer.

Conduce rápido por la carretera resbaladiza. Es una noche calurosa, y la tormenta hace relinchar, a lo lejos, a los caballos. Aparca. Sentado en el coche, observa la casa. Los marcos de la puerta desgastados en la fachada. El banco de madera y la mesa donde desayunan. Las colinas que han ahuecado el nido en el que la casa se oculta. Ha elegido este hogar para ella, no tendrá que preocuparse de nada. Ha mandado reparar el postigo que daba portazos, ha plantado una fila de tilos a ambos lados del camino.

Hace apuestas consigo mismo, como cuando era pequeño. Promete. Jura que si ella regresa, todo será diferente. Ya no la dejará sola. Romperá el silencio que reina en la casa. La atraerá hacia él, le contará todo y luego la escuchará. No guardará rencor ni se lamentará. Hará como que no se ha enterado. Dirá, sonriente: «¿Perdiste el tren?», y luego le hablará de otra cosa y todo quedará olvidado.

Ahora desconfía de sus ilusiones, pero de algo está seguro: nunca la ha visto tan guapa. Desde que han venido a vivir a provincias, una expresión de sorpresa, como de no creerse lo que le pasa, empapa su mirada. Le han desaparecido las ojeras. Se le han agrandado los ojos, alisado los párpados, anchos como una pista de baile. Por la noche duerme plácidamente. Su sueño

carece de preocupaciones, de secretos. Dice que sueña con campos de maíz, con barrios de casitas bajas, con parquecitos para que jueguen los niños. No se atreve a preguntarle: «¿Sigues soñando con el mar?».

Nunca la toca pero se sabe de memoria su cuerpo. La observa fijamente cada día. Las rodillas, los codos, los tobillos. Los moratones han desaparecido. Por mucho que busque, su piel está lisa, tan pálida como las paredes del pueblo. Ella no tiene nada que contar. Ya no se lastima con los cabezales de las camas. Ya no se le levanta la piel de la espalda por restregarse contra las moquetas baratas. No disimula los chichones que esconde su pelo. Ha engordado. Bajo sus vestidos de verano, él adivina unas nalgas más redonditas, un vientre más pesado, una piel menos firme, más fácil de abrazar.

Richard la desea. Siempre. Su deseo es violento, egoísta. Con frecuencia, le gustaría esbozar un gesto, tender la mano hacia ella pero se queda ahí, estúpido, inmóvil. Pone la mano en su sexo, como cuando se tapa con la palma de la mano la boca de un niño que se dispone a gritar.

Le gustaría llorar, apoyado en el pecho de ella. Agarrarse a su piel. Descansar la cabeza en su regazo y dejar que lo consuele por su gran amor traicionado. La desea, pero oye las idas y venidas de los hombres que han pasado por ella, y que le ponen enfermo, le obsesionan. Ese vaivén que no cesa, que no conduce a ningún lugar, esas pieles que estallan, muslos flácidos, miradas desencajadas. Ese vaivén, constante como los golpes, como una búsqueda imposible, como la voluntad de arrancar un grito, un sollozo dormido en lo más hondo de ella y que hace temblar los paisajes. Ese vaivén que jamás se limita a sí mismo, siempre es la promesa de otra vida, de belleza, de ternura posible.

Sale del coche y camina hacia la casa. Ebrio, ligeramente mareado, se sienta en el banco. Busca un paquete de cigarrillos en el bolsillo. No tiene. Siempre fuma los de ella. Adèle no puede marcharse. Abandonarlos. No traicionas a quien te ha perdonado. Respira hondo pensando que entrará solo a esta casa, deberá responder a las preguntas de Lucien: «¿Dónde está mamá? ¿Cuándo va a venir?».

Irá a buscarla allí donde se esconda. La traerá de vuelta. Ya no la perderá de vista. Tendrán otro hijo, una niña que heredará la mirada de la madre y la fortaleza de él. Una niña que la tendrá ocupada, y ella estará loca por su hijita. Quizá algún día llegue a contentarse con las preocupaciones cotidianas, y él será feliz, se morirá de felicidad cuando ella quiera redecorar el salón, se pase horas eligiendo un nuevo papel pintado para el dormitorio de la niña. Cuando se ponga a charlar por los codos, y se muestre caprichosa.

Adèle envejecerá. Tendrá canas. Se le caerán las pestañas. Ya nadie se fijará en ella. Él le sostendrá la mano. Le hundirá el rostro en lo cotidiano. La llevará de la mano por el polvo que levantan sus pasos, no la soltará jamás cuando sienta miedo del vacío y ganas de caer. Y un día, en su piel apergaminada, en su mejilla agrietada, le dará un beso. La desnudará. Ya no oírán en el sexo de su mujer otros ecos más que el de la sangre que late.

Y ella se entregará. Recostará su cabeza vibrante en su hombro y él sentirá el peso de un cuerpo que ha echado anclas. Ella sembrará en él flores de los cementerios, ramos de flores. Y al acercarse la muerte será más cariñosa. Adèle descansará mañana. Y hará el amor, con los huesos carcomidos, el arqueado de la espalda oxidado. Hará el amor como una viejecita que sigue creyendo en él, cierra los ojos y ya no dice nada.

No se acaba, Adèle. No. No se acaba. El amor solo es paciencia. Una paciencia devota, ferviente, tirana. Una paciencia optimista contra toda razón.

No hemos acabado.



LEILA SLIMANI (Rabat, Marruecos, 1981) de padre marroquí y madre franco-argelina. Al terminar su formación en el liceo francés de Rabat, se marcha a París para matricularse en el Instituto de Estudios Políticos y, posteriormente, en la Escuela Superior de Comercio donde se especializa en medios de comunicación. Después de ejercer varios años como periodista en *L'Express* y *Jeune Afrique*, decide dedicarse por completo a la literatura. Con su primera novela, *Dans le jardin de l'ogre* (2014), donde aborda la adicción sexual femenina, recibe el reconocimiento unánime de la crítica. *Canción dulce*, su segunda novela, consolida la carrera literaria de Slimani al obtener el Premio Goncourt 2016. En 2017 se edita en Francia su polémico ensayo *Sexo y mentiras*. Actualmente es la representante francesa en el Consejo de la Francofonía.